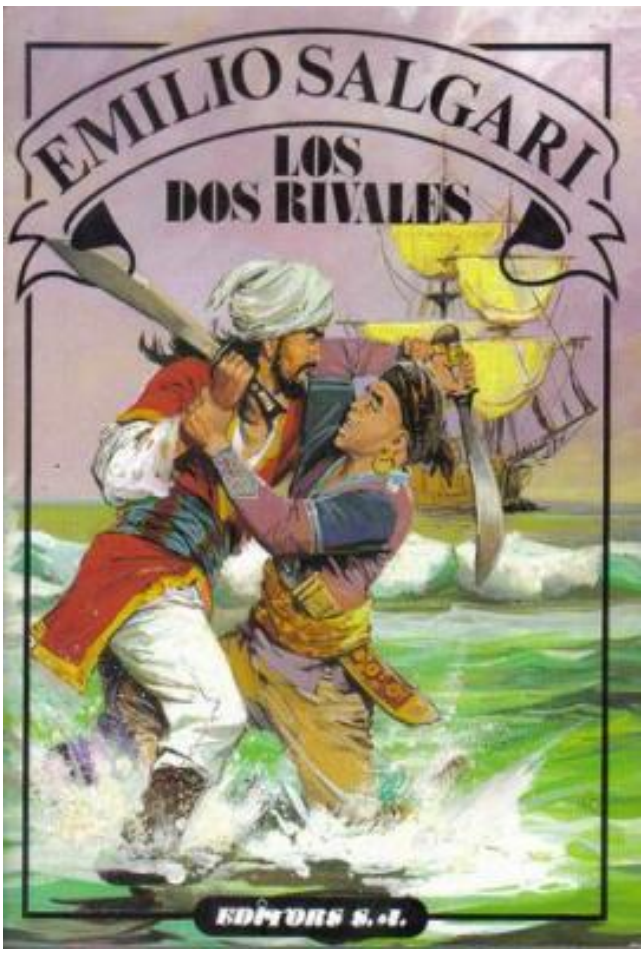
LOS DOS TIGRES

Parte II. “Los dos rivales”

EMILIO SALGARI



Título original:

Le due tigri

Traducido por:

J. Ribera

Emilio Salgari

LOS DOS TIGRES

XVII

SEÑALES MISTERIOSAS

Así que el señor De Lussac se quedó plácidamente dormido, Yáñez salió silenciosamente de la tienda y entró en la de Sandokan, en la cual había luz.

El formidable jefe de los piratas de Mompracem estaba todavía despierto y fumando, acompañado de Tremal-Naik, en tanto que Surama, la hermosa bayadera, disponía algunas tazas de té.

El sueño no pesaba sobre los párpados del feroz pirata, acostumbrado como estaba a las largas vigilias marítimas. También el bengalas, aun cuando la medianoche hacía ya mucho que había pasado, tenía la mirada limpia del hombre que ha descansado bien.

—¿Ha concluido el coloquio con el francés? —preguntó Sandokan volviéndose hacia Yáñez.

—Ha sido un poco largo —dijo el portugués—; pero tenía que darle muchas explicaciones, que eran absolutamente precisas.

—¿Acepta?

—Sí; será de los nuestros.

—¿Sabe quiénes somos?

—No he creído que debía ocultarle nada; digo, me parece, querido Sandokan, porque nuestras campañas hicieron gran ruido en la India. Los antiguos piratas de Mompracem son los héroes del día después de la tremenda lección que le dimos a James Brooke, y aquí se nos conoce más de lo que tú crees.

—¿Y ha aceptado el teniente, a pesar de eso?

—No hemos venido para entrar a saco en la India —dijo Yáñez, riendo—, sino para librarla de una secta monstruosa que diezma la población. Nosotros hacemos a nuestra antigua enemiga Inglaterra un servicio demasiado precioso para que sus oficiales dejen de interesarse en la contienda. ¡Quién sabe, mi querido Sandokan, si el mejor día los antiguos jefes de los tigres de Mompracem concluirán siendo *rajas* o *marajás*!

—Preferiré siempre mi isla y mis tigres —respondió Sandokan—. Siempre seré más poderoso y más libre, que *rajá* bajo los ojos recelosos de los ingleses. Dejemos eso y preocupémonos de los *thugs.* Cuando has entrado estaba hablando de eso con Tremal-Naik y Surama. Después de lo sucedido esta noche me parece que ha llegado el momento de dejar en paz a los tigres de cuatro patas para caer en seguida encima de los de dos. Los *thugs* han adivinado o, por lo menos, sospechado nuestras intenciones. Nos vigilan: acerca de eso no hay duda alguna. A nosotros era a quienes vigilaban y no al oficial.

—Eso mismo pienso yo —añadió Tremal-Naik.

—¿Nos habrá hecho alguien traición? —preguntó Yáñez.

—¿Quién? —exclamó Sandokan.

—Los *thugs* tienen espías en todas partes, y la organización de ese espionaje es admirable —dijo Tremal-Naik—. Han debido de comunicar nuestra marcha a los que están en los junglares. ¿Verdad, Surama, que tienen espías esparcidos por todos los sitios y que están encargados de vigilar por la seguridad de Suyodhana,

que para ellos representa una especie de divinidad, algo así como una nueva encarnación de Kali?

—Sí, *sahib* —respondió la joven—. Tienen una policía llamada *negra,* compuesta de hombres que poseen una astucia y una habilidad maravillosas.

—¿Sabéis lo que debemos hacer? —preguntó Sandokan.

—Habla —dijo Yáñez.

—Dirigirnos hacia Raimangal a marchas forzadas, procurando dejar atrás lo más posible a los espías que nos siguen y en seguida ponernos en comunicación con el parao. Debemos atacar a los *thugs* antes de que tengan tiempo para organizar la resistencia o de huir llevándose consigo a la pequeña Darma.

—¡Sí, sí! —exclamó Tremal-Naik—. ¡Serían capaces de llevársela a otro sitio si se hacen cargo de que están amenazados!

—Pues a las cuatro, en marcha —dijo Sandokan—. Aprovechemos estas tres horas para dormir un poco.

Yáñez llevó a Surama a la tienda que tenía destinada, y en seguida se dirigió a la suya, dentro de la cual dormía profundamente el oficial.

—¡Duerme bien el señor De Lussac! —exclamó riendo—. ¡La juventud reclama sus derechos!

Se tendió sobre la misma manta y cerró los ojos.

A las cuatro sonaba el cuerno del *cornac* tocando a despertar.

Los elefantes estaban ya dispuestos, y los seis malayos rodeaban el *merghee.*

—Salimos temprano —dijo el señor De Lussac volviéndose hacia Yáñez, que entraba con dos tazas de té—. ¿Han descubierto ustedes las huellas de algún tigre?

—No; pero vamos a buscar otros un poco más lejos, en los Sunderbunds, que no serán menos peligrosos.

—¿Los *thugs?*

—Beba usted, señor De Lussac, y montemos en el *coomareah.* En el *houdah* iremos juntos y allí podremos seguir charlando. Tenemos que decir a usted algo más acerca de nuestros proyectos.

Un cuarto de hora después los dos elefantes se alejaban del sitio que les había servido de campamento y emprendían la carrera hacia el sur. Los *cornacs* habían recibido orden de hacerlos marchar con la mayor rapidez posible, procurando alejarse de los *thugs.*

Aun cuando los indios, en su mayoría muy delgados y ágiles, tienen fama de andarines, no era posible que pudieran competir con el paso de los elefantes ni con su resistencia.

Sandokan y sus compañeros, sin embargo, se equivocaban si creían que podían dejar atrás a aquellos bribones, que probablemente iban siguiéndolos desde su salida de Khari.

En efecto: no habían recorrido los elefantes media milla cuando en medio de las elevadísimas cañas que cubrían aquellas tierras pantanosas se oyó el agudo sonido producido por una de esas largas trompas de cobre que los indios llaman *ramsinga.*

Tremal-Naik se estremeció y su color bronceado se puso de pronto

ligeramente gris.

—¡El maldito instrumento de los *thugs*! —exclamó—. ¡Los espías han avisado nuestra marcha!

—¿A quién? —preguntó Sandokan con voz perfectamente tranquila.

—A otros espías que debe de haber repartidos por la manigua. ¿Oyes?

A gran distancia y hacia el sur se oyó otra nota, que llegó hasta los cazadores como si fuera el sonido muy débil de una trompetilla de niños.

—Los bribones se comunican con las trompas —dijo Yáñez, arrugando el entrecejo—. Nos anunciarán por todas partes hasta que lleguemos a los Sunderbunds. La cosa es grave. ¿Qué le parece a usted esto, señor De Lussac?

—Digo que estos sectarios condenados son tan astutos como serpientes —contestó el oficial—, y que nosotros debemos imitarlos.

—¿Cómo? —preguntó Sandokan.

—Engañándolos acerca de nuestra verdadera dirección.

—¿De qué modo?

—Por ahora, desviándonos, para volver a emprender la marcha esta noche.

—¿Resistirán los elefantes?

—Podemos darles un largo descanso al mediodía

—Me parece bien la idea de usted —dijo Sandokan—. Por la noche no nos verán más que los animales de cuatro patas, y los *thugs* supongo que no serán tigres. ¿Qué te parece, Tremal-Naik?

—Que estoy por completo conforme con lo que aconseja el señor De Lussac —respondió el bengalí—. Es preciso que lleguemos a los Sunderbunds sin que los *thugs* lo sepan.

—Bien —dijo Sandokan—; seguiremos marchando hasta el mediodía y acamparemos para emprender el camino esta noche a primera hora. No hay luna y nadie nos verá.

Dio orden al *cornac* para que cambiase de dirección, doblando hacia Oriente; encendió un cigarrillo que le alargaba Yáñez y se puso a fumar con su calma de siempre, sin que la más ligera sombra de preocupación oscureciera su rostro.

Los dos elefantes proseguían su endiablada carrera, imprimiendo a los *houdah* sacudidas bastante bruscas.

No los detenía ningún obstáculo; partían como si fuesen ligerísimas briznas los más gruesos bambúes, y pisoteaban la maleza y los montones de cálamos sin detenerse un momento.

El junglar no variaba. Cañas y siempre cañas, ligadas unas a otras por plantas parásitas; pantanos y más pantanos cubiertos de hojas de loto, sobre las cuales reposaban plácidamente, sin asustarse por la presencia de los elefantes, cigüeñas, airones e ibis negros.

La carrera de los proboscidios continuó hasta las once. Llegaron a un espacio descubierto donde había algunos restos de cabañas, y Sandokan dio orden de hacer alto.

—Aquí no nos sorprenderá nadie. Si alguien se acerca, en seguida le descubriremos; además, tenemos a *Punthy* y a *Darma.*

—Los cuales tardarán en alcanzarnos algunas horas —dijo Tremal-Naik—.

Deben de haber quedado atrás; pero el perro no dejará al tigre y le guiará hasta nosotros.

—Me tenían un poco inquieto porque no los veía —dijo Yáñez.

—No temas por ellos. Vendrán.

Apenas les quitaron el *houdah,* los elefantes se tumbaron en el suelo. Los pobres animales respiraban fatigosamente, sudaban de un modo prodigioso y estaban cansadísimos.

Los dos *cornacs* se dedicaron en seguida a cuidarlos, obligándoles a ponerse a la sombra de un *bar,* cuya corteza les gusta mucho, y les frotaron la cabeza, las orejas y las patas con grasa para que no se les hiciesen ampollas.

Los malayos alzaron las tiendas a toda prisa, pues el calor era tan intenso, que no había modo alguno de resistirlo al descubierto.

El aire se hacía irrespirable por momentos; sobre la manigua caía una verdadera lluvia de fuego.

—¡Cualquiera diría que va a desencadenarse una tempestad o un huracán! —dijo Yáñez, que se había apresurado a meterse bajo una de las tiendas—. Permaneciendo fuera, se corre el peligro de coger una insolación. Tú, Tremal-Naik, que has crecido entre estas cañas, puedes decirnos algo.

—Que va a soplar el *hot-wind,* y que haremos muy bien en tomar nuestras precauciones. Se corre él peligro de morir asfixiados.

—*¿Hot-wind?* ¿Qué viento es ése?

—El simún indio.

—¡Vamos, un viento muy caliente!

—A veces más terrible que el que sopla en el Sahara —dijo el señor De Lussac, que entraba en la tienda en aquel instante—. Lo he experimentado dos veces estando de guarnición en Lucnow, y sé algo de la violencia de esos vientos. Allí son mucho más terribles y más abrasadores, porque llegan del Poniente, pasando primero por los arenales de fuego de Marusthan, de Persia y de Beluchistan. Una vez se me murieron asfixiados catorce cipayos, porque los sorprendió el *hot-wind* en campo abierto, sin sitio alguno donde poder resguardarse.

—A mí me parece que más bien va a ser un ciclón que viento caliente —dijo Yáñez señalando las nubes que se levantaban por el Noroeste y que avanzaban hacia los junglares con increíble rapidez.

—Siempre sucede así —contestó el teniente—; primero, el huracán; después, el viento cálido.

—Aseguremos las tiendas —dijo Tremal-Naik— y llevémoslas detrás de los elefantes, los cuales pueden servirnos de barrera con la mole de su cuerpo.

Bajo la dirección de los dos *cornacs* y de Tremal-Naik, los malayos se pusieron a la obra, plantando en derredor de las tiendas gran número de estacas y pasando por encima de las telas varias cuerdas.

Las alzaron entre un muro viejo, restos de la aldea, y los elefantes, a los cuales obligaron a acostarse uno bien cerca del otro.

Mientras, con la ayuda de Yáñez, Surama preparaba la comida, las nubes ya cubrían el cielo, extendiéndose sobre el junglar en dirección del Golfo de Bengala.

Un viento ardentísimo comenzaba a sentirse de cuando en cuando y secaba rápidamente los vegetales y los charcos. Las nubes se condensaban más a cada

instante, haciéndose amenazadoras en extremo.

Los proboscidios daban señales de gran agitación. Barritaban con frecuencia, sacudían las orejas y absorbían de un modo ruidoso el aire, como si no tuvieran suficiente para henchir sus enormes pulmones.

—Comamos aprisa —dijo el oficial, que estaba mirando el cielo en el borde de la tienda en compañía de Sandokan—. El ciclón avanza con rapidez espantosa.

—¿Resistirán las tiendas? —pregunto el *Tigre de la Malasia.*

—Si los elefantes no se mueven, quizá.

—¿Seguirán tranquilos?

—Eso es lo que no sabemos. He visto algunos de los cuales se apoderó tan gran terror, que huyeron como locos, sin hacer caso de los gritos que les daban sus guardianes. Ya verás qué estragos hace el viento en estos bambúes.

En aquel momento se oyó un ladrido en lontananza.

—Es *Punthy* que vuelve —dijo Tremal-Naik precipitándose fuera de la tienda—. El perro llega a tiempo al refugio.

—¿Vendrá seguido de *Darma?* —preguntó Sandokan.

—Mírele usted; allá viene dando saltos enormes —dijo el señor De Lussac—. ¡Qué animal tan inteligente!

—Ya está el ciclón sobre nosotros —dijo uno de los *cornacs.*

Un relámpago deslumbrador había rasgado la masa de densos vapores saturados de agua, en tanto que un golpe de viento, de una impetuosidad extraordinaria, barría el junglar, doblando los gigantescos bambúes hasta hacerlos tocar la tierra, y retorcía las ramas de los *taras* y de los *túpales.*

XVIII

EL CICLÓN

Los huracanes que estallan en la gran península indostánica tienen una duración muy breve generalmente; pero su violencia es tal, que los europeos no podemos formarnos de ello ni la más remota idea.

Bastan muy pocos minutos para que devasten regiones enteras, derribando incluso ciudades. La fuerza del viento es incalculable, y tan sólo los edificios muy sólidos y los grandes árboles, como los *nipales* e higueras de las pagodas, pueden resistirlo.

Para formarse una idea de lo que son estos ciclones, basta recordar el que pasó por Bengala en 1866, que mató veinte mil bengalíes en Calcuta y cien mil en las llanuras que flanquean el Hugly.

A las personas a quienes sorprendió en las calles de la ciudad las levantaba como si fuesen plumas y las estrellaba contra las paredes de las casas; los palanquines iban por el aire con las personas que llevaban dentro; las cabañas de la ciudad negra, arrancadas de golpe, corrían por el campo.

Lo peor fue cuando el ciclón, cambiando de rumbo, rechazó las aguas del Hugly, que se derramaron sobre la ciudad, arrastrando consigo doscientos cuarenta barcos que había anclados a lo largo del río, y que se hicieron pedazos unos contra otros.

La enorme masa de agua, empujada por el viento, arrasó los barrios pobres .de la capital, transportando muy lejos sus ruinas, echando a tierra los pórticos, palacios, columnatas y puentes, de modo que la opulenta ciudad quedó reducida a un montón de escombros.

Y esto no es todo. Casi siempre detrás del ciclón soplan vientos muy cálidos, que los indios llaman *hot-wind,* y que no son menos temibles.

Su calor es tan grande, que los europeos no acostumbrados a ellos no pueden salir de sus casas, porque corren peligro de morir asfixiados de repente.

A los primeros soplos del simún, los indígenas mismos se ven obligados a tomar grandes precauciones para que sus casas no se conviertan en verdaderos hornos.

Tapan todas las aberturas, ventanas y puertas con espesas capas de paja, que llaman *tatti,* y las mojan incesantemente para que el viento, al pasar a través de aquellos obstáculos húmedos, pierda gran parte de la intensidad de su calor y no haga irrespirable la atmósfera.

Además, ponen en función los *punkas,* que son unas grandes ruedas como ventiladores, que a su vez tienen por nombre *thermantidoti,* para mantener las habitaciones un poco frescas.

Sin embargo, a pesar de estas medidas, muere asfixiada mucha gente, sobre todo en las regiones de la India occidental, pues allí todavía son más calientes esos vientos, porque llegan directamente de los desiertos.

El ciclón que se anunciaba tenía todas las trazas de ser no menos terrible que los otros, y preocupaba mucho a Tremal-Naik y a los guías, que conocían la furia de esos fenómenos.

En cambio, Sandokan y Yáñez no manifestaban la menor inquietud. Si no

conocían los ciclones indios, conocían los no menos formidables que se desatan en los mares de la Malasia, y que ellos habían desafiado muchas veces.

Aun cuando las primeras ráfagas de viento comenzaban ya a sacudir con gran violencia las tiendas, el portugués, que se había convertido en cocinero, sirvió la comida ayudado por Surama.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Tomemos un bocado para que pesemos más y no pueda llevarnos el viento fácilmente! Tendremos un poco de música con obligado acompañamiento de truenos; pero, ¡bah!, ya tenemos acostumbrados los oídos, y...

Un estampido terrible, sólo comparable con la voladura de un polvorín, resonó en el junglar, seguido de ruidos ensordecedores que repercutían en el espacio con intensidad inusitada.

—¡Qué orquesta! —exclamó el señor De Lussac, tendiéndose cerca del tapiz, sobre el cual humeaban las viandas dentro de pequeñas fuentes de plata—. ¡No sé si Júpiter y Eolo nos dejarán terminar la comida!

—¡Cualquiera diría que el cielo va a hacerse pedazos sobre nuestra cabeza, con todos los mundos conocidos y desconocidos que contiene! —dijo Yáñez—: ¡Qué golpazos de bombo! ¡Despacio, señores músicos, o si no, vais a dejarnos sordos! ¡Qué poco considerados sois!

Los estampidos continuaban aumentando en intensidad; parecía que miles y miles de furgones cargados con láminas metálicas corrían con velocidades sin medida por puentes de hierro.

Anchas gotas de agua caían con rumor siniestro sobre las plantas que tapizaban la inmensa llanura, en tanto que deslumbradores relámpagos surcaban las nubes de color de tinta.

De pronto se oyeron en la lejanía agudos silbidos, los cuales se hacían a cada segundo más intensos y que pronto debían convertirse en rugidos.

Tremal-Naik se levantó.

—¡Ya llegan las ráfagas! —dijo—. ¡Apoyémonos contra las lonas, porque, si no, la tienda desaparece!

Sobre el junglar sopló una tromba de aire que arrancó de cuajo los bambúes y cuanto encontró en su camino.

Pasó sobre el campamento haciendo revolotear a enorme altura gruesas ramas, cañas y maleza, y derribando las paredes de barro que todavía permanecían en pie de la antigua aldea; pero la tienda, resguardada por los colosales elefantes, resistió por milagro.

—¿Volverá de nuevo? —preguntó Yáñez.

—Detrás vienen las compañeras —respondió Tremal-Naik—. No esperes que esto se concluya tan pronto. Apenas ha comenzado.

Aun cuando la lluvia caía a torrentes, Sandokan y el francés habían salido para ver si también había resistido la tienda de los malayos.

Pero no había sido así, porque éstos corrían como locos por entre los bambúes derribados detrás de la lona, que el viento transportaba a través del junglar como un pájaro fantástico de colosales dimensiones.

En derredor del campamento estaba todo hecho pedazos y en el suelo. Tan sólo un gran *nipal* de enorme tronco había resistido la furia del ciclón, con pérdida de una buena parte de sus ramas.

En todas direcciones volaban trozos de arbustos y gigantescas hojas

arrancadas a las palmeras espinosas, y huían revueltos y combatidos por el viento *arghilahs,* ocas, cigüeñas y folagos.

Los cuadrúpedos saltaban por la llanura, presa de un terror loco. Se veía desfilar en un galope desenfrenado a los bisontes, *axis,* ciervos y gamos.

Cuatro o cinco *nilgais,* que parecía como que se sentían más seguros cerca de los hombres, se habían acurrucado detrás del muro que se alzaba en las proximidades del campamento, y allí estaban agrupados unos encima de otros, con la cabeza escondida entre las patas.

—¡Ahí debían estarse hasta que cesara el huracán, para proporcionarnos las chuletas de mañana! —dijo Sandokan indicándoselos al francés.

—Apenas deje de soplar el viento, echarán a correr como rayos —dijo el teniente—. Dejémoslos que se vayan; ya encontraremos otros. Ahí se acerca otra tromba, que, por los anuncios, me parece que ha de ser más impetuosa que la primera. ¡Señor Sandokan, entremos en la tienda!

Se oían silbidos espantosos, y veíanse a las palmeras y los *taras* que había respetado la ráfaga anterior caer derrengados o rotos, como si los segasen con un hacha de un solo golpe.

Al mismo tiempo, cual si Júpiter tuviese celos del poder de Eolo, redobló sus truenos y sus rayos.

El ruido era tanto, que no podían entenderse los amigos guarecidos bajo la tienda.

Los elefantes, espantados por aquel fragor y por los rugidos del viento, comenzaron a agitarse. No escuchaban las voces que les daban sus *cornacs,* que se habían tendido fuera de la tienda para calmarlos.

La tromba de aire, que avanzaba con velocidad extraordinaria, iba a caer sobre el campamento.

El *coomareah* se levantó de pronto, lanzando un berrido formidable.

Estuvo erguido un instante, con la trompa horizontal, aspirando el viento, y en seguida, poseído de un terrible pánico, se lanzó en medio del junglar, sin cuidarse de los gritos de su *cornac.*

Sandokan y sus compañeros habían salido fuera corriendo para prestar auxilio a los dos guardianes, pero la tromba les cayó encima con todo su ímpetu, y se sintieron levantar primero y después arrastrar entre una nube de vegetales que rodaban por todas partes.

La tienda, arrancada de golpe, huía detrás de ellos.

Durante cinco minutos, Sandokan, Yáñez, Tremal-Naik y el francés fueron rodando entre los bambúes caídos, hasta que se detuvieron junto al tronco de un *nipal* que, por fortuna para ellos, había resistido el tremendo empuje del ciclón.

Así que pasó la ráfaga, sucediéndole una breve calma, se levantaron quebrantados y con los vestidos rotos, pero sin contusiones de importancia.

El *coomareah* había desaparecido juntamente con su *cornac,* que se había lanzado a sus alcances; el otro, el *merghee,* yacía todavía en medio del campamento con la cabeza escondida entre las patas, pero en una postura que no parecía natural.

—¿Y Surama? —exclamó de pronto Yáñez cuando se disponían a volver al campamento, donde esperaban encontrar todavía un refugio.

—¡A escape, señores! —dijo el teniente—. ¡No vayan a cogernos las ráfagas

en este sitio! ¡Detrás de los elefantes estaremos más seguros!

—¿Y el otro?

—¡No te preocupes, Yáñez! —dijo Tremal-Naik—. Así que haya pasado el huracán, le veremos volver con su *cornac.*

—Y también espero que vuelvan nuestros hombres —añadió Sandokan—. ¿En dónde se habrán refugiado, que no se ve ninguno?

—Apresurémonos, señores —dijo el teniente.

Iban a lanzarse a la carrera, cuando entre los silbidos del viento oyeron una voz que gritaba:

—¡Socorro, *sahib*!

Yáñez dio un salto.

—¡Surama!

—¿Quién la amenaza? —bramó Tremal-Naik.

—¿Dónde está *Darma?* ¡*Punthy, Punthy*!

Ni el perro ni el tigre acudieron. Quizá los había arrastrado la tromba y habrían encontrado algún refugio.

—¡Adelante! —gritó Sandokan.

Se lanzaron todos hacia el campamento, pues el grito de Surama se había oído en aquella dirección.

No se podía ver bien lo que allí sucedía a causa de la oscuridad producida por el espesor de las enormes nubes que velaban la luz del sol, y de los vegetales que revoloteaban sin cesar de arriba abajo, empujados, arrollados y dispersos por las ráfagas de viento.

Tan sólo se distinguía la enorme masa del *merghee* entre los derruidos muros de la desaparecida aldea.

Sandokan y sus compañeros corrían como si tuvieran alas en los pies. Habían dejado los fusiles en el *houdah,* y empuñaron los cuchillos de caza, armas peligrosas en sus manos, sobre todo en las de los dos piratas, acostumbrados al manejo de los *kris* malayos. En menos de cinco minutos llegaron al campamento. La segunda tromba de aire dispersó todos los bagajes, los morrales de las provisiones, las cajas de las municiones, las tiendas de recambio, incluso el *houdah,* que yacía en tierra.

Allí no había nadie: ni Surama, ni el *cornac,* ni *Darma,* ni *Punthy.* Únicamente el elefante parecía dormitar o estar próximo a morir, porque exhalaba un ronquido fatigoso.

—¿Dónde estará esa muchacha? —se preguntó Yáñez, mirando a todas partes—. No la veo, y, sin embargo, ella ha sido la que gritó.

—¿La habrá enterrado el viento entre esta masa de cañas y hojas? —dijo Sandokan.

El portugués gritó tres veces con fuerza:

—¡Surama! ¡Surama! ¡Surama!

Solamente le contestaron los roncos berridos del elefante.

—¿Qué es lo que tiene el *merghee?* —preguntó de pronto el francés—. Parece que se está muriendo. ¿No oyen ustedes lo sibilante de su respiración?

—Es verdad —contestó Tremal-Naik—. Lo habrá herido algún tronco de árbol arrastrado por la maldita tromba. Pero yo no he visto voltear ninguno.

—¡Vamos a ver! —dijo Sandokan—. ¡Me parece que aquí ha sucedido algo extraordinario!

En tanto que el portugués recorría los contornos del campamento, removiendo los montones de cañas que había acumulado el viento en cantidades inmensas y llamando a la pobre muchacha, los otros se acercaron al elefante.

Todos a la vez lanzaron un grito de furor. En efecto, el *merghee* estaba expirando, y no porque le hubiese herido el tronco de ningún árbol lanzado sobre él por el ciclón, sino porque una mano criminal le había acometido.

El pobre animal había recibido en las patas posteriores dos heridas horribles que le seccionaban los tendones, y por ellas salía tanta sangre, que se había empapado un gran trozo del suelo.

—¡Le han asesinado! —gritó Tremal-Naik—. ¡Este es el golpe que dan los cazadores de marfil!

—¿Quién le ha asesinado? —preguntó el *Tigre de la Malasia* con voz terrible.

—¿Quién? ¡Los *thugs*! ¡Estoy seguro de ello! —El elefante va a morir —añadió el señor De Lussac—. Esto está perdido: no le quedan más que unos minutos de vida.

El Tigre de la Malasia lanzó un verdadero rugido.

—¿Es decir, que esos miserables se han aprovechado de la tromba para caer como chacales sobre nuestro campamento?

—Aquí tienes la prueba —contestó Tremal-Naik.

—¿Y cómo han podido escapar a la tromba, mientras que nosotros hemos sido arrastrados lo mismo que si fuésemos simples aristas de paja?

Iba a contestarle Tremal-Naik, cuando le interrumpió una exclamación del señor De Lussac. Este se precipitó hacia un pequeño muro de limo seco, el único que había resistido al huracán, y les enseñaba una piel de *nilgai,* gritando:

—¡Malditos reptiles! ¡Y nosotros que los hemos creído animales auténticos! ¡Ah! ¡Esto es demasiado!

Sandokan y Tremal-Naik se apresuraron a ir junto al oficial.

Cerca de éste, adosadas contra el muro, se veían otras dos o tres pieles más.

—Capitán Sandokan —dijo el francés—, ¿se acuerda usted de aquellos cinco o seis *nilgais* que se refugiaban detrás de este muro?

—¿Eran *thugs* disfrazados de ciervos? —dijo el *Tigre de la Malasia.*

—Sí, señor. ¿Recuerda usted cómo avanzaban, deslizándose sobre el vientre y con las patas escondidas en las hierbas?

—Sí, señor De Lussac.

—Pues esos bribones nos la han jugado con una audacia increíble.

—Y han aprovechado el momento en que el ciclón nos empujó fuera del campo para mutilar el elefante.

—Y robar a Surama —añadió Tremal-Naik—. La muchacha debió de quedar cogida entre las cuerdas de la tienda.

—¡Yáñez! —gritó Sandokan—. ¡Es inútil que busques a Surama! ¡A estas horas debe de estar ya bien lejos! ¡Pero no te desesperes: daremos caza a los raptores!

El portugués, que en el fondo de su alma, a pesar de no manifestarlo, sentía un gran afecto por la desgraciada hija del pequeño raja assamés, perdió la calma y gritó por primera vez en su vida:

—¡Tengo que matarlos a todos! ¡Que se guarden de tocar un solo cabello de esa pobre niña! ¡Ahora también siento yo verdadero odio contra esos monstruos!

—Si nos han matado el *merghee,* nos queda el *coomareah* todavía —dijo Sandokan—. Alcanzaremos a esos bandidos, y no vamos a dejarlos en paz ni un momento.

—¡Mírelo usted allí! Vuelve con su *cornac* y los malayos —dijo el señor De Lussac—. Ya parece que se ha calmado.

El coloso se acercaba Corriendo, llevando a la grupa al *cornac* y a los hombres de escolta de Sandokan, que, después de perseguir largo tiempo la lona que el aire llevara muy lejos, lograron apoderarse de ella.

Sin embargo, faltaban el *cornac* del moribundo *merghee,* Surama, *Darma* y *Punthy.*

Que los *thugs* hubiesen matado al primero y arrebatado a la joven, se podía admitir; pero que hubiesen hecho cara y logrado vencer al terrible tigre y al perrazo, era ya cosa más difícil de creer.

—¿Qué crees que haya sucedido a tus animales? —preguntó Sandokan a Tremal-Naik.

—Tengo la seguridad de que han de aparecer pronto, a no ser que hayan seguido a los *thugs.* Ya sabes cuan inteligente es *Punthy* y el odio que tiene a los sectarios de Kali desde que estuvo prisionero en los subterráneos de Raimangal; y *Darma* comparte sus rencores.

—¿Habrá seguido el tigre al perro?

—Sin duda alguna. Se han criado juntos, y muchas veces, cuando yo cazaba en los Sunderbunds, los he visto socorrerse mutuamente, y también...

De pronto se oyó un agudísimo berrido.

El pobre *merghee,* haciendo un esfuerzo desesperado se había levantado sobre las patas delanteras, teniendo casi horizontal la trompa.

—¡Va a morir! —dijo el señor De Lussac con voz conmovida—. ¡Villanos! ¡Hacer daño a un animal tan hermoso y tan valiente!

El elefante respiraba afanosamente, y fuertes temblores convulsivos sacudían su cuerpo.

Se le acercaban Sandokan y sus amigos, cuando el coloso se desplomó pesadamente, cayendo sobre un costado y vomitando por la trompa un gran chorro de sangre y baba.

Al mismo tiempo se oyó una voz lamentable que gritaba:

—¡Ha muerto! ¡Malditos sean esos perros!

Era el *cornac* del *merghee,* que aparecía entre los montones de cañas y de maleza arrancadas por el huracán, y a quien seguían *Darma* y *Punthy.*

XIX

LA DESAPARICIÓN DE LA BAYADERA

El *cornac* volvía en un estado deplorable. Todas sus trazas eran de haber corrido mucho.

De los pies a la cabeza estaba lleno de lodo. Las ropas las tenía hechas jirones por varios sitios; había perdido el turbante y la faja, y las piernas le sangraban hasta por encima de las rodillas.

Sin embargo, conservaba en la mano el aguijón con que guiaba al *merghee,* arma más que suficiente para abrir el cráneo a una persona.

Al verle aparecer, salieron todos a su encuentro precipitadamente, aturdiéndole con preguntas. El pobre diablo, que respiraba afanosamente, no respondía sino por medio de gestos llenos de desesperación, señalando al elefante y al junglar.

—Bebe un sorbo —dijo Sandokan, que tenía colgado todavía a un costado su frasco lleno de coñac—. Cobra alientos, y cuéntalo todo sin perder tiempo. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Quién ha matado al *merghee?*

El *cornac* bebió con avidez algunos sorbos, y en seguida, con voz ahogada aún por la emoción y por la carrera, dijo:

—Los *thugs...* estaban allí..., escondidos detrás de ese muro, cubiertos con pieles de *nilgai...* ¡Miserables!... Esperaban el momento... para caer encima... de nosotros.

—¡Despacio! —dijo Sandokan—. ¡Explícate mejor! Por mucho que huyan, nosotros los alcanzaremos con el *coomareah:* tenemos tiempo.

—La ráfaga que nos embistió a todos me empujó a unos doscientos o trescientos pasos de mi elefante..., arrojándome en medio de una mata de *mináis,* que aminoró el golpe de mi caída. Apenas me había puesto en pie, y cuando iba a correr en ayuda de ustedes, oí en el campamento gritos de mujer pidiendo socorro. Suponiendo que la muchacha se hallaba en peligro, y no viéndoles a ustedes, me dirigí a escape hacia aquella parte. Antes de que hubiese podido llegar, vi cinco animales, cinco *nilgais* que se levantaban de detrás de ese muro de barro, tirar las pieles..., y aparecer unos hombres desnudos que llevaban a la cintura el lazo de los estranguladores. Dos de ellos, armados con anchos sables, se lanzaron sobre mi elefante, y con sólo dos tajos le cortaron los tendones de las patas traseras; los otros se fueron a los *houdah,* entre los cuales se había refugiado Surama, a quien el cuerpo del *merghee* había protegido hasta entonces contra el viento. Cogerla, atarla con dos lazos y llevársela, fue todo cosa de un abrir y cerrar los ojos. Sólo pudo gritar: «¡Socorro, *sahib*!*»*

—Hemos oído este grito —dijo Yáñez—. ¿Y después?

—Después me lancé en seguimiento de los fugitivos, llamando como un desesperado al perro y al tigre, a los cuales había visto rodar entre las cañas y las ramas cerca del campamento, y caer juntos. El perro fue el primero que acudió a mi llamamiento; pero ya los *thugs,* que huían como antílopes, habían desaparecido. Sin embargo, continué persiguiéndolos, precedido por el perro, y seguido poco después por el tigre. Todo fue inútil. La tierra, empapada en agua, no permitía que *Punthy* pudiese olfatear las pisadas de los *thugs.*

—¿Qué dirección han tomado? —preguntó Sandokan.

—Huían hacia el sur.

—¿Crees tú, Tremal-Naik, que hayan reconocido en Surama a una de las bayaderas?

—Sin duda alguna —contestó el bengalí—. Si no hubiera sido así, no habrían vacilado en estrangularla para ofrecer una víctima a su monstruosa divinidad.

—Entonces, entre esos *thugs* debía de haber alguno que la conociera.

—Yo creo que esos hombres vienen siguiéndonos desde la noche que asistimos a la fiesta del fuego.

—Sin embargo, hemos tomado todas las precauciones posibles para que no nos espiasen.

—Sospecho una cosa —dijo Yáñez.

—¿Qué?

—Que algunos de los hombres que formaban parte de la tripulación de los *grabs* hayan tomado tierra al mismo tiempo que nosotros, y que desde entonces no nos han perdido de vista. Si no, ¿cómo se explica esta continua persecución?

—Creo que tienes más razón que nosotros —dijo Sandokan.

Se quedó un momento silencioso, y después añadió:

—El ciclón tiende a calmarse, y las ráfagas disminuyen rápidamente. Organicemos la caza de los raptores. *Cornac:* ¿puede llevarnos a todos tu elefante?

—No, señor; es imposible.

—¿Quieres un consejo, Sandokan? —preguntó Tremal-Naik.

—¡Habla!

—Dividamos nuestras fuerzas. Nosotros daremos caza a esos bribones con el *coomareah,* y tus malayos nos esperarán en las orillas del canal de Raimatla.

—¿Y quién va a guiarlos?

El *cornac* del *merghee,* que conoce los Sunderbunds tan bien como yo.

—Es verdad, *sahib.*

—Les confiaremos también a *Punthy* y *Darma,* que no podrán seguirnos.

—Sí —dijo Sandokan—. Nosotros somos suficientes para hacer frente a los raptores. Además, me interesa ponerme al habla con los hombres del *Marianna.* Apresurémonos, para que los *thugs* no nos cojan mucha delantera.

—Una palabra todavía, amigo mío. El canal de Raimatla es largo, y nosotros necesitamos que tus hombres nos encuentren en seguida, con objeto de no perder un tiempo que puede sernos precioso. *Cornac:* ¿has oído hablar de la antiquísima torre de Barrekporre?

—Sí, *sahib* —contestó el conductor del elefante—. Una vez estuve en ella tres días para no caer en las garras de los tigres.

—Allí te esperaremos nosotros. Se encuentra casi frente a la punta septentrional de Raimatla, en la orilla extrema del junglar.

—Conduciré hasta allí a tus hombres En cuatro o cinco días llegaremos. Manda que ponga el *houdah* al *coomareah.*

Los dos *cornacs,* ayudados por los malayos, albardaron el elefante, que estaba docilísimo, asegurando la caja con cadenas y anchas cinchas de una solidez

a toda prueba, y en seguida cargaron los bagajes y las cajas de las municiones.

Yáñez, Sandokan, Tremal-Naik y el francés tomaron puesto en el *houdah,* y el *coomareah,* a un silbido de su conductor, partió al trote, dirigiéndose hacia el Sur, o sea en la dirección que habían tomado los raptores de Surama.

El ciclón se había calmado después de aquellas tres o cuatro poderosas ráfagas que devastaron la manigua.

La masa de vapores comenzaba a romperse por varios puntos, huyendo hacia el Golfo de Bengala. La oscuridad iba aclarándose, y a través de los jirones de las nubes descendían los rayos del sol, produciendo efectos de color sorprendentes.

El junglar se había convertido en un caos de vegetales, amontonados caprichosamente en varios sitios. Había montones de bambúes de varios metros de elevación que el elefante tenía que vadear; troncos derribados, enormes montones de hojas y un gran número de animales muertos, especialmente ciervos, *axis* y *nilgais.*

Además, el piso se había empapado con la lluvia, hasta el extremo de haberse convertido el junglar en un inmenso pantano, en el cual se hundía a veces el elefante hasta el vientre imprimiendo al *houdah* sacudidas tan bruscas, que obligaban a los cazadores a cogerse fuertemente a las cuerdas para no ser despedidos a tierra.

Pero de los raptores de Surama no se descubría traza alguna, a pesar de que el elefante avanzaba con una velocidad superior al galope de un caballo.

En vano Sandokan, Yáñez y sus compañeros miraban hacia todas partes; los *thugs* no se veían. No hubiera sido difícil descubrirlos, pues los bambúes estaban caídos, y los *kalams,* esto es, las altas hierbas, yacían en el suelo.

—¿Nos habremos equivocado acerca de la dirección que han seguido esos hombres? —preguntó Yáñez, después de una hora de continuo galope—. En esta hora hemos recorrido lo menos diez millas.

—¿Los habremos dejado atrás? —dijo Tremal-Naik.

—Los hubiésemos visto. El junglar está descubierto, y desde esta altura se puede ver un hombre con facilidad.

—Y mejor todavía un elefante —replicó el bengalí.

—¿Qué quiere decir con eso, Tremal-Naik?

—Quiero decir que es más fácil que los *thugs* hayan visto primero al *coomareah* que nosotros a ellos.

—¿Y qué conclusión sacas de eso? —preguntó Sandokan.

—Que muy bien pueden haberse escondido para dejarnos pasar.

—Y aquí los escondrijos no faltan —dijo el teniente—. Basta con ocultarse bajo uno de esos montones de cañas y hojas para hacerse invisible.

—Veamos —dijo Sandokan, volviéndose hacia Tremal-Naik—. ¿Adonde crees que conducirán a la muchacha?

—De seguro que a Raimangal.

—Raimangal es una isla, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué es lo que la separa del junglar?

—Un río: el Mangal.

—En ese caso, para ir a Raimangal, ¿en dónde crees que se embarquen?

—En cualquier rada de la laguna, que es muy vasta.

—Así, pues, si nosotros estuviéramos de crucero cerca de la isla...

—Podríamos sorprenderlos llegando primero, si logramos tener una chalupa a nuestra disposición. Los *thugs* tendrán buenas piernas; pero que puedan rivalizar con un elefante puesto al galope, no lo creo.

—Ni yo tampoco.

—Entonces, concluyo —dijo Sandokan, que parecía seguir una idea fija—. Haremos correr al elefante cuanto podamos, de modo que lleguemos a los lindes de los Sunderbunds con gran ventaja sobre los raptores de Surama. En cuanto nos hayamos puesto al habla con mi parao armaremos la ballenera e iremos a cruzar por las costas de Raimangal.

—Y los cogeremos antes de que desembarquen en su isla —dijo el señor De Lussac.

—¡Y los fusilaremos como a perros! —añadió Yáñez.

—¡Entonces, adelante, y siempre al galope! —dijo Sandokan—. ¡Eh, *cornac*! ¡Cincuenta rupias de propina si puedes llevarnos hasta los linderos de los Sunderbunds antes de medianoche!... ¿Crees que será posible, Tremal-Naik?

—Sí, si el elefante no aminora el paso —respondió el bengalí—. Estamos muy lejos todavía; pero, sin embargo podemos llegar. El *coomareah* tiene las patas largas y vence a un buen caballo en la carrera.

—Sí, *sahib* —contestó el conductor—. Únicamente necesito que pongan a mi disposición algunos kilogramos de azúcar, y verá cómo el *coomareah* no abandona el trote.

El elefante seguía galopando de un modo admirable, sin necesidad de que tuviera que aguijonearle su conductor y a pesar de que el terreno se prestaba poco para un corredor tan pesado, puesto que seguía siendo pantanoso.

En menos de dos horas atravesó el espacio que el ciclón había devastado y llegó al junglar meridional, que no ofrecía señal alguna de haber sufrido nada con el viento.

Volvían a aparecer los gigantescos bambúes, los cálamos y la espesísima maleza formada de *mináis* y otras altas hierbas, grupos de *nipales,* palmeras tara y latanios que crecían en las orillas de los estanques.

Una hora después, el elefante, que no había cesado de trotar, entraba por en medio de una gran plantación de bambúes espinosos y de bambúes tulda de extraordinaria altura.

—¡Abramos los ojos! —dijo Tremal-Naik—. Este es un sitio a propósito para las emboscadas, y cualquiera podría fácilmente matarnos el elefante con un solo tajo de *tarwar* que le aplicase en las patas posteriores.

Ya cerca de la puesta del sol, Sandokan dio la orden de hacer alto para que el bravo animal descansara un poco, pues comenzaba a dar señales de cansancio, y para preparar la cena.

Además, todos sentían necesidad de un poco de tregua, pues las sacudidas incesantes del *houdah* los tenía molidos.

El *cornac,* que deseaba ganar las cincuenta rupias que le prometiera

Sandokan, hizo gran recolección de hojas de *bar,* de ramas de *nipal* y de hierba *Typha,* de la cual son muy ávidos los elefantes, y dobló la ración de *ghi* y de azúcar para que el proboscidio conservara sus energías.

A las nueve el *coomareah,* ya bien alimentado y confortado con una botella de *ghi,* que bebió de un solo tirón como si fuese agua, volvió a emprender el trote, haciendo trizas las grandes masas de vegetales que se oponían a su paso.

La influencia del aire del mar comenzaba a dejarse sentir. Una brisa bastante fresca impregnada de partículas salitrosas y que venía del sur, indicaba las cercanías de las inmensas lagunas que se extienden entre las costas del Continente y la multitud de islas e islotes que forman los Sunderbunds.

—Dentro de un par de horas, y quizá antes, llegaremos a las orillas del mar —dijo Tremal-Naik.

—¡Pero no hemos pensado en una cosa! —exclamó de pronto Yáñez—. Si el parao cruza por el canal de Raimatla, ¿cómo vamos a ir hasta él no teniendo ninguna chalupa?

—¿No hay ninguna aldea de pescadores en las orillas? —preguntó Sandokan.

—Las ha habido —contestó Tremal-Naik—; pero los *thugs* han destruido las cabañas y matado a sus habitantes. No hay más que la pequeña estación de Port Canning, y está demasiado lejos: perderíamos un tiempo precioso.

—Pues construiremos una balsa —dijo Sandokan—. Los bambúes son a propósito para eso.

—¿Y el elefante? —preguntó Yáñez.

—El *cornac* se encargará de conducirle al sitio en donde hemos citado a los malayos —respondió Tremal-Naik—. Se puede... ¡Oh!

Un aullido muy agudo rompió de pronto el silencio que reinaba en la manigua.

—¿Un chacal? —preguntó Sandokan.

—¡Bien imitado! —contestó Tremal-Naik, levantándose de un salto.

—¡Cómo! ¿No crees que haya sido un chacal auténtico?

—¿Qué piensas tú, *cornac,* de ese aullido? —preguntó Tremal-Naik, volviéndose hacia el conductor del *coomareah.*

—Que alguien ha procurado imitar a esa fiera —respondió el indio con inquietud.

—¿Distingues algo?

—No, sahib.

—¿Habrán venido siguiéndonos? —preguntó el francés.

—¡Cállense ustedes! —ordenó Tremal-Naik.

En medio de los espesos bambúes resonó una nota metálica, seguida de algunas modulaciones.

—¡Todavía el *ramsinga*! —exclamó el bengalí.

—Y el que lo toca no debe de estar lejos; lo más a trescientos pasos —dijo Yáñez cogiendo la carabina y montándola a toda prisa—. ¡Ya había dicho yo que este es un sitio magnífico para las emboscadas!

—Pero esos hombres ¿son diablos o espíritus? —-exclamó Sandokan.

—O pájaros —dijo el señor De Lussac—. Deben de tener alas para poder seguirnos continuamente.

—¡Escuchen ustedes! —exclamó Tremal-Naik.

—¡Contestan!

Muy lejos contestó otra nota de *ramsinga.* Sonó tres veces en tonos distintos, y en seguida volvió a reinar el silencio.

Los cuatro cazadores, poseídos de una agitación vivísima, se levantaron con las carabinas empuñadas, escudriñando con gran cuidado las altas cañas del junglar.

Pero en aquel sitio estaban tan espesas y la oscuridad de la noche era tan densa, que no se podía distinguir un hombre escondido entre aquellos vegetales de fuste altísimo y lleno de hojas.

—¿Nos tenderán una emboscada? —preguntó Sandokan rompiendo el silencio—. ¿Y si detuviésemos el elefante y diésemos una batida? ¿Qué te parece, Yáñez?

No tuvo tiempo de contestar el portugués, porque de entre los bambúes salieron cuatro o cinco fogonazos, seguidos de otras tantas detonaciones. El *coomareah* se detuvo de pronto, imprimiendo al *houdah* tal sacudida que por poco no salieron lanzados de él los que le montaban; en seguida hizo un cuarteo rápido, emitiendo un formidable barrito.

—¡Han tocado al elefante! —gritó el *cornac.*

Sandokan y sus compañeros hicieron fuego hacia el sitio en donde habían visto los fogonazos.

Les pareció oír un lamento; pero no tuvieron tiempo de confirmar su sospecha, porque el elefante se había lanzado a una carrera desesperada, llenando el bosque de clamores espantosos.

—¡*Sahib*! —gritó el *cornac,* que tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¡Está herido el *coomareah*! ¡Oiga usted cómo se queja!

—Déjalo que corra hasta que caiga muerto —contestó fríamente Sandokan.

—¡Es una fortuna que va usted a perder, *sahib*!

El Tigre de la Malasia se encogió de hombros sin contestar.

El proboscidio, que debía de haber recibido más de un balazo, furioso por el dolor, devoraba el camino a la velocidad de un caballo árabe, despedazando cuanto encontraba a su paso.

Barritaba sin cesar, e imprimía al *houdah* sacudidas tan grandes, que los cuatro cazadores tenían que agarrarse fuertemente a los bordes y a las cuerdas para no salir despedidos.

Aquella endiablada carrera duró veinte minutos; al cabo de ellos se detuvo el *coomareah.*

Hallábase a la orilla de la laguna. A juzgar por el temblor que sacudía todo su cuerpo, iba a morir. Sus barritos eran cada vez más débiles; pero había cumplido su misión.

Los cazadores llegaron al borde del junglar, y los Sunderbunds pantanosos se extendían ante ellos al otro lado de la laguna.

El *cornac* lanzó una voz:

—¡Bájense ustedes! ¡El *coomareah* va a caer!

Los cazadores echaron rápidamente la escala de cuerda y descendieron a toda prisa con las armas, en tanto que el *cornac* se dejaba escurrir por el costado derecho del coloso.

Apenas se habían alejado unos cuantos pasos, cuando el pobre *coomareah* cayó pesadamente, con la cabeza tendida hacia delante y rompiéndose ambos colmillos.

Quedó muerto de repente.

—¡Otras cincuenta mil rupias perdidas! —dijo Yáñez—. ¡Bah! ¡No es el dinero lo que nos hace falta; y, además, los *thugs* pagarán también esta muerte!

XX

LA TORRE DE BARREKPORRE

El elefante había caído muerto a veinte pasos de la orilla, en un piso tan fangoso y blando, que al cabo de unos cuantos minutos había desaparecido la mitad del cuerpo del colosal proboscidio.

Por todas partes trasudaba el agua, cual si aquel último trozo del junglar fuese una esponja.

Las plantas acuáticas crecían espesísimas, adquiriendo un desarrollo prodigioso, y un enorme grupo de palutarias que exhalaban miasmas deletéreos costeaba aquella especie de playa, avanzando muy adentro de la laguna.

Un tufo irresistible, que obligaba a taparse las narices a Yáñez y al francés, y que parecía producido por carroñas en putrefacción arrojadas al agua, lo invadía todo. Aquel olor nauseabundo es peligrosísimo, pues desarrolla a escape las fiebres y el cólera.

—¡Bonito sitio! —exclamó Yáñez, que se había ido hacia las palutarias, antes que Sandokan, el *cornac* y Tremal-Naik vaciaban el *houdah* antes de que se lo engullese el fango—. ¿Ha visto usted algún sitio más espléndido que éste, señor De Lussac?

—Estos son nuestros Sunderbunds, señor Yáñez —contestó el francés.

—¡Pero aquí no podemos ni acampar siquiera! El terreno cede bajo nuestros pies, y creo que no puede encontrarse un palmo de él que ofrezca resistencia. ¿Y de qué proviene este olor horrible?

—Mire usted delante de sí, señor Yáñez. ¿No ve usted esos marabúes que dormitan en la superficie del agua y que van derivando lentamente?

—Sí; y me pregunto cómo esos pajarracos tan feos, esos devoradores de carnes muertas en estado de descomposición, se sostienen a flote, derechos sobre las zancas.

—¿Sabe usted sobre qué se apoyan?

—Quizá sobre algunos flotadores invisibles de hojas de loto.

—No, señor Yáñez. Cada marabú va sostenido por el cadáver de un indio, más o menos entero, y que poco a poco pasará a su vientre. Los bengalíes que no tienes bienes de fortuna para pagar los gastos de la cremación cuando mueren, hacen que los tiren al Ganges, el río sagrado, cuyas aguas deben conducirlos al paraíso de Brahma, de Siva o de Visnú; y poco a poco, si en el camino no los devoran los cocodrilos o los caimanes, van pasando de canal en canal, hasta que terminan aquí su viaje. En esta laguna hay verdaderos cementerios flotantes.

—¡Ya me hago idea por este delicioso perfume que me revuelve el estómago! ¡Los señores *thugs* podían haber escogido un sitio mejor!

—Aquí están más seguros.

—¿Habéis visto algo? —preguntó Sandokan, que había terminado de vaciar el *houdah.*

—Sí; pájaros que duermen sobre cadáveres, y cadáveres que se pasean a flor de agua. ¡Un soberbio espectáculo para enterradores! —contestó Yáñez, haciendo un esfuerzo para sonreír.

—Espero que podremos marcharnos pronto.

—No veo ninguna barca, Sandokan.

—Ya te he dicho que construiremos una balsa. Quizá esté el *Marianna* más cerca de lo que nos figuramos, porque éstas son las orillas del canal de Raimatla; ¿verdad, Tremal-Naik?

—Y también está cerca la torre de Barrekporre —añadió el bengalí—. ¿No la veis allá; detrás del grupo de *tarasí?*

—¿Y es habitable? —preguntó Yáñez.

—Todavía debe de hallarse en buen estado.

—Pues vamos a refugiarnos allá, amigo Tremal-Naik. Aquí no podemos acampar.

—Y, además, sería peligroso que acampásemos con el elefante tan cerca.

—No veo por qué había de incomodarnos ese pobre animal.

—El, ciertamente que no; pero sí los que vendrán dentro de muy poco a devorarlo. Ya verás cómo no tardan en aparecer tigres, panteras, lobos y chacales para disputárselo; y esas fieras, abriéndoseles el apetito, podrían acometernos.

—¡Si al menos la emprendieran con los *thugs* que nos han tendido esta emboscada! —dijo el francés—. ¡Esos canallas tiraban bien!

—Lo prueban las heridas que ha recibido el *coomareah* —dijo Sandokan—. Le horadaron la piel en tres sitios y en dirección a los pulmones.

Un gran rumor de agudos aullidos y ladridos roncos resonó entre las inmensas cañas a cierta distancia de la playa.

—Los *bighama* han olido ya el elefante y acuden a la carrera —dijo Tremal-Naik. ¡Amigos míos, desalojemos y dejémosles darse el banquete!

Apenas dieron los primeros pasos para alejarse, cuando de entre las espesas matas de *mussenda* salieron algunos balidos.

—¡Tate! —exclamó Yáñez sorprendido—. ¿También hay aquí ovejas?

—No son ovejas; son los *tcitas,* que siempre preceden a los perros salvajes y a los cuales disputan valientemente la presa.

—¿Qué clase de animales son? —preguntó Sandokan.

—Son unos leopardos preciosos, que tienen un valor y una audacia admirables, muy sanguinarios, y que, sin embargo, se domestican con facilidad, resultando unos cazadores insuperables. Mira ahí uno: ¿lo ves? No nos tiene miedo, pero tampoco nos acometerá.

A una distancia de veinte pasos de los cinco hombres había ido a parar de un salto a través de la maleza un esbelto animal, muy fino, de patas un poco altas, de metro y medio de largo y de unos dos pies de alto, con el pelaje largo y tieso. Se quedó parado, fijando en los cazadores sus ojos verdes y fosforescentes.

—Parece un leopardo pequeño y se asemeja también un poco a la pantera —dijo Sandokan.

—Poseen el valor del uno y la flexibilidad y el empuje de la otra —contestó Tremal-Naik—. Es más ligero todavía que los tigres y alcanza en la carrera a los antílopes más veloces; pero no resiste más allá de quinientos pasos.

—¿Y se domestican?

—Sin dificultad; y cazan con gran placer para su dueño, con tal que se les dé la sangre de las presas que hacen.

—Pues me parece que ese animal tan bonito tendrá sangre para beber en abundancia —dijo Yáñez—. En el cuerpo del elefante debe de haber algunos barriles. ¡Amigo mío, que aproveche!

En cuatro saltos el *tcita* había caído ya sobre el elefante.

Los dos europeos, los dos indios y Sandokan, al oír resonar por distintos sitios, y cada vez más amenazadores, los aullidos de los *bighamas,* apresuraron el paso, costeando la laguna por donde las plantas no estaban bastante espesas, para que no pudiera embocarse ningún tigre sin que ellos lo distinguieran.

Por encima de las inmensas hojas de los *taras* y de las palmeras espinosas se destacaba la torre indicada por el bengalí, con su terminación piramidal.

Con grandes precauciones atravesaron el grupo de palmizos y *tarauis* que formaban un pequeño bosque, y, por último, llegaron a un espacio abierto, lleno tan sólo de cálamos retorcidos sobre sí mismos como serpientes enroscadas. En medio del descampado se elevaba la torre con sus cuatro pisos.

Era un edificio cuadrangular, decorado con cabezas de elefante y con estatuas representando *kateri,* esto es, gigantes de los tiempos fabulosos. Los muros estaban agrietados y aun derrumbados en varios sitios.

Sería difícil averiguar cuál habría sido el destino de aquella torre, construida en medio de pantanos que tan sólo habitaban animales feroces. Las conjeturas más verosímiles inducen a creer que dicha construcción tuvo un carácter militar; quizá fuera un puesto avanzado para la defensa contra las correrías de los piratas arracaneses.

La escalera que conducía al interior se había hundido con parte de la muralla que daba sobre la laguna; pero habían colocado otra escala de madera que llegaba al segundo piso.

Probablemente no existía el primero.

—Ya se advierte que suelen venir gentes a refugiarse aquí —dijo Tremal-Naik—. Esta escalera portátil lo indica.

Comenzaba ya a subir el francés, cuando de un grupo de cálamos saltó una sombra, yendo a caer en medio de una espesísima mata de *mináis.*

—¡Cuidado! —gritó el *cornac,* que fue el primero que se hizo cargo de lo sucedido—. ¡Arriba! ¡Anden ustedes de prisa!

—¿Qué era? —preguntó Sandokan, en tanto que Tremal-Naik y Yáñez seguían precipitadamente al francés, que ya estaba en lo alto de la escala.

—No lo sé, *sahib;* un animal...

—¡Sube; apresúrate!

El *cornac* no se hizo repetir la orden, ya su vez se lanzó por la escala de bambú, que rechinaba bajo el peso de aquellos cuatro hombres.

Sandokan se había vuelto rápidamente de cara a la explanada empuñando la carabina. Vio vagamente que aquella sombra que atravesó el espacio fue a caer entre los *mináis,* y no sabía si era algún *tcita* u otro animal todavía más peligroso.

Como permanecían inmóviles las ramas de las plantas, se agarró a la escala y comenzó a subir rápidamente.

No llegaba todavía a la mitad de la altura cuando sintió un golpazo que por

poco no le hizo caer al suelo.

Algo más abajo de él se había lanzado alguien, experimentando la escala tal sacudida, que los bambúes crujieron como si fueran a quebrarse.

Al mismo tiempo el señor De Lussac, que ya, estaba en la plataforma que rodeaba la torre, gritaba:

—¡Pronto, Sandokan! ¡Va a hacer presa en usted! El *Tigre de la Malasia,* en vez de seguir subiendo, se había vuelto, teniéndose bien cogido a la escala con una mano y empuñando con la otra la carabina por el cañón. Un animal grande, que parecía un gato gigantesco, con la cabeza gruesa y redonda, saliente el hocico y cubierto el cuerpo con un pelaje amarillo rojizo, con manchas negras en forma de media luna, había saltado sobre la escala, debajo del pirata, y se esforzaba en alcanzarle agarrándose con las garras a los bambúes.

Sandokan, sin lanzar la más ligera exclamación, levantó con rapidez la carabina, cuya culata estaba guarnecida con una gruesa cantonera de bronce, y descargó un formidable culatazo en el cráneo de la fiera, que resonó como una campana.

El animal lanzó un sordo rugido y dio la vuelta en derredor de la escala, procurando sostenerse todavía con sus garras poderosas; pero al fin se dejó caer al suelo.

Sandokan aprovechó el momento para reunirse con sus compañeros antes de que la fiera renovase el asalto. El francés, que había montado su carabina, iba a hacer fuego; pero Tremal-Naik le detuvo, diciéndole:

—No, señor De Lussac; no señalemos nuestra presencia aquí. Un disparo nos descubriría. No olvide que tenemos a los *thugs* casi pisándonos los talones.

—¡Buen golpe, hermanito! —dijo Yáñez ayudando a Sandokan a montar en la plataforma—. Debes de haberle abierto el cráneo, porque veo a ese animalazo que se mueve con dificultad por entre los cálamos. ¿Sabes qué era?

—No he tenido tiempo de verle bien.

—Una pantera, querido mío. Si te encuentra dos pies más abajo, te cae encima.

—¡Y cuidado que era grande! —añadió Tremal-Naik—. Jamás he visto otra semejante. Si en vez de ser de bambú la escala es de otra madera, hubiéramos ido todos rodando, porque no habría podido resistir el golpe ni el peso.

—Las panteras tienen la costumbre de dar esas acometidas, y los encargados de renovar los víveres de las torres de refugio lo saben —dijo el francés—. Un día pude salvar a dos de esos empleados en el momento en que iban a desgarrarlos unas panteras que los asaltaron en la misma escala.

—Debemos retirar la nuestra, aunque no sea más que por precaución —dijo Yáñez—. Las panteras trepan con gran habilidad, y la que Sandokan ha magullado podría intentar vengarse del tremendo mazazo que ha recibido.

—Y si es posible, entremos —dijo Tremal-Naik.

Podía entrarse al interior de la torre por medio de una ventana. El bengalí se subió en el alféizar; pero volvió a descender en seguida a la terraza.

—Se han hundido todos los pisos —dijo—. La torre está tan vacía como una chimenea. Pasaremos la noche aquí; así estaremos más frescos.

—Y podremos vigilar los alrededores al mismo tiempo —dijo Sandokan—. ¿Adonde ha ido a refugiarse la pantera, que no la veo?

—Puede ser que se haya marchado, o quizá se habrá escondido entre los cálamos para acometernos cuando bajemos —respondió Yáñez.

—No me sorprendería —dijo De Lussac—. Aun cuando son más pequeñas y menos fuertes que los tigres, son más valientes, y acometen siempre, por más que el hambre no las acose. Es capaz de asediarnos como las que acometieron a los proveedores de la torre de Sjawrah.

—¿Los que salvó usted? —preguntó Sandokan.

—Sí, capitán.

—Cuéntenos esa aventura, señor De Lussac —dijo Yáñez sacando de uno de los muchos bolsillos de su traje un paquete de cigarros y ofreciendo uno a cada compañero—. Creo que ninguno de nosotros tendrá ganas de dormir.

—No seré yo quien se atreva a cerrar los ojos —dijo Tremal-Naik—. Aquí estamos al descubierto, y los *thugs* que nos han tendido la emboscada tienen fusiles y no tiran mal.

—Sí; cuente usted, señor De Lussac —dijo Sandokan—. Así pasará el tiempo mejor y más pronto.

—La aventura aconteció hará unos cuatro meses. Yo tenía grandes deseos de cazar entre los cañaverales de los junglares que bordean el Hugly, y como era amigo del teniente de Marina encargado de aprovisionar y renovar los víveres de las torres de refugio, y había obtenido un permiso para poder embarcar en cualquiera de las chalupas de vapor que hacen ese servicio, me embarqué.

A bordo éramos ocho; un timonel, un contramaestre, tres marineros, un maquinista, un fogonero y yo. Ya habíamos visitado varias torres, renovando los víveres, cuando una tarde, poco antes de anochecer, llegamos ante la torre refugio de Sjawrah, que se halla a un centenar de metros del río, pues el terreno es demasiado fangoso en la orilla.

«Habíamos visto revolotear muchas ocas por encima de los cañaverales y huir varios antílopes; me uní a los dos marineros encargados de conducir las provisiones, y emprendimos la marcha hacia la torre. Yo cogí una escopeta de caza, y para mayor precaución llevaba también un buen revólver de grueso calibre, pues me habían advertido que podría encontrarme con algún tigre o alguna pantera. Entramos por el sendero que conducía a la torre, sendero abierto a hachazos entre bambúes y palutarias, cuando oímos que gritaba el timonel desde a bordo: «¡Cuidado con las panteras! ¡Poneos a salvo en la torre!»

»Al mismo tiempo vi que la chalupa se alejaba precipitadamente de la orilla para ponerse fuera del alcance de los saltos de aquellos feroces carnívoros. No había llegado a mis oídos la advertencia, cuando sentí detrás de mí el ruido de ramas que se quebraban. «¡Tirad los víveres y escapad!», grité a los marineros que me precedían. No se hicieron repetir la orden. Dejaron caer las respectivas cargas y salieron corriendo a toda prisa hacia, la torre, que estaba muy cerca. Yo me lancé detrás de ellos; pero no había llegado todavía al pie de la escala cuando vi a mis espaldas dos enormes panteras dando saltos de cuatro a cinco metros para, alcanzarme antes de que pudiera ponerme a salvo en la plataforma de la torre. Mi fusil iba cargado con perdigones; pero, sin embargo, no dudé en utilizarlo, y descargué los dos tiros contra ambas fieras. Naturalmente, no pensaba que podía matarlas, ni mucho menos; pero vi que las panteras se detenían. Me aproveché de aquel momento para subir velozmente la escala.

»A pesar de la rapidez de mi ascensión, me alcanzó el macho, que de un solo salto cayó en la mitad de aquella seguido de la hembra. El golpe fue tan violento, que por un momento creí que los bambúes se partían. Afortunadamente no me

aturdí. Comprendiendo que mi pellejo corría un peligro gravísimo, pasé el brazo izquierdo por uno de los travesaños para no ser arrastrado al suelo, levanté el revólver e hice fuego tres veces casi a quemarropa. El macho, herido en el hocico, cayó arrastrando a la hembra, a la cual le había atravesado el cuello de un balazo. Apenas cayeron al suelo aquellas terribles bestias, volvieron a la carga lanzándose de nuevo sobre la escala.

»Yo no había perdido el tiempo; de cuatro saltos me puse a salvo sobre la plataforma, donde los marineros, imposibilitados para socorrerme, pues no tenían arma alguna, gritaban como desesperados. Las fieras hacían esfuerzos enormes para llegar hasta nosotros, agarrándose a los travesaños con sus poderosas garras. «¡Tirad la escala!», grité a los marineros. Uniendo nuestras fuerzas, la volcamos juntamente con las dos fieras, sin pensar en que haciendo aquello nos quedábamos imposibilitados para bajar y volver a bordo.

—¿Y los cercaron a ustedes? —dijo Tremal-Naik.

—Toda la noche estuvieron acechándonos —respondió el teniente—; aquellos malditos animales, a pesar de hallarse heridos, no dejaron de rondar la torre, con la esperanza de que nos decidiéramos a bajar. A la mañana del día siguiente, el patrón, prevenido por nuestras voces de que las panteras seguían allí debajo, mandó acercar la chalupa a la orilla y disparó varias veces el cañoncito revólver de que iba armada la embarcación. A la segunda descarga cayeron las dos fieras, y el patrón y sus hombres pudieron desembarcar, levantar la escala y libertarnos.

—Son peores que los tigres —dijo Sandokan.

—Más audaces y más resueltos, señor —contestó el francés.

—¡Oh! —exclamó Yáñez en aquel momento, levantándose precipitadamente—. ¡Miren ustedes hacia allí! ¡Una luz!

Todos dirigieron la mirada en la dirección que indicaba el portugués, y vieron, en efecto, un punto luminoso de luz roja que parecía avanzar hacia la torre.

Procedía de Oriente y describía ángulos, como si la barca o chalupa que alumbraba fuese corriendo bordadas pequeñas.

—¿Será nuestro parao? —preguntó Tremal-Naik.

—O la ballenera —dijo a su vez Yáñez.

—A mí me parece que no es ni el parao ni la ballenera —dijo Sandokan después de haber mirado atentamente aquel punto luminoso, que se distinguía con gran claridad sobre la negra superficie de las aguas—. Tremal-Naik, ¿suelen entrar veleros en esta laguna?

—Alguna que otra barca de pescadores —respondió el bengalí—. También podrían ser náufragos. El ciclón que arrasó el junglar habrá alborotado el Golfo de Bengala.

—Me alegraría mucho de que esa chalupa viniese aquí. No tendríamos necesidad de construir la balsa para ir a nuestro parao.

—Esa embarcación debe de tener velas. ¿No ves, Yáñez, cómo bordea?

—Y también veo que se dirige hacia este sitio —contestó el portugués—. Si pasa por delante de la torre, llamaremos su atención con algunos disparos.

—Eso es lo que vamos a hacer en seguida —dijo Sandokan—. Al oírlos, vendrán.

Levantó la carabina e hizo fuego.

La detonación repercutió por encima de las tenebrosas aguas, perdiéndose en la lejanía.

No habría transcurrido medio minuto, cuando se vio que el punto luminoso cambiaba de dirección y se dirigía en línea recta hacia la torre.

—A la salida del sol ya estará aquí ese barco —dijo Sandokan—. ¡Mirad: ya comienza a clarear. Podemos disponernos a dejar la torre y a embarcarnos.

—¿Y si esos hombres rehúsan tomarnos a bordo? —preguntó el francés.

—¡O plomo, u oro! —contestó Sandokan fríamente—. ¡Veremos si dudan! *Cornac,* baja la escala: vienen de proa.

XXI

LA TRAICIÓN DE LOS "THUGS"

Ya despuntaban los primeros rayos del sol, cuando la embarcación se detenía delante de la torre.

No se había equivocado Sandokan: no era una chalupa ni un barco de gran porte; era una *pinassa,* esto es, una barca grande de bordas altas, con dos mástiles pequeños y dos velas cuadradas. Además, tenía cubierta.

Estos veleros los utilizan mucho en la India para la navegación por los grandes ríos de la península; sin embargo, pueden navegar también en el mar, lo mismo que los *grabs,* pues tienen quilla y están bien arbolados.

La *pinassa,* que arribó a las cercanías de la torre, desplazaba unas setenta toneladas, y la tripulaban ocho indios, todos jóvenes y robustos, vestidos de blanco como los cipayos y mandados por un piloto viejo de luenga barba blanca, que en aquel momento estaba al timón.

Al ver a los cinco hombres, entre los cuales había dos blancos, el viejo se quitó cortésmente el turbante, y en seguida descendió a tierra, diciendo en buen inglés:

—¡Buenos días, *sahib*! ¿Necesitan ustedes de nosotros? Hemos oído un disparo, y hemos acudido creyendo que alguien estaba en peligro.

—¿Cómo es que está aquí, viejo? —preguntó Tremal-Naik—. Estos no son sitios para traficar ni para buscar carga.

—Nosotros somos pescadores —respondió el piloto—. En estas lagunas abunda el pescado, y venimos a pescar todas las semanas.

—¿De dónde venís?

—De Diamond-Harbour.

—¿Quiere ganar cien rupias? —preguntó Sandokan.

El indio levantó los ojos hacia el *Tigre de la Malasia,* y le miró fijamente y con cierta curiosidad durante varios instantes.

—¿Quiere usted bromear, *sahib?* —preguntó después—. Cien rupias es una bonita suma: no la ganamos aunque estemos pescando toda una semana.

—Nosotros no deseamos más que tener la *pinassa* a nuestra disposición durante veinticuatro horas; terminadas éstas, las rupias pasarán a tu bolsillo.

—Es usted tan generoso como un nabab, *sahib* —dijo el piloto.

—¿Aceptas?

—En mi caso nadie rehusaría una oferta semejante.

—¿Has dicho que vienes de Diamond-Harbour? —preguntó Tremal-Naik.

—Sí, *sahib.*

—¿Has entrado en la laguna por el canal de Raimatla?

—No; he entrado por el de Jamera.

—Entonces no habrá visto un buque pequeño cruzar por estas aguas.

—Me parece... Sí; ayer he creído distinguir una chalupa larga y muy fina

costeando la punta septentrional de Raimatla —respondió el viejo.

—Seguramente que era nuestra ballenera, que andaba explorando —dijo Sandokan—. Antes de la noche habremos encontrado el parao, y estaremos reunidos todos. Señores, embarquémonos. Mañana vendrá nuestra chalupa a recoger la escolta.

Puso en manos del piloto la mitad del precio estimulado, y en seguida subieron a bordo todos, siendo saludados cortésmente por los indios que componían la tripulación.

Sandokan y Tremal-Naik se sentaron a popa bajo la lona que los pescadores tendieron para resguardarlos del sol, y Yáñez, el francés y el *cornac* descendieron bajo cubierta para dormir un poco en el pequeño camarote de la pinassa que el piloto puso a su disposición.

La *pinassa,* que parecía un buen velero, se apartó de la orilla y tomó el largo hacia algunas islas que medio se entreveían a través de la bruma que se elevaba de la laguna.

Un olor horrible salía de las aguas, pues allí concluían de descomponerse y disolverse muchísimos cadáveres arrastrados por las corrientes de los canales de los Sunderbunds o empujados por el flujo y el reflujo.

—Los indios que quieren alcanzar el paraíso deben ir a él por el Ganges.

—Qué, ¿desemboca allí el río? —preguntó Sandokan, riendo.

—Lo ignoro —contestó Tremal-Naik—; sin embargo, me parece que no. Creo que termina en el Golfo de Bengala, y allí confunde sus aguas con las del mar.

—¿E irán todos al paraíso?

—¡Eso no! Las aguas del Ganges, por muy sagradas que sean, no purgarán jamás el alma de uno que haya matado, por ejemplo, una vaca.

—¿Está eso penado gravemente por vuestra religión?

—Tan gravemente penado, que el culpable va al infierno, en donde le devorarán sin cesar unas serpientes y padecerá los horrores del hambre y de la sed, y después, al cabo de largo tiempo, irá a pasar millares de años transformados en el cuerpo de un jumento.

—¡Vuestro infierno debe ser un lugar espantoso! —dijo Sandokan.

—Según nuestros libros famosos, allí reina constantemente la noche, y no se oyen más que gemidos y gritos espantosos; y los martirios que allí se experimentan son más terribles que los dolores producidos por el hierro y por el fuego. Hay suplicios para toda clase de pecados, para cada uno de los sentidos y para cada miembro en particular. Fuego, hierro, serpientes, insectos venenosos, animales feroces, aves de presa, venenos, picaduras y mordeduras: todo se emplea para martirizar a los pobrecitos. Según nuestros Vedas, algunos están condenados a llevar un cordel atravesado por la nariz, y por medio de ese cordel se les hace correr sin descanso sobre hachas afiladísimas; a otros se les pasa por el ojo de una aguja; a otros se les condena a estar oprimidos fuertemente entre dos peñascos planos; a otros les roen sin cesar los ojos feroces buitres, y otros se ven obligados a nadar en grandes estanques de pez líquida.

—¿Y duran siempre esas penas espantosas?

—No; al concluir cada *suga,* esto es, cada época que comprende millares de años, los condenados vuelven a la tierra, unos bajo la forma de un animal, otros de un insecto o de un pájaro, hasta que vuelven a su prístino ser de hombres

purificados. Esas son las delicias de nuestro *Naraca,* donde impera Yama, el dios de la muerte y de las tinieblas.

—También tendréis un paraíso.

—Más de uno —respondió Tremal-Naik—. El *snarga* del dios Indra, adonde van todas las almas virtuosas; el *veiconta,* o paraíso de Visnú; el *kailasson,* que pertenece a Siva; el *sattia loca,* que es el de Brahma, y que está reservado tan sólo a los brahmanes, a los cuales nosotros tenemos como hombres de una raza superior, y que...

Un escopetazo disparado a muy pequeña distancia, seguido del inconfundible silbido de la bala, que pasó por entre las orejas a los dos amigos, les hizo dar un salto y ponerse en pie.

Uno de los ocho marineros que se encontraban a proa acababa de hacer fuego contra ellos, y todavía estaba medio escondido detrás de una caja, casi envuelto en una nube de humo y con el arma empuñada.

La sorpresa de Sandokan y de Tremal-Naik había sido tan grande, que quedaron inmóviles, creyendo de buena fe que aquel tiro se había escapado casualmente, pues no sospecharon, ni aun les pasó por la mente, que se tratase de una traición.

Un grito del piloto les advirtió que les amenazaba un peligro terrible, y que la bala había sido lanzada contra ellos.

El tunante abandonó precipitadamente el timón que hasta entonces había llevado, lanzándose a través de la toldilla, mientras gritaba:

—¡A ellos, muchachos! ¡Somos nueve! ¡Afuera los cuchillos y los lazos! ,

Sandokan lanzó un verdadero rugido.

Miró en derredor suyo para coger la carabina, que había apoyado contra la amura; pero había desaparecido, juntamente con las de sus compañeros.

Rápido como el rayo, levantó la barra del timón y se lanzó hacia la proa, en donde los tripulantes se colocaron en derredor del hombre que había disparado, gritando con su voz tonante:

—¡Traición! ¡Yáñez! ¡Lussac! ¡A la cubierta!

Tremal-Naik le había seguido, armado con un hacha que encontró clavada en un barril entre un rollo de cuerdas.

Los indios echaron mano a sus cuchillos y desplegaron los lazos que hasta aquel momento tuvieron escondidos bajo las amplias chaquetas de tela.

—¡A ellos, muchachos! —repitió el piloto, que empuñaba una de esas cimitarras cortas que usan los *maharatos,* y que se llaman *tarwar*—. ¡Al padre de la virgencita! ¡Al enemigo de Suyodhana!

¡Ah, perro viejo —gritó Tremal-Naik—-. ¡Me has conocido! ¡Morirás!

Los ocho marineros se lanzaron sobre los dos amigos con empuje de tigres. Como ya hemos dicho, eran mozos robustos, escogidos seguramente con cuidado, y muy distintos de los bengalíes, que generalmente son muy delgados.

Tres se echaron encima de Sandokan; los otros, con el piloto, rodearon a Tremal-Naik.

El *Tigre de la Malasia* intentó por medio de un hábil movimiento cubrir a su amigo, que era quien corría mayor peligro; pero los *thugs* se hicieron cargo a tiempo de la intención, y le cerraron el paso.

—¡Resguárdate en la popa, Tremal-Naik! —gritó el pirata—. ¡Sostente un instante! ¡Yáñez, Lussac, a mí!

Los tres marineros se le habían echado encima. Con un salto de pantera salió del cerco, levantó la barra del timón, y la dejó caer de un modo violentísimo sobre el más cercano.

El *thug,* a consecuencia del golpe, cayó pesadamente al suelo con la cabeza destrozada.

Al mismo tiempo cayó un lazo sobre el pirata, sujetándole el brazo derecho.

—¡Preso! —le gritó el estrangulador—. ¡Tikar, tírate al suelo!

—¡Bueno! ¡Toma! —contestó Sandokan.

Dejó caer la barra, se inclinó, y con la cabeza fue a dar en medio del pecho de su adversario, lanzándole sin sentido al otro lado de la *pinassa;* en seguida, girando como un toro sobre sí mismo, se precipitó sobre el tercero, que iba a clavarle por la espalda, cogiéndole fuertemente por los brazos para impedirle que hiciera uso del cuchillo.

Pero el indio era más fuerte de lo que podía suponer Sandokan, y valiente al propio tiempo. A su vez agarró al jefe de los piratas, procurando echarle una mano al cuello.

Una ola sacudió bruscamente la *pinassa,* imprimiéndole un movimiento de balanceo, y los dos cayeron rodando.

Mientras tanto, Tremal-Naik acometido por los otros cinco y el piloto, se defendía de un modo desesperado, asestando furiosos hachazos y retrocediendo hacia la popa.

Había logrado evitar dos lazos, y se había salvado de un tajo de *tarwar* que le asestó el piloto; pero no podía resistir mucho tiempo el ataque de aquellos seis enemigos, que procuraban cercarle y le acometían por todas partes.

En el momento en que uno de los *thugs* levantaba el cuchillo para clavárselo en un costado, pues había logrado cogerle por detrás, aparecieron en la toldilla Yáñez De Lussac y el conductor de elefantes.

Despertados por los gritos de Sandokan, y alarmados por la palabra *traición,* se tiraron a escape de las hamacas, buscando las carabinas.

Lo mismo que desaparecieron las de Tremal-Naik y de Sandokan habían desaparecido las suyas, pues no estaban donde las dejaron.

De Lussac y el *cornac* tenían sus cuchillos de caza, armas sólidas y de largas hojas, y Yáñez llevaba en la faja una de esas formidables navajas españolas que abiertas parecen una espada.

El portugués la abrió de un golpe secó, y se lanzó por la escala, gritando:

—¡Arriba, amigos! ¡Aquí se degüellan!

Los *thugs,* que procuraban hacer caer a Tremal-Naik, al ver aparecer en la cubierta a los dos hombres blancos y al cornac se dividieron en el acto, escogiendo cada uno su adversario.

El piloto y un marinero quedaron haciendo frente a Tremal-Naik que había concluido por apoyarse contra la borda de babor; otros dos se lanzaron sobre el francés, y los otros tres se fueron encima de Yáñez y del *cornac.*

—¡Ah, canallas! —gritó el portugués, saltando hacia la lona de popa y arrancándola de un tirón para rodearse el brazo izquierdo—. ¿De este modo es

como aquí se traiciona? ¡A mí vosotros dos, y tú con uno, *cornac,* y agujeréale la piel!

La lucha se hizo todavía más furibunda entre aquellos catorce hombres, en tanto que la *pinassa,* abandonada a sí misma, rodaba al impulso de las olas que la marea creciente producía a través de la laguna.

Los *thugs* habían tirado los lazos, que eran inútiles en una lucha cuerpo a cuerpo, y manejaban los cuchillos saltando como felinos; los dos blancos, Tremal-Naik y el cornac se defendían bravamente y no se dejaban acorralar.

Sandokan, en cambio, siempre agarrado a su adversario, rodaba con él por la cubierta, procurando darle el golpe de gracia. Ya había logrado ponerle debajo y cogerle por el cuello y lo apretaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, el indio resistía con una tenacidad prodigiosa; y como tenía los brazos y el cuello impregnados de aceite de coco, lograba esquivar el apretón de cuando en cuando.

Pero apenas intentaba incorporarse sobre las rodillas, el pirata, que, como sabemos, tenía unas fuerzas hercúleas, volvía a tumbarle a puñetazos.

De pronto, y cuando ya habían vuelto a agarrarle de nuevo, sintió debajo de sí la barra del timón, que una brusca sacudida de la *pinassa* había hecho rodar hasta él.

De un salto se puso en pie, dejando libre a su adversario. Coger la barra, levantarla y descargar con ella un tremendo golpe en la cabeza del indio, fue cosa de un instante.

El *thug* no lanzó ni un grito. Cayó como herido por el rayo.

—¡Y van dos! —gritó Sandokan—. ¡Teneos firmes, amigos! ¡Voy en vuestro socorro!

Iba a lanzarse hacia popa, cuando se sintió cogido por detrás.

El indio, que había quedado aterrado por aquel tremendo golpe, aun cuando tenía rotas las costillas, había logrado levantarse al cabo de unos minutos procurando prestar socorro al compañero.

Desgraciadamente para él, llegó muy tarde, y por sí solo no podía luchar, ni mucho menos, con el terrible *Tigre de la Malasia.*

—¡Cómo! —exclamó el pirata—. ¡Vivo todavía? ¡Irás a hacer compañía a los peces!

Lo levantó entre sus robustos brazos y lo tiró a la laguna, sin que el desgraciado hubiera podido oponer la menor resistencia.

En aquel instantes se oyó un grito de dolor, seguido de un denuesto lanzado por Yáñez.

El *cornac,* que luchaba con uno de los thugs a algunos pasos de distancia del portugués, cayó malherido por una tremenda cuchillada.

Un aullido de triunfo saludó la caída del pobre conductor de elefantes.

—¡Adelante! ¡Kali nos protege!

Pero casi en el acto ese grito se cambio por otro lleno de espanto.

Al tiempo de rodar muerto el *cornac* sobre la cubierta caía un hombre a unos cuantos pasos más allá con la cabeza abierta por un hachazo formidable.

Era el viejo, el piloto.

Tremal-Naik, aprovechándose de un paso en falso que dio su adversario a causa

de un balanceo, le había descargado el furibundo golpe.

El viejo abrió los brazos y dejó caer el *tarwar,* y dando dos o tres pasos cayó sobre la toldilla.

Pero el bengalí no había vencido todavía, porque tenía enfrente otro que aún podía darle que hacer; sin embargo, el hacha era un arma más poderosa que el cuchillo del "malandrín.

Sandokan abarcó de una sola ojeada el estado de la lucha, comprendiendo en seguida que quien mayor peligro corría en aquel momento era Yáñez, que afrontaba a tres.

El teniente también se veía acometido por dos, que se le iban encima como mastines rabiosos; pero, sin embarco, no parecía que estuviese en peligro inminente.

El valiente joven tiraba de un modo admirable el cuchillo, y unas veces con ataques rápidos como el rayo y otras con retiradas imprevistas, mantenía siempre a raya a sus enemigos.

—¡A Yáñez primero! —se dijo Sandokan.

En tres saltos cayó a espaldas de los bribones, gritando:

—¡Os mato!

Dos de ellos se volvieron y se lanzaron sobre él, bramando al propio tiempo.

—¡A ti es a quien vamos a matar!

Sandokan hizo un molinete con la pesada barra, y como un relámpago descargó un estacazo sobre el más cercano, derribándole.

Él otro, espantado, volvió la espalda, dirigiéndose hacia la proa; pero la terrible maza le detuvo, golpeándole de un modo brutal entre los hombros.

Cayó de rodillas; pero, sin embargo, tuvo todavía fuerzas bastantes para saltar la borda y arrojarse de cabeza a la laguna.

Sandokan iba a caer a su vez sobre el que luchaba con Yáñez, cuando le vio encogerse de improviso sobre sí mismo, y en seguida rodar desplomado con los brazos extendidos sobre la cubierta.

La navaja del portugués le había matado en el acto.

Al ver los dos *thugs* que acometían al señor De Lussac que ya la partida estaba perdida, huyeron hacia la proa y se tiraron al agua, desapareciendo entre las dos hojas de loto y las cañas que crecían en un banco cubierto, el cual comunicaba con una isleta.

Ya no quedaba a bordo más que el adversario de Tremal-Naik, el más robusto y el más animoso de la banda; luchaba ferozmente, eludiendo con una agilidad de mono los hachazos que le dirigía su enemigo.

Sandokan empuñó de nuevo la barra para acabar también con aquel malandrín, cuando Yáñez le dijo precipitadamente:

—¡No, respetémosle; le haremos hablar!

Como centellas se le fueron encima el señor De Lussac, Yáñez y Sandokan, y le derribaron, atándole con el mismo lazo que poco ¡tiempo antes había tirado en la cubierta.

XXII

SIRDAR

El prisionero, quizá el único que había escapado con vida de aquel sangriento combate, pues a los tres que se tiraron a la laguna no se les había vuelto a ver subir a la superficie, era un hermoso joven de formas casi hercúleas, facciones finas que parecían indicar a un descendiente de las altas castas, a pesar de que su color era casi tan oscuro como el de los molangos.

Al sentirse atar había dicho a Tremal-Naik, que todavía le amenazaba con el hacha llena de sangre del piloto:

—¡Mátame también! ¡Yo no tengo miedo a la muerte! ¡Hemos perdido, y es justo que yo lleve mi parte!

Después, y a pesar de haber intentado inútilmente romper las ligaduras que le ceñían los brazos y las piernas, se había tendido sobre la cubierta, sin volver a decir nada ni manifestar temor alguno por la suerte que pudiera esperarle.

—Señor De Lussac —dijo Sandokan—, siéntese cerca de ese hombre y tenga cuidado por si intenta huir. Si lo intentase, mátele de una puñalada. Nosotros vamos a limpiar la cubierta de todos estos muertos.

—¿Respira todavía el *cornac?*

—En este instante acaba de morir —dijo Yáñez—. ¡Pobre hombre! ¡Se le ha quedado clavado en el pecho el cuchillo de su adversario!

—¡Pero le he vengado! —dijo Sandokan—. ¡Miserables! ¡Habían meditado perfectamente la traición, y podemos decir que vivimos porque Dios lo ha querido así! —Y nos robaron las carabinas para dejarnos indefensos.

¿Cómo sabían que estábamos aquí? —Eso nos lo dirá el prisionero. ¡Limpiemos la cubierta, Sandokan!

Ayudados por Tremal-Naik, tiraron al agua los cadáveres de los *thugs.* El del *cornac;* lo depositaron en el camarote de popa, y lo cubrieron con una lona para darle una honrosa sepultura y librarle de los dientes de los caimanes.

Baldearon la toldilla para limpiar la sangre que manchaba las tablas; orientaron las velas, pues el viento soplaba ahora del noroeste; volvieron a poner en su sitio la barra del timón, y en seguida arrastraron al prisionero a popa, pues era necesario dirigir la *pinassa.*

El *thug* los dejó hacer; sin embargo, en sus ojos se leía cierta preocupación que aumentó al verse rodeado por sus enemigos.

—Muchachito mío —le dijo Sandokan, sin andarse con preámbulos—. ¿Qué quieres mejor: vivir, o morir entre los más atroces tormentos? Tú escogerás. Te advierto que no somos amigos de bromas, como habrás visto.

—¿Qué me quieren ustedes? —preguntó el joven.

—Sabes muchas cosas que nosotros ignoramos, y que es preciso que nos cuentes.

—Los *thugs* no pueden hacer traición a los secretos de su secta.

—¿Conoces la *youma?* —le preguntó de repente Tremal-Naik.

El *thug* se estremeció y un relámpago de temor pasó por sus ojos negros.

—Yo conozco el secreto para componer esa bebida, que suelta la lengua y hace hablar al mudo más obstinado. Hojas de *youma;* un poco de jugo de limón y un granito de opio; como ves, tengo la receta, y conmigo lo preciso para componer en el acto el brebaje. Por tanto, es inútil que te obstines en permanecer callado. Si callas, te la haremos beber.

Yáñez y Sandokan miraban sorprendidos a Tremal-Naik, pues no sabían qué misteriosa bebida era aquella de que hablaba.

En cambio, el señor De Lussac aprobaba las palabras del bengalí con una sonrisa muy significativa.

—Decídete —dijo Tremal-Naik—; no podemos perder tiempo.

En vez de contestar, el indio miró durante algunos minutos al bengalí y en seguida preguntó:

—¿Eres tú el padre de la pequeñita? Tú eres el atrevido cazador de serpientes y tigres del junglar negro, que robó hace mucho tiempo a la virgen de la pagoda de Oriente.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Tremal-Naik.

—El piloto de la *pinassa.*

—¿Y por quién lo sabía él?

El joven no contestó. Había vuelto a bajar los ojos, y en su rostro se le leía en aquel instante una extraña alteración que no debía de producírsela el miedo. En su ánimo y en su cerebro estaba librándose un combate tremendo.

—¿Qué es lo que te ha dicho ese miserable traidor? —preguntó Tremal-Naik—. ¿Que todos vosotros sois unos canallas?

—¡Canallas! —exclamó de improvisto el joven, al mismo tiempo que de un salto, y a pesar de las ligaduras que le oprimían, se incorporaba sobre las rodillas—. ¡Sí, canallas! ¡Esa es la palabra! ¡Son cobardes! ¡Son asesinos! ¡Y yo me siento lleno de horror al verme inscrito en esa odiosa secta!

Y apretando los dientes agregó con voz ahogada:

—¡Maldito sea mi destino, que ha hecho de mí, del hijo de un brahmán, un cómplice de sus delitos! ¡Kali o Durga, con cualquiera de los dos nombres que te invoquen, yo te maldigo, diosa sanguinaria, diosa del terror y de las ruinas! ¡Eres una falsa divinidad!

Tremal-Naik, Sandokan y los dos europeos, estupefactos ante la expresión de odio que relampagueaba en los ojos del joven, había quedado silenciosos.

Comprendían que en aquel hombre, a quien creyeron hasta aquel instante uno de los más fanáticos y de los más resueltos secuaces de la monstruosa divinidad, se había operado un cambio absoluto.

Al cabo de unos momentos, Tremal-Naik le preguntó:

—Entonces, ¿no eres un *thug?*

—¡Llevo en el pecho el infamante estigma de esos viles sectarios —dijo el joven amargamente—; pero mi alma ha permanecido brahmán.

—¿Representas ahora alguna comedia? —preguntó el señor De Lussac.

—¡Que no pueda entrar en el *Sattia Loca,* y que después de muerto se convierta mi cuerpo en el insecto más repugnante si mintiese! —dijo el joven.

—¿Y cómo es que te hallas entre esos malandrines sin haber abjurado de

Brahma? —preguntó Tremal-Naik.

El joven estuvo silencioso algunos instantes, y después, bajando de nuevo los ojos, contestó:

—Señor, yo soy hijo de un hombre que pertenecía a las altas castas, de un brahmán rico y poderoso, descendiente de estirpe de rajá; pero no he sido digno de la posición que ocupaba mi padre. Me extravió el vicio, el juego devoró mis riquezas, de escalón en escalón fui a dar en el lodo, y me convertí en un paria miserable. Un día, un viejo que hacía oficios de *manti...*

—¿Has dicho que un *manti?* —preguntó Tremal-Naik.

—¡Déjale concluir! —dijo Sandokan.

—...me encontró en compañía de unos titiriteros —prosiguió el joven—, con quienes iba para no morirme de hambre. Maravillado de mi fuerza poco común y de mi agilidad, me propuso que abrazase la religión de la diosa Kali. Después supe que los *thugs* andaban alistando hombres escogidos para organizar una especie de policía secreta, con objeto de vigilar y prevenir los movimientos de las autoridades de Bengala, que habían amenazado con destruir. Yo me hallaba ya en la abyección más completa, y la miseria me cercaba por todas partes; acepte por la vida, y el hijo del brahmán se convirtió en un miserable *thug.* Lo que haya hecho después ya poco puede importaros saberlo; pero odio a esos hombres, que me han obligado a matar y a ofrecer a la horrible diosa la sangre de numerosas víctimas. Sé que vais a llevar la guerra a su misma madriguera. ¿Queréis mi ayuda? ¡Sirdar pone a vuestra disposición su fuerza y su valor!

—¿Cómo sabes tú que nos dirigimos a Raimangal?

—Me lo ha dicho el piloto.

—¿Quién era ese piloto?

—El que mandaba uno de los *grabs* que acometieron a vuestro buque.

—¿Había venido siguiéndonos?

—Sí, juntamente con otros doce *thugs* que formaban parte de la tripulación; yo era uno de ellos. Sospechábamos que tú, *sahib,* te dirigías a Khari, porque nos habían dicho que tus criados compraron dos elefantes. Cuantos pasos disteis, todos los hemos espiado. Así pudimos enterarnos de tus relaciones con los que tripulaban ese buque pequeño que se batió con los nuestros; así supimos que habíais seguido al *manti* hasta que lograsteis prenderlo. Creed que experimenté una gran alegría cuando supe que estaba en vuestro poder el viejo condenado, pues él fue quien me hizo abrazar la religión de Kali. Te hemos seguido a través del junglar; hemos asistido, escondidos entre las cañas, a tus cacerías; te hemos robado la bayadera, pues teníamos miedo de que os dijera dónde estaba el refugio...

—¡Surama! —exclamó Yáñez.

—Sí; así se llama esa muchacha —dijo Sirdar—. Es hija de un jefe montañés del Assam.

—Y ahora, ¿dónde está?

—En Raimangal, seguramente —respondió el joven—. Tenían miedo de que os guiase a los misteriosos subterráneos de la isla.

—¡Prosigue! —dijo Sandokan.

—Después os tendimos la última emboscada para matar al segundo elefante —siguió diciendo Sirdar—. Nos dispusimos a mataros antes que hubiera podido poner el pie en Raimangal.

—¿Y la *pinassa?* —preguntó Tremal-Naik.

—La envió Suyodhana, a quien se le había advertido de vuestras intenciones por medio de varios correos. Supimos que os habíais refugiado en la torre de Barrekporre, y vinimos a ofreceros nuestros servicios, aun sin que vosotros nos hubieseis avisado con los disparos.

—¡La organización de esos bandidos es maravillosa! —exclamó Yáñez.

—Tienen una policía secreta digna de admirarse, con objeto de hacer inútiles todas las tentativas que para destruirlos haga el gobierno de Bengala —dijo Sirdar—. Siempre están temiendo que las autoridades de Calcuta les den un golpe de mano, y por esa razón los junglares y los Sunderbunds están llenos de espías de los *thugs.* Si un grupo de gentes sospechosas entra por los junglares, en seguida lo advierten las notas agudas de los *ramsingas,* que se van repitiendo hasta las orillas del Mangal. Como veis, es imposible una sorpresa.

—¿Crees tú, entonces, que no se les puede acometer en su isla? —preguntó Sandokan.

—Quizá; pero es preciso hacerlo con extrema prudencia.

—¿Y conoces esos subterráneos?

—He estado en ellos varios meses —contestó Sirdar.

—¿Cuándo estuviste por última vez?

—Hace cuatro semanas.

—¡En ese caso habrás visto a mi hija! —gritó Tremal-Naik con una emoción indescriptible.

—Sí; una noche la vi en la pagoda mientras la enseñaban a verter la sangre de un pobre molango, inmolado horas antes, en el recipiente donde nada el *mango* sagrado. Aquello fue un espectáculo deprimente.

—|Miserable! —exclamó Tremal-Naik. ¡También obligaban a su madre a que derramara sangre humana ante Kali! ¡Cobardes!

Un sollozo estalló en la garganta del pobre padre.

—¡Cálmate! —dijo Sandokan afectuosamente—. ¡Se la quitaremos! ¿Para qué hemos venido desde nuestra lejana isla de Mompracem? ¡Uno de los Tigres debe morir y será el de la India el que caiga en la lucha!

Cogió la navaja de Yáñez y cortó las ligaduras del prisionero, diciéndole:

—Te perdonamos la vida y te damos la libertad a cambio de que nos guíes a Raimangal y a esos subterráneos misteriosos.

—Sirdar cumplirá su palabra, porque mi odio hacia esos asesinos es tan grande como el vuestro. ¡Que Yama, dios de la muerte y de los infiernos, me condene para toda la eternidad si hago traición a mi promesa! ¡Reniego de Kali, y vuelvo a ser brahmán!

—¡Yáñez, al timón! —dijo Sandokan—. ¡Se levanta el viento, y el Marianna no debe de estar lejos! ¡Coja la escota, señor De Lussac! Bogaremos como un *steamer.*

Una brisa fresca comenzó a soplar, hinchando las velas de la embarcación y dispersando la niebla producida por la abundante evaporación del agua.

Sandokan se había apresurado a poner la proa hacia el sur, en donde se abría un ancho canal que, según le había dicho Tremal-Naik, era el de Raimatla. Formábanlo dos islas muy bajas y de bastante dimensiones, cubiertas de cañas

gigantescas.

Hacia el Este se extendía otros islotes, también llenos de vegetación espesísima, en su mayor parte formaba por bambúes espinosos y algunos cocoteros.

Millares de pájaros acuáticos revoloteaban sobre aquellas tierras fangosas, y los devoradores de carroñas, *marabús, mozzagries* y *arghilahs,* se contaban por centenares. Allí debían de tener abundante pasto, a juzgar por el nauseabundo olor que procedía de aquellos sitios.

Seguramente, las orillas estarían llenas de cadáveres de indios, empujados hasta ellas por la marea y las olas.

La *pinassa,* que era un velero muy bueno, bogaba admirablemente, obedeciendo a la menor presión del timón. En menos de una hora llegó a la punta septentrional de la isla, la cual seguía alargándose hacia Oriente, y empezó a seguir la orilla, sosteniéndose, sin embargo, a distancia respetuosa para no verse acometida de repente por los tigres que allí abundan.

La audacia de esas fieras es tal, que muy a menudo, y dando un solo salto, caen sobre el puente de las chalupas o de los veleros pequeños que cometen la imprudencia de ir demasiado cerca de tierra, y apresan algún tripulante ante los ojos de sus compañeros, aterrados e impotentes para rechazar el asalto.

—¡Id con cuidado! —dijo Sandokan, que había sustituido a Yáñez en el timón—. Si Sambigliong o Kammamuri se han atenido a mis instrucciones, deben de haber escondido el parao en algún canalillo y desmontado la arboladura; por tanto, puede ocultarse a nuestras miradas.

—Indicaremos nuestra presencia con algún tiro —dijo Tremal-Naik—. He encontrado una de las carabinas.

—De seguro que es la que disparó el *thug* contra nosotros.

—Debe de ser esa misma.

—Sí —dijo Sirdar, que iba sentado en la amura de popa.

—¿Y las otras? —preguntó Sandokan.

—Mandó tirarlas el piloto a la laguna para que no pudieseis serviros de ellas.

-—¡Qué viejo estúpido! —dijo Yáñez—. ¡Pudo haberlas utilizado contra nosotros!

—No había cargada más que una, *sahib,* y nosotros no teníamos a bordo pólvora ni balas —respondió el joven.

—¡Es verdad! —afirmó Sandokan—. Las otras las habíamos descargado en la torre para llamar la atención de la *pinassa.* Ha sido una verdadera suerte, porque si no, nos hubieran fusilado a quemarropa.

—Esa era la intención del piloto —dijo Sirdar—. Pensando en eso os sustrajeron las carabinas.

—Capitán Sandokan —dijo en aquel momento el señor De Lussac, que se había encaramado en la antena de la vela de proa para dominar mayor horizonte—, veo surcar el canal un punto negro.

El *Tigre de la Malasia* dejó el timón a Sirdar y se dirigió hacia la proa, seguido de Yáñez.

—¿Hacia el sur, señor De Lussac? —preguntó.

—Sí, capitán; y parece dirigirse hacia Raimatla.

Sandokan, que tenía una potencia de visión extraordinaria, miró en la dirección indicada, y efectivamente, vio, no un punto, sino una sutil línea negra que atravesaba el canal a una distancia de siete u ocho millas.

—Es una chalupa —dijo.

—No puede ser otra que la ballenera del *Mariana* —añadió Tremal-Naik—. Nadie se atreve a meterse por entre los canales de los Sunderbunds, a no ser que le haya arrojado hasta allí alguna tempestad; y a mí me parece que el golfo de Bengala no se halla encolerizado en estos momentos.

—Se dirige hacia la isla —dijo Yáñez, que tenía la vista tan aguda como el *Tigre*—, y se me figura que veo allá abajo una ensenada pequeña. Puede ser que esté refugiado el parao en ese sitio.

—¡Orza a la banda! —grito Sandokan al *thug*—. ¡Cíñete a la costa!

La *pinassa,* que marchaba velozmente, pues la brisa no amainaba, se dirigió hacia Raimatla, en tanto que la chalupa desaparecía en la ensenada que había señalado el portugués.

Tres cuartos de hora más tarde el pequeño velero llegaba a la embocadura de una especie de canal que parecía internarse en la isla cosa de un centenar de metros, y que estaba obstruido en muchas partes por minúsculos islotes cubiertos de elevadísimos bambúes rodeados de palutarias.

Sandokan, que había vuelto a empuñar el timón, metió atrevidamente la *pinassa* en aquel brazo de agua. Tremal-Naik y Sirdar se dedicaron a hacer sondajes.

—¡Dispara un tiro! —dijo a Yáñez el *Tigre de la Malasia.*

Iba a obedecer el portugués, cuando salió de un canalillo lateral una chalupa tripulada por doce hombres armados de carabinas y de *parangs,* dirigiéndose rápidamente hacia la *pinassa.*

—¡La ballenera del parao! —gritó Yáñez—. ¡En, amigos! ¡Abajo las carabinas!

La orden llegó a tiempo, porque la tripulación de la chalupa había dejado los remos para empuñar las armas de fuego, con la intención de enviarles una granizada de balas.

Le contestó un grito de alegría.

—¡El señor Yáñez!

Lo lanzó Kammamuri, el fiel servidor de Tremal-Naik, que parecía haber asumido el mando de la expedición.

—¡Acércate! —gritó el portugués, mientras los malayos y los dayaks saludaban a sus capitanes con gritos salvajes.

En pocos golpes de remo la chalupa abordó la *pinassa* por babor, a tiempo que Sirdar y el señor De Lussac echaban a fondo el anclote de proa.

Kammamuri de un solo salto se puso a caballo sobre la amura, cayendo sobre cubierta.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Ya comenzábamos a temer que les hubiese sucedido alguna desgracia! ¡Bonita *pinassa*!

—¿Qué noticias hay, mi valiente Kammamuri? —preguntó Tremal-Naik.

—Pocas y poco agradables, patrón —respondió el maharato.

—¿Qué es lo que ha sucedido?—preguntó Sandokan arrugando el entrecejo.

—Que se ha escapado el *manti.*

—¡Se ha escapado el *manti*! —exclamaron a un tiempo Sandokan y Tremal-Naik con sorpresa.

__Hace tres días que ha desaparecido, patrón.

—¿Es decir, que no le vigilaban? —gritó el *Tigre de la Malasia.*

—Se le vigilaba de un modo estrechísimo, señor Sandokan; le doy mi palabra: le habíamos puesto dos centinelas en el camarote por miedo a que lograse hacer lo que hizo.

—Y, sin embargo, se escapó —dijo Yáñez.

—¡Ese hombre debe de ser un hechicero, un demonio, qué se yo! El hecho es que no se halla a bordo.

—¡Explícate! —dijo Tremal-Naik.

—Ya saben ustedes que estaba recluido en el camarote contiguo al que ocupaba el señor Yáñez, que no tenía más que un ventanillo tan pequeño, que era imposible que por él pudiera pasar, no digo un hombre, ni un gato siquiera. Hoy hace tres días bajé al amanecer a hacer una visita de inspección, y encontré desierto el camarote y a los dos guardias tan profundamente dormidos, que, nos costó gran trabajo despertarlos.

—¡Mandaré fusilarlos! —dijo lleno de ira Sandokan.

—Créame, señor Sandokan, que no ha sido culpa suya dormirse —dijo el maharato—. Nos contaron que por la tarde, a eso del anochecer, el *manti* empezó a mirarlos de un modo que les producía cierto malestar inexplicable. Les parecía que de los ojos del viejo salían chispas. Al cabo de cierto tiempo les dijo: «¡Dormid, os lo mando!» Y se durmieron tan profundamente, que cuando bajé creí que estaban muertos.

—Los ha hipnotizado —dijo el señor De Lussac—. Entre los indios hay hipnotizadores famosos, y ese *manti* debe de ser uno de ellos.

—¿Y cómo pudo escaparse? —preguntó Yáñez.

—El bergante habrá esperado a que se hiciera de noche por completo para subir a cubierta y dejarse caer en la orilla. Además, el *Marianna* tenía una plancha tendida a tierra.

—Pues la fuga de ese hombre puede dar al traste con nuestros proyectos —dijo Sandokan.

—Se habrá ido corriendo en busca de Suyodhana, y le habrá advertido el peligro que corre.

—Si es que no le ha devorado algún tigre o hecho tortilla alguna serpiente —dijo Tremal-Naik—. Además, Raimatla está separada de Raimangal por canales muy anchos e islotes peligrosísimos. ¿El *manti* cogió algún arma al huir?

—El *parang* de uno de sus centinelas —respondió Kammamuri.

—No te preocupes por la evasión de ese viejo, amigo Sandokan —dijo Tremal-Naik—. Hay noventa y nueve probabilidades contra una de que le hayan devorado las fieras antes de poder llegar a Raimangal. A no ser un verdadero diablo, o que haya encontrado quien le ayude, dejará la piel entre los pantanos y los bambúes espinosos. Vamos a tu *Marianna* a organizar la expedición y a concluir de planear lo que hemos de hacer.

XXIII

LA ISLA DE RAIMANGAL

A la mañana siguiente, la pequeña cala donde se había refugiado la embarcación de Sandokan, era abandonada con el fin de ir a sorprender a los *thugs* en sus propias madrigueras y rescatar a la pequeña Darma.

La huida de aquel hombre obligó a Sandokan a acelerar su plan, a pesar de que era muy poco probable que el *manti* lograse salvar los extensos canales de los Sunderbunds, infestados de voraces cocodrilos, y atravesar las islas repletas de tigres, panteras, formidables boas y venenosas serpientes de cascabel.

Todos los expedicionarios embarcaron, pues, en la *pinassa.* En el *parao* se quedaron tan solo los seis hombres y el *cornac.*

El navío iba tan cargado que parecía que iba a hundirse de un momento a otro. En lugar de descender hasta el mar y costear las Cabezas de Arena, que sirven de protección contra el avance del oleaje del golfo de Bengala, lo que hubiese evitado mucho camino, se dirigió hacia el lado septentrional para rodear la laguna interior. Pues existían menos probabilidades de que fuera descubierto permaneciendo entre las islas.

Los detalles del plan ya habían sido estudiados minuciosamente. Siempre, claro está, actuando con la mayor cautela y astucia, con el objeto, ante todo, de poner a salvo a la niña. Habían dejado para más adelante el ataque definitivo, que si se lograba realizar, destruiría por completo a aquella terrible secta, y con ella al Tigre de la India.

Un viento fresco que soplaba del sur desde la madrugada, favorecía la marcha de la *pinassa.* Un poco antes del mediodía, el pequeño velero llegó al extremo septentrional de Raimatla, adentrándose en el gran lago interior que se extiende desde las riberas de las junglas del Ganges hasta las islas que forman los Sunderbunds.

—Si el viento no cesa —dijo Tremal-Naik a Sandokan, que miraba con curiosidad aquellas tierras bajas—, llegaremos antes de medianoche al cementerio flotante del Mangal.

—¿Y crees que hallaremos un lugar adecuado para ocultar la *pinassa?*

—Conozco el Mangal perfectamente, pues vivía en sus orillas cuando cazaba tigres y serpientes en la jungla negra. Tal vez aún esté la choza que me sirvió de refugio durante tanto tiempo. Me agradaría verla de nuevo, porque en sus alrededores fue donde hallé, por vez primera, a la que luego fue mi mujer.

—¿Te refieres a Ada?

—Sí. En una hermosísima tarde de verano se me apareció como una diosa. Nunca podré olvidar aquel momento.

—¿Y cómo permitían los *thugs* que la virgen de la pagoda pasease sola por la jungla?

—¿De quién iban a temer? Ella no podía escapar, pues estaban seguros de que no se hubiera atrevido a cruzar la inmensa selva, y desconocían que yo estuviese por allí.

—¿Os visteis a menudo?

—Sí, todos los días al ponerse el sol. Nos mirábamos en un completo

silencio. Yo la creía una diosa y no me atrevía a preguntarle nada. Pero una tarde no se presentó. Aquella misma noche los *thugs* asesinaron a un servidor mío a quien yo había enviado a la orilla del Mangal.

—¿Fuiste a buscarla a la pagoda?

—Sí. Allí vi cómo vertía sangre humana ante la horrorosa imagen de Kali, pero lo hacía llorando y maldiciendo u aquellos canallas.

—¿Y es verdad que los thugs te sorprendieron y que Suyodhana, su gran jefe, te atravesó el pecho con su puñal?

—Es cierto —respondió Tremal-Naik—. De no haberle temblado la mano en aquel instante, no estaría yo aquí contándote esta historia. Sin embargo, antes de que me hiriera maté a gran número de aquellos malvados, y sólo caí en sus manos tras una lucha desesperada.

—¿Cómo bajaste a la pagoda?

—Por una cuerda que sostenía una lámpara.

—¿Existirá aún?

—Sirdar me ha dicho que sí.

—Magnífico. Entonces utilizaremos ahora este mismo sistema —dijo Sandokan—. Y si está Darma, la libertaremos.

—Primero hay que aguardar a que Sirdar nos prevenga.

—¿Confías en él?

—Completamente —respondió Tremal-Naik—. Odia a los *thugs* tanto o más que nosotros.

—Será un gran aliado si no nos traiciona. Le he prometido una fortuna si logra hacer que liberemos a la niña.

—Cumplirá su promesa, estoy seguro de ello. Y también nos ayudará a salvar a la bayadera.

—Quizá la hayan trasladado a los subterráneos.

—Sí, es muy posible.

—La salvaremos, pero hemos de actuar con suma cautela Darma será para ti, Surama, para Yáñez y para mí, la piel del Tigre de la India —dijo Sandokan, mientras en sus labios se dibujaba fiera sonrisa de satisfacción—. ¡He de tenerla o no regresaré a Mompracem!

En aquel preciso momento llegaba Sirdar, el cual les señaló una isla.

—Esa es Rima, la primera de las cuatro islas que ocultan la de Raimangal por occidente. Avancemos al norte, *sahib.* Aquélla es nuestra ruta.

—Debemos evitar Port-Canning —alegó Tremal-Naik—. En esa estación puede haber algún espía de Suyodhana.

—Cruzaremos por el canal interior —contestó Sirdar—. Así nadie podrá vernos.

—Coge el timón.

—Sí, *sahib,* es mejor. Guiaré la embarcación.

Pocos momentos después la viraba de bordo el pequeño velero, doblando la punta septentrional de Rima y embocando un nuevo canal, también bastante ancho.

A las seis ya había rebasado el canal, y la *pinassa* se metía por entre una serie de bancos, bajos fondos e islotes que formaban la parte baja del Mangal.

El cementerio flotante indicado por Tremal-Naik se acercaba.

Cientos y cientos de cadáveres procedentes del Ganges, pues el Mangal es una arteria del inmenso río, flotaban sobre las negruzcas aguas, *tripulado* cada uno por una o parejas de marabúes.

Poco a poco las tierras se extendían. Raimangal se unía al junglar del continente.

Sandokan mandó recoger las dos grandes velas, y hacía que sondeasen el río a cada momento, por miedo a que embarrancase la embarcación. Tremal-Naik se puso cerca del timonel para indicarle el camino.

Durante veinte minutos el velero siguió subiendo el río, y en seguida, aconsejado por Tremal-Naik, Sandokan ordenó que se acercase el barco a la orilla izquierda, entrándole en una caleta sombreada por árboles enormes que interceptaban casi por completo el paso de la luz.

—Aquí nos detendremos —dijo el bengalí—. Como veis, es fácil esconder la *pinassa* en medio de los vegetales después de haberle quitado los mástiles. Además, el junglar es espesísimo y está a dos pasos de aquí. Es imposible que nadie nos descubra.

—¿Está muy lejos la pagoda de los *thugs?*

—A menos de una milla de distancia.

—¿En algún junglar?

—No; a la orilla de un estanque.

—¡Sirdar!

El joven se apresuró a acercarse.

—Ha llegado el momento de poner manos a la obra.

—Estoy dispuesto, *sahib.*

—Hemos oído tu juramento; ¡no lo olvides!

—Sirdar podrá ser un hombre despreciable por muchas razones; pero no faltará a su promesa.

—¿Qué plan te has trazado?

—Ver a Suyodhana y decirle que la *pinassa* ha caído en manos de una banda de gentes que nos atacaron, y que mataron a toda la tripulación, de la cual solamente yo he podido salvarme.

—¿Te creerá?

—¿Por qué no? Además de que es verdad, siempre ha tenido confianza en mí.

—¿Y después?

—Me informaré de si la pequeña está todavía en los subterráneos, y os avisaré la noche en que la niña vaya a hacer el ofrecimiento de la sangre ante la estatua de la diosa. Debéis estar dispuestos para entrar en la pagoda; pero tened mucho cuidado con que puedan veros.

—¿Cómo vas a advertirnos?

—Si Surama ha llegado ya, os la enviaré.

—¿La conoces?

—Sí, *sahib.*

—¿Y si todavía no la hubiesen llevado a Raimangal?

—Entonces vendré yo mismo, *sahib.*

—¿A qué hora suelen hacer generalmente el ofrecimiento de la sangre?

—A medianoche.

—Es verdad —dijo Tremal-Naik.

—¿Cómo podríamos arreglarnos para entrar en la pagoda sin ser vistos? —preguntó Sandokan.

—Escalando la cúpula y descendiendo por la cuerda que sostiene la lámpara grande —dijo Tremal-Naik—, si es que todavía existe esa cuerda.

—Sí, *sahib;* pero así y todo es preciso mucha cautela y que no entréis demasiados en la pagoda —dijo el joven—. El grueso de la gente puede quedar oculta en el junglar: os advierto que no acudáis hasta que no oigáis el *ramsinga.*

—¿Y quién ha de tocarlo?

—Yo, señor, puesto que también estaré en la pagoda cuando os lancéis sobre Suyodhana.

—¿Es él quien tiene que llevar a la niña al ofertorio de la sangre? —preguntó Yáñez, que se había acercado.

—Sí, *sahib;* siempre presencia el acto del ofrecimiento.

—Vete ya —dijo Sandokan—. Acuérdate de que si logras poner en nuestras manos a Darma y a Surama, tienes hecha tu fortuna; pero que si nos haces traición, no nos alejaremos de los Sunderbunds sin llevarnos tu cabeza.

—¡Cumpliré el juramento que os he hecho! —afirmó Sirdar con voz solemne—. ¡No soy un *thug*, sino brahmán!

Tomó la carabina que le daba Kammamuri y saltó ágilmente a la orilla, desapareciendo momentos después en la oscuridad.

—¿Será capaz de devolverme a mi hija? —preguntó anhelante Tremal-Naik—. ¿Qué opinas, Sandokan?

—Sirdar me parece valiente y leal, y creo que cumplirá su peligrosa misión sin vacilar lo más mínimo. Ahora tengamos paciencia y dispongamos nuestro campamento.

Entretanto, la tripulación ya había ocultado la *pinassa,* quitando las entenas, la arboladura y los aparejos.

Primero trasladaron a tierra las armas, parte de las municiones, las cajas con las provisiones y las tiendas. A continuación empujaron el barco hacia las plantas palustres, entre las cuales habían abierto por medio de los *parangs,* un gran claro donde esconderlo.

Tras realizar aquello, cubrieron la toldilla con montones de cañas y ramas, quedando de esta forma completamente oculta la embarcación.

Sandokan, Yáñez y Tremal-Naik, con un grupo de dayaks, se habían adentrado en la vegetación para alcanzar las lindes de la jungla y establecer allí un puesto avanzado.

Sambigliong y Kammamuri, por su parte, preparaban otro puesto a la orilla de

la costa occidental, con el fin de vigilar a los que pudiesen llegar por los Sunderbunds.

La razón más importante de haber establecido este último puesto era evitar que el *manti* pudiese llegar hasta los thugs, en el caso de que hubiese salido ileso de la selva.

Eran ya las dos de la madrugada, cuando, tras colocar a cierta distancia varios centinelas, los jefes y una buena parte de la tripulación fueron a descansar.

Ningún acontecimiento turbó el descanso del campamento durante aquella noche.

Al día siguiente, Sandokan, Yáñez y Tremal-Naik, a quienes la impaciencia no dejaba tranquilos, hicieron una exploración por la selva, acompañados de «Darma» y «Punthy», alcanzando una zona desde donde se podía ver la pagoda de los terribles secuaces de Kali.

Esperaron a que anocheciera, imaginando que llegaría Sirdar o Surama, pero ninguno de los dos apareció, y en cuanto al *manti,* no se le vio por parte alguna.

Por el contrario, durante la noche oyeron varias veces el *ramsinga.* ¿Qué significaban aquellas notas impregnadas de una gran melancolía y que tocaban algo semejante a una sonata invernal?

¿Eran acaso señales de los que vigilaban los junglares del continente, o quizá anunciaban algún rito religioso?

Recuérdese a este respecto que la música india tiene cuatro modulaciones, que se relacionan con las cuatro estaciones del año. En el invierno es melancólica, viva en la primavera, lánguida en verano y brillante en el otoño.

Al oír aquellas notas, Sandokan y sus hombres salieron precipitadamente de sus tiendas, creyendo que era el aviso de la llegada de Sirdar. Pero no fue así, y ello aumentó su inquietud.

Pasó también el segundo día sin que aconteciera nada de particular. Sandokan y Tremal-Naik, en el colmo de la impaciencia, determinaron realizar por la noche una nueva exploración e intentar entrar en la pagoda. Pero al anochecer vieron llegar corriendo a uno de los centinelas apostados en el bosque.

—Capitán —dijo el malayo—, se acerca alguien. He visto que se mueven los bambúes como si una persona procurara abrirse paso.

—¿Será Sirdar? —se preguntaron a un tiempo Sandokan y Tremal-Naik.

—No he podido verle.

—Guíanos —dijo Yáñez.

Cogieron las carabinas y los *kris,* y juntamente con el señor De Lussac se pusieron en marcha siguiendo al malayo. *Darma* les acompañaba.

Apenas se habían metido en el junglar, cuando vieron moverse las puntas de unos elevadísimos bambúes. En efecto, alguien hacía esfuerzos para abrirse camino.

—¡Rodeémosle! —dijo Sandokan en voz baja.

Iban a verificar el movimiento; pero una voz armoniosa, de todos bien conocida, les dijo:

—¡Buenas tardes, *sahibs*! ¡Me envía Sirdar!

XXIV

LA PAGODA DE LOS «THUGS»

Surama, la bella bayadera, apareció de improviso en el borde del grupo de bambúes empuñando un *tarwar,* del cual se había servido para abrirse paso por entre las plantas que cubrían el suelo fangoso de la isla.

De nuevo vestía el espléndido y pintoresco traje de las bailarinas religiosas, con la ligera coraza de madera dorada y el juboncito de seda azul bordado de plata y perlitas o aljófar de Ceilán.

Todos se precipitaron a su encuentro, incluso *Darma,* que mostraba su contento frotando el hocico en el jubón de la joven.

—¡Hermosa mía! —dijo Yáñez, que estaba vivamente conmovido—. ¡Te creía perdida!

—Ya ve usted, *sahib,* que vivo todavía —contestó sonriendo—. Sin embargo, yo misma tuve mis dudas de si me robarían para inmolarme en honor de su divinidad.

—¿Quién te envía? —preguntó Tremal-Naik.

—Ya os he dicho que Sirdar. Me ha encargado que os advierta que hoy a medianoche se hará la ofrenda de sangre ante la estatua de Kali.

—¿Y quién ha de verterla? —preguntó con angustia; el bengalí.

—La virgencita de la pagoda.

—¡Miserables! ¿Has visto a mi hija?

—Es invisible para todos, menos para los sacerdotes y para Suyodhana.

—¿Te ha dicho Sirdar algo más?

—Que éste será el último sacrificio de sangre que se hará, porque los *thugs* se disponen a dispersarse de nuevo para ir en ayuda de los insurrectos de Delhi y Lucknow.

—¿Ha estallado la insurrección? —preguntó De Lussac.

—Y de un modo terrible, señor —contestó Surama—. He oído decir que los regimientos de cipayos fusilan a sus oficiales; que en Cawnpore y en Lucknow han asesinado a todas las familias inglesas, y que la Rahni de Barrekporre ha enarbolado el estandarte de la revolución. El norte de la India está ardiendo.

—¿Y Suyodhana se dispone para ir a reunirse con los insurrectos? —preguntaron Sandokan y Tremal-Naik.

—Sí; pero también porque no se cree seguro aquí. Ya sabe que el padre de la pequeñita amenaza a Raimangal.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Yáñez.

—Los espías que han venido siguiéndoos a través del junglar.

—¿Sabe ya que estamos aquí? —preguntó Sandokan.

—Los *thugs* lo ignoran, porque han perdido vuestra pista desde que dejasteis la torre de Barrekporre y os embarcasteis en la *pinassa.* Sirdar me lo ha contado todo.

—¿Por qué no ha venido él? preguntó Tremal-Naik.

—Por no perder de vista a Suyodhana, temiendo que de pronto desaparezca.

—¿Te quedas aquí? —preguntó Yáñez.

—No, *sahib* blanco —contestó Surama—. Me espera Sirdar, y yo creo que para vosotros es mejor que permanezca con los *thugs* hasta que se marchen.

—¡Si antes no les ahogamos a todos en sus cavernas! —dijo Sandokan—. ¿Tienes algo más que decirnos?

—Que en el caso de que huya Suyodhana, Sirdar le acompañará. ¡Adiós, *sahib* blanco; volveremos a vernos pronto! —dijo la muchacha estrechando la mano de Yáñez.

—Voy a darte un consejo —dijo Sandokan—. En cuanto nosotros asaltemos el refugio de los *thugs,* huye de los subterráneos. Así que oigas el primer tiro, retírate a la pagoda.

—Sí, *sahib*.

—¿No comunican los subterráneos con el tronco del *baniano* sagrado? —preguntó Tremal-Naik.

—No; esa galería la han cerrado. No tenéis otro remedio que lanzaros por la galería que pone en comunicación con la pagoda. Buenas noches, *sahib;* os profetizo que exterminaréis a esos miserables, y que volveréis a ver en vuestro poder a la niñita.

Sonrió a todos y desapareció entre los bambúes, alejándose velozmente.

—Son las nueve —dijo Sandokan así que se quedaron solos—. Vamos a hacer nuestros preparativos.

—¿Llevamos toda la gente? —preguntó De Lussac.

—Seríamos demasiados —contestó Sandokan—. ¿Qué nos aconsejas que hagamos, Tremal-Naik, tú que conoces la pagoda?

—Que se quede escondido el grueso de la gente entre las espesuras que rodean el estanque —respondió el bengalí—. Nosotros descenderemos a la pagoda y daremos la primera acometida. Así que esté a salvo Darma, si queréis forzaremos los subterráneos y remataremos a Suyodhana.

—¡No vuelvo a Mompracem sin llevar conmigo la piel de Tigre de la India! —dijo Sandokan—. ¡Lo he jurado!

Volvieron al campamento y enviaron algunos hombres al canal occidental para que .retirasen a los centinelas, pues querían tener a mano todas las fuerzas disponibles para dar el golpe decisivo a los bandidos de Suyodhana.

A las once, Sandokan, Yáñez, De Lussac y Tremal-Naik, con cuatro malayos escogidos entre los más vigorosos, se alejaron del campamento precedidos por el tigre *Darma.*

Todos iban armados de carabinas, pistolas y *parangs,* y llevaban cuerdas para escalar la cúpula de la pagoda.

El grueso de la gente, que lo componían treinta hombres entre malayos y dayaks a las órdenes de Sambigliong, debía seguirlos un cuarto de hora después.

Los marineros del parao iban también pertrechados con carabinas, *kampilangs* o de *parangs,* además de unas cuantas bombas para hacer saltar la puerta de la pagoda, y de varias antorchas y linternas.

Tremal-Naik y Kammamuri, que conocían palmo a palmo la isla, guiaban al primer grupo y avanzaban con grandes precauciones, pues temían una sorpresa por

parte de los feroces sectarios de Kali. Realmente, no tendría nada de extraño que, sospechando algo o teniendo noticia por algún espía del arribo de aquellas gentes, cuyas intenciones conocían los habitantes de los subterráneos, hubiesen preparado alguna emboscada entre los altos y espesos cañaverales que cubrían la isla.

Por el momento no parecían justificarse sus temores, porque *Punthy,* el leal y valiente perro, no daba señales de inquietud.

El junglar parecía hallarse desierto, y tan sólo rompía el silencio reinante algún que otro aullido de los chacales o de los hambrientos *bighamas.*

En el extremo opuesto, en medio de una explanada que medio ocupaba un colosal baniano formado por un número enorme de troncos, se levantaba la pagoda de los *thugs.*

Era un inmenso edificio con una cúpula enorme, y en los muros se vislumbraban cabezas de elefantes y de divinidades unidas unas a otras por medio de una serie de cornisones, por los cuales podía escalarse la cúpula con relativa facilidad.

Ni en las orillas ni en la explanada se veía ser viviente alguno. Las ventanas de la pagoda estaban a oscuras; la ofrenda de la sangre no había comenzado.

—¡Hemos llegado a tiempo! —dijo Tremal-Naik, que estaba excitadísimo.

—Me parece extraño que los *thugs* no hayan puesto centinelas en derredor de la pagoda, sabiendo que nosotros andábamos por los alrededores de las lagunas —dijo Sandokan, que desconfiaba por instinto.

—Este silencio no me gusta nada —añadió Yáñez—. ¿Qué te parece, Tremal-Naik?

—Tampoco yo estoy tranquilo —respondió el bengalí.

—Ni siquiera lo está el tigre —dijo en aquel momento el francés—. ¡Mírenlo ustedes!

En efecto, *Darma,* que había ido precediendo al grupo sin dar muestras de inquietud, se había detenido en una ancha faja de elevados bambúes que se prolongaba en dirección de la pagoda, y que era necesario atravesar, pues la orilla opuesta del estanque era infranqueable a causa de lo blando del fango.

El animal levantaba las orejas como procurando recoger algún rumor lejano, movía la cola de un modo nervioso, azotándose con ella los costillares), y olfateaba gruñendo.

—Sí —dijo Tremal-Naik—; *Darma* ha olfateado algún enemigo. Ahí dentro debe de estar escondido algún *thug.*

—Suceda lo que quiera, no hagáis uso de las armas de fuego —ordenó Sandokan—. Dejadme ir a sorprender a ese hombre.

—¡No, Sandokan! —respondió el bengalí—. Viniendo *Darma* conmigo, no tengo cuidado alguno; porque él será quien sorprenda al estrangulador. Un zarpazo bien aplicado, y todo quedará concluido en el acto. —Pueden ser dos.

—Vosotros me seguiréis a corta distancia. Se acercó al tigre, que continuaba dando señales de excitación, le pasó la mano por el lomo, y mirándole fijamente, le dijo:

—¡Sígueme, *Darma*! Y volviéndose a Sandokan y sus compañeros: —¡Echaos a tierra, y avanzad deslizándoos!

Se puso el fusil en bandolera, empuño el *parang* y se metió sin hacer ruido por entre los bambúes, marchando inclinado y apartando las cañas con mucho

tiento.

Darma le seguía a tres o cuatro pasos de distancia.

En la mata no se oía el menor ruido, pero a pesar de eso, Tremal-Naik conocía por instinto que allí había alguien en acecho.

Llevaba ya recorridos unos cincuenta pasos, cuando se encontró de pronto con una senda que parecía conducir a la pagoda.

Se levantó para observar si había algún indicio sospechoso, y de pronto sintió casi a su lado crujir de cañas. En el acto le golpeó la espalda una cuerda, al propio tiempo que le apretaban la garganta con fuerza irresistible.

Levantó el *parang* para cortar el lazo; pero una poderosa sacudida le derribó.

—¡Le he sorprendido! —dijo una voz muy seca.

En seguida salió de entre las cañas un hombre desnudo, y se lanzó sobre el caído empuñando un largo puñal.

Al mismo tiempo una sombra pasó por encima de los bambúes, como a impulsos de un salto enorme.

El *thug,* derribado de golpe, lanzó un grito ahogado seguido de un crujido de huesos.

Darma había caído encima del estrangulador, acometiéndole con sus fuertes garras y agudos dientes.

Sandokan, que ya se hallaba a unos diez pasos, corría a su vez blandiendo el *parang.* Pero cuando llegó junto a Tremal-Naik ya éste estaba en pie, se había desembarazado del lazo y el *thug* lanzaba el último suspiro.

—¿Te había cogido? —preguntó.

—Sí; pero no tuvo tiempo de estrangularme ni de apuñalarme —respondió Tremal-Naik frotándose el cuello—. Tenía unos puños de primer orden, y si no hubiera sido por la rápida acometida de *Darma,* no sé si hubieras llegado a tiempo.

En esto llegaron Yáñez, De Lussac y los malayos.

—¡No hagáis ruido! —dijo Tremal-Naik—. ¡Puede haber ocultos más *thugs*! ¡Déjale *Darma*!

El tigre, sin escuchar la voz de Tremal-Naik, no se separaba de su víctima.

—¡Déjale! —repitió Tremal-Naik, agarrándole por el cuello.

El tigre obedeció gruñendo.

—¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez—. ¡Cómo ha puesto a ese pobre diablo! ¡Le ha deshecho la cara!

—¡Calla! —dijo Sandokan.

Escucharon. No se oía otro rumor que el producido por los penachos de las cañas, agitadas por el ligero vientecillo nocturno.

—¡Adelante! —dijo Tremal-Naik. Volvieron a emprender la marcha en medio del más profundo silencio, y cinco minutos después desembocaban ante la pagoda.

Ya allí, hicieron alto unos momentos, miraron con gran atención hacia las sombras que proyectaban las enormes cabezas de los elefantes, las estatuas y los amplios cornisones, y en seguida se colocaron bajo una enorme escultura empotrada en la pared, y que representaba a Supramanier, uno de los cuatro hijos de Siva.

Tremal-Naik, que era muy ágil, se agarró a las piernas del coloso, alcanzó el pecho, se le subió a un brazo, y se puso a caballo de la cabeza. Ató una cuerda, y echó otro cabo a sus compañeros, diciendo:

—¡Aprisa; desde aquí ya es más fácil escuchar! Encima del coloso había una trompa de elefante. Tremal-Naik se cogió a ella, pasó encima de la cabeza del pétreo proboscidio, y, por último, con gran facilidad pudo alcanzar la primera cornisa.

Sandokan y sus compañeros le seguían de cerca. El mismo francés, aun cuando no pudiese competir en agilidad con aquellos hombres, no se había distanciado.

Encima del cornisón había más estatuas. Todas representaban semidioses, bienaventurados del *sorgon* o paraíso y diversas encarnaciones de Visnú, convertido en tortuga, serpientes, *nilgai,* león, caballo alado, etc.

Pasando de una en otra llegaron los ocho audaces aventureros a lo alto de la cúpula, deteniéndose ante un agujero circular que atravesaba una gruesa barra de hierro, y en cuyo extremo había una enorme bola de metal dorado.

—¡Por aquí hace seis años que bajé para ver cómo la madre de mi pobrecita Darma ofrecía la sangre de una víctima ante la estatua de Kali! —dijo Tremal-Naik con voz ahogada.

—¡Y para que te diera de puñaladas Suyodhana! —exclamó Sandokan.

—¡Sí; es verdad! —repuso el bengalí con aire sombrío.

—¡Vamos a ver si ahora también son capaces de darnos de puñaladas a todos!

Se había puesto de rodillas y miraba atentamente en dirección del junglar, hacia donde se dirigía el tigre en aquel momento, pues, como puede suponerse, no los había seguido.

—¡Ya están ahí nuestros hombres! —dijo—. ¡Allí viene *Punthy* corriendo al encuentro de *Darma*!

—Al primer disparo que oigan acudirán todos.

—¿Tendrán tiempo de escalar la cúpula? —preguntó Yáñez.

—Kammamuri sabe dónde está la puerta de la pagoda —dijo Tremal-Naik—. La volarán con pólvora.

—¡Despachemos! —ordenó Sandokan.

Tremal-Naik cogió una cuerda gruesa y reluciente como si fuera de seda, que parecía hecha de fibras vegetales, la cual pendía bajo el asta de hierro.

La sacudió con suavidad, y por la negra abertura pudo oírse un ligero tintineo metálico.

—Es la lámpara —explicó.

—¡Dejadme el sitio! —dijo Sandokan—. ¡Quiero ser el primero en bajar!

—Bajo la lámpara está la estatua; su cabeza es bastante grande para que puedas poner los pies sin miedo a caer.

—¡Está bien!

Sandokan se aseguró las pistolas y el *parang* en la faja, se puso en bandolera la carabina, se agarró a la cuerda y comenzó a descender lentamente, sin sacudidas, para no hacer tintinear la lámpara.

El interior de la pagoda estaba a oscuras y reinaba en ella un silencio absoluto.

Sandokan, completamente tranquilo, se dejó escurrir más a prisa, hasta que sintió que tropezaba con los brazos de la lámpara.

Soltó la cuerda, se cogió a una traviesa de metal de los brazos y se descolgó balanceándose en el espacio.

Sus pies tocaron pronto un cuerpo duro y áspero.

—¡Debe de ser la cabeza de la diosa! —dijo—. ¡No perdamos el equilibrio!

Así que estuvo bien apoyado soltó la lámpara y volvió a deslizarse por el cuerpo de la diosa, que debía de ser de enormes dimensiones, hasta que puso pie en tierra.

Miró en derredor, sin lograr distinguir la menor cosa; tan sólo al dirigir la vista a lo alto, por donde se veía un pedacito de cielo tachonado de estrellas, descubrió una sombra que bajaba a través del agujero.

—¡Será Tremal-Naik! —murmuró.

En efecto, era el bengalí quien descendía, el cual se puso a su lado en pocos segundos.

—¿Has oído algo? —preguntó el indio.

—Nada —contestó Sandokan—. Sería cosa de pensar que han huido los *thugs.*

Tremal-Naik sintió que le bañaba la frente un repentino sudor frío.

—¡No! —dijo—. Es imposible que nos hayan hecho traición.

—Sin embargo, ya es medianoche, y yo creo...

Un estrépito tremendo que parecía venir de debajo de la tierra le cortó la palabra.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es el *hauk,* el gran tambor de las ceremonias religiosas —contestó Tremal-Naik—. ¡No han huido los *thugs;* están reuniéndose! ¡Aprisa, amigos! ¡Bajad en seguida!

Sobre la cabeza de la divinidad estaba Yáñez, y los otros; al oír aquel redoble se apresuraron a descender uno tras de otro, a riesgo de romper la cuerda.

Cuando volvió a resonar por segunda vez el *hauk,* ya los ocho hombres estaban juntos.

—Allí debe de haber una especie de capilla —dijo Tremal-Naik—. ¡Escondámonos dentro de ella!

Bajo tierra seguían resonando extraños ruidos. Oíanse gritos lejanos, redobles de tambores, notas de trompeta, tintineo de grandes campanillas.

Parecía que había estallado la revolución entre los habitantes de aquellos enormes subterráneos.

Tremal-Naik, Sandokan y sus compañeros se refugiaron en la capilla, pero apenas lo hicieron se abrió con estrépito una puerta y penetró por ella una banda de hombres desnudos por completo, untados de aceite de coco, lanzando furibundos gritos.

Eran cuarenta o cincuenta. Llevaban antorchas y empuñaban lazos, pañuelos

de seda negra con la bala de plomo en una punta, puñales y *tarwars.*

Un viejo tan delgado como un fakir y con larga barba blanca se había abierto paso con violencia a través de aquella turba.

—¡Miradlos: allí están los profanadores de la pagoda! —gritó—. ¡Matadlos!

Tremal-Naik y Sandokan lanzaron dos gritos de ira y de asombro al propio tiempo:

—¡El *manti*!

XXV

LA EN EL REFUGIO DE LOS "THUGS"

¿Cómo aquel hombre, que había huido casi inerme a través de las islas pantanosas de los Sunderbunds, había logrado librarse del veneno de las serpientes de cascabel, de los anillos de las pitones, de los dientes de los saurios y de las garras de las panteras y de los tigres, y llegar a la madriguera de los sectarios de Kali?

¿Y cómo en lugar de aparecer Suyodhana con la pequeña Darma para llevar a cabo el ofrecimiento de la sangre, se encontraba él frente a aquella turba de fanáticos? ¿Les había hecho traición Sirdar, o los habían visto escalar la pagoda?

Ni Sandokan ni los otros tuvieron tiempo de explicarse lo que ocurría. Los *thugs* los acometían por todas partes con los lazos, los pañuelos de seda, los *tarwars* y los puñales, aullando de un modo espantoso.

—¡Mueran los que han profanado la pagoda! ¡Kali! ¡Kali!

Sandokan se había lanzado fuera de la capilla, apuntando la carabina sobre el *manti,* que iba precediendo a los estranguladores con el *kampilang* que cogió a uno de los dos centinelas del parao.

—¡Viejo! ¡La primera bala para ti! —exclamó el formidable pirata.

Resonó un tiro, que bajo la cúpula produjo el estampido de un petardo.

El *manti* dejó escapar el *kampilang* y se puso una mano en el pecho.

Estuvo un momento inmóvil, lanzando sobre Sandokan una mirada llena de rabia y de odio, y en seguida cayó pesadamente casi a los pies de la estatua colosal que se alzaba en el centro de la pagoda, aullando con voz ahogada:

—¡Vengadme! ¡Matad! ¡Exterminad! ¡Lo ordena Kali!

Al ver caer al viejo, los estranguladores se detuvieron, dando tiempo a Tremal-Naik, a Yáñez, al francés y a los otros cuatro malayos para agruparse en derredor del *Tigre de la Malasia,* que dejó la carabina para empuñar el *kampilang.*

La vacilación de los sectarios de la sanguinaria diosa no duró más que unos cuantos segundos. Fuertes por la superioridad del número, volvieron en seguida a la carga, realizando un rapidísimo movimiento envolvente y haciendo voltear los lazos y los pañuelos de seda.

Sandokan, que advirtió a tiempo el peligro que corrían si se dejaban rodear, se lanzó hacia la pared más cercana, en tanto que sus compañeros, con una descarga cerrada, tumbaban por tierra cuatro o cinco hombres, abriéndose paso.

—¡Mano a los *parangs*! —gritó Sandokan adosándose al muro—. ¡Cuidado con los lazos!

Yáñez, Tremal-Naik y sus compañeros, aprovechándose del hueco que abrió aquella descarga mortífera, se le reunieron en el acto, descargando tajos en todas direcciones para cortar los lazos que les caían encima silbando como serpientes.

El movimiento realizado por el *Tigre de la Malasia* y las pérdidas sufridas enfriaron un poco el empuje de los estranguladores, que seguramente habían creído que desde el primer ataque quedaría vencido aquel insignificante grupo de enemigos.

El *manti,* que todavía se debatía en un charco de sangre, los reanimó,

gritando:

—¡Matadlos! ¡Deshacedlos! ¡El paraíso de Kali para el que muera..., para el que...!

La muerte le cortó la palabra; pero todos habían oído la promesa.

¡El paraíso de Kali aguardaba a los que muriesen! No era preciso más para infundir nuevos ánimos en aquellos fanáticos.

Por segunda vez se lanzaron a la carga vociferando de un modo espantoso; pero, sin embargo, tuvieron que replegarse en seguida ante el fuego del pelotón.

Diez o doce *thugs* cayeron muertos o heridos. Sandokan y sus compañeros echaron mano a las pistolas, descargándolas.

Ante ellos formaron una barrera los caídos. Solamente un lazo cayó sobre el señor De Lussac, rodeándole un brazo y el cuello; pero Yáñez lo cortó en el acto con el *parang.*

El efecto de aquella segunda descarga, más terrible que la anterior, infundió en los acometedores un pánico enorme; tanto más, cuanto que ya no vivía el *manti* para animarlos.

Sandokan, al ver que se replegaban en desorden, no le dejó tiempo de rehacerse e intentar un nuevo ataque.

—¡Carguemos! —gritó—. ¡Vamos contra esos bandidos!

El formidable pirata de los mares se lanzaba ya con el ímpetu de la fiera cuyo nombre llevaba, descargando terribles tajos con el pesado *parang* que manejaba como si fuera una pluma.

Le siguieron sus compañeros, en tanto que los malayos, gritando como salvajes y saltando como antílopes, acuchillaban sin piedad a cuantos alcanzaban con sus *kampilangs.*

Impotentes los *thugs* para rechazar aquella carga furiosa, se lanzaron hacia la estatua, agrupándose en derredor, ya, allí, dejando pañuelos y lazo, inútiles en una, lucha como aquélla, empuñaron los *tarwars* y los cuchillos, comenzando resueltamente la batalla, como si esperasen algo de la protección de su monstruosa diosa.

Sandokan, lleno de ira al encontrar una resistencia que ya creía quebrantada, los acometió con formidable ímpetu, intentando desorganizar sus filas.

La lucha se hizo espantosa. Los golpes de los *parangs* y los *kampilangs,* armas que tenían una gran supremacía sobre los cortos *tarwars* y los cuchillos, caían como espesa granizada, cortando brazos y cabezas, atravesando pechos y torsos; pero a pesar de esto no rompían las filas de los estranguladores, que ponían una resistencia heroica.

Tres veces condujo en vano a la carga a sus hombres el *Tigre de la Malasia.* A pesar de los estragos que hacían los tremendos sables borneanos, habían tenido que retroceder.

Iba a intentar otro asalto, cuando de improviso se oyó en la lejanía el redoble del gran tambor de las ceremonias religiosas, seguido de algunas descargas de fusilería que resonaban fuera de la pagoda.

Sandokan lanzó un grito:

—¡Amigos, ánimo! ¡Ya vienen nuestros hombres a socorrernos! ¡A la carga contra estos bandidos!

No hubo necesidad de intentar la carga, porque apenas oyeron el redoble del *hauk* los estranguladores se lanzaron a la carrera como locos en dirección a la puerta por la cual entraron en la pagoda, y que probablemente comunicaba con las misteriosas galerías del templo subterráneo.

Al verlos huir, Sandokan no dudó un instante, y se lanzó detrás de ellos, gritando:

—¡Adelante! ¡Sigámosles hasta sus madrigueras!

Al huir los *thugs* habían tirado varias antorchas; Yáñez y Tremal-.Naik cogieron dos y siguieron corriendo detrás de Sandokan.

Los estranguladores, reunidos ya en la puerta, se precipitaron en la galería, empujándose unos a otros, pues todos deseaban ser los primeros en ponerse a salvo.

Cuando Sandokan y sus compañeros atravesaban el umbral, ya sus adversarios, que corrían como liebres, les llevaban una gran ventaja.

Como conocían los subterráneos, apagaron las antorchas para que no pudiesen disparar sobre ellos. El corredor quedó sumido en las tinieblas; pero se les oía escapar como locos, pues resonaban fuertemente sus pisadas bajo las bóvedas.

Tremal-Naik, que temía una emboscada, intentó detener al *Tigre da la Malasia,* diciéndole:

—Esperemos a que lleguen tus hombres, Sandokan.

—¡Bastamos nosotros! —respondió el pirata—. ¡Nos detendremos más adelante!

Cogió la antorcha que llevaba Yáñez, y siguió audazmente por el tenebroso pasadizo, sin inquietarse por el continuo redoble del *hauk,* que quizá estaba llamando a todos los habitantes de los subterráneos.

Otro motivo le empujaba para caer encima de los *thugs:* el temor de que Suyodhana huyese con la niña; es el temor le hacía apresurarse sin tener en cuenta los peligros a cuyo encuentro iba.

Todos marchaban a la carrera, voceando para hacer creer que eran machos y esparcir el temor entre los fugitivos. Golpeaban los muros con las armas, y gritaban como si, en efecto, fueran ciento.

La galería descendía rápidamente en dirección de los subterráneos.

Era una galería irregular, socavada en alguna veta rocosa, de dos metros escasos de ancho y de otros tantos de alto, interrumpida a trechos por pequeños escalones escurridizos; la humedad resudaba por todas partes, y de la bóveda caían grandes goterones, como si por encima pasase algún río o hubiera algún estanque.

Los estranguladores seguían corriendo sin oponer resistencia, cosa que hubiera sido facilísimo intentar en pasadizo tan estrecho.

Los piratas de Mompracem, Tremal-Naik y el francés los seguían de cerca, vociferando y disparando algunos pistoletazos.

Iban decididos a llegar hasta la pagoda subterránea y esperar allí a sus hombres, a quienes ya suponían dentro del templo, pues oían un lejano rumor de descargas de fusilería.

Siempre corriendo detrás de los sectarios, habían recorrido ya unos cuatrocientos o quinientos pasos, cuando de pronto se encontraron ante una puerta

que los *thugs* quizá no habían tenido tiempo de cerrar. Era una puerta de bronce de enorme espesor y que daba paso a una caverna que describía una amplia circunferencia.

—¡Detengámonos! —dijo Tremal-Naik.

—¡No! —respondió Sandokan, que veía vagamente a los últimos fugitivos lanzarse a escape por una segunda puerta.

—No oigo venir a tus hombres.

—¡Ya llegarán! Viene con ellos Kammamuri, y él los guiará. ¡Sigamos adelante antes de que Suyodhana huya con Darma!

—¡Sí; adelante! —gritaron Yáñez y De Lussac.

Se precipitaron en la caverna, dirigiéndose hacia la segunda puerta, por la cual habían huido los *thugs;* pero en seguida sintieron dos golpes tan formidables como si hubieran estallado un par de minas o de petardos.

Sandokan se detuvo, lanzando una exclamación de furor:

—¡Han cerrado las dos puertas; la de delante y la de detrás!

—¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez, sintiendo correrle un estremecimiento desde los pies a la cabeza, que le apagó de pronto su entusiasmo—. ¿Habremos caído en una trampa?

Se detuvieron todos, mirándose ansiosamente.

Ni siquiera se oían los tiros de los tigres de Mompracem, ni el sonoro redoble del *hauk,* ni los gritos de los fugitivos.

—¡Nos han encerrado aquí! —dijo, por fin, Sandokan—. ¿Es decir, que detrás de nosotros había más enemigos? ¡He cometido una imprudencia arrastrándoos en persecución de esos bandidos y no accediendo a tus consejos, amigo Tremal-Naik! Pero yo pensaba llegar hasta la pagoda y arrebatar la niña a Suyodhana antes de que pudiera huir.

—¡Todavía no nos han apresado los *thugs,* capitán! —dijo De Lussac, que empuñaba el *parang,* ensangrentado hasta la empuñadura—. Los hombres de usted tienen petardos, y pueden hacer volar estas puertas.

—No se les oye —dijo Yáñez—. ¿Habrán sido rechazados por el número de los estranguladores?

—Eso no lo creeré jamás —respondió el *Tigre de la Malasia*—. Ya sabes que a nuestros tigres, lanzados al ataque, no los detienen ni los cañones ni la metralla. Tengo la seguridad de que han invadido la pagoda y que están forzando la puerta de la galería.

—Sin embargo, no estoy tranquilo —dijo Tremal-Naik, que hasta entonces había permanecido silencioso—, y temo que Suyodhana se aproveche de nuestra situación para huir con mi hija.

—¿Hay alguna otra salida? —preguntó Sandokan.

—La que conducía al *baniano* sagrado.

—Sirdar nos ha dicho que estaba cerrada —observó Yáñez.

—Pueden haber vuelto a abrirla —respondió Tremal-Naik-—. A Suyodhana no le faltan hombres de brazos robustos.

—¿Kammamuri conocía la existencia de ese pasadizo? —preguntó Sandokan.

—Sí.

—Pues no tendrá nada de extraño que haya enviado a vigilar esa salida a algunos de mis hombres.

—Señores —dijo De Lussac, que había recorrido la caverna-—, tratemos de salir de aquí.

—¡Es verdad! —dijo Sandokan—. ¡Estamos perdiendo el tiempo en una charla inútil! ¿Ha examinado usted las puertas, señor De Lussac?

—Las dos —respondió el francés—; y me parece que no debemos pensar en salir si no tenemos un buen petardo. ¡Esos canallas huían para atraernos a esta emboscada, y han realizado su intento!

—¿No ha visto usted ningún otro pasadizo?

—No, señor Sandokan.

—Pero, ¿qué hacen nuestras gentes? —preguntó Yáñez, que comenzaba a perder su flema—. Ya debían haber llegado.

—¡Daría la mitad de mis riquezas por saber qué les ha sucedido! —dijo Sandokan—. ¡Este silencio me tiene muy inquieto!

—Y a mí también —exclamó Tremal-Naik —. Sandokan, no perdamos más tiempo, y busquemos el modo de poder salir de aquí antes de que los *thugs* nos hagan alguna de las suyas.

—¡Que se atrevan a entrar! ¡Tenemos pólvora y balas en abundancia!

—¿Sabes, amigo mío, que una vez en una de estas cavernas, donde nos habíamos refugiado Kammamuri y yo después de haber robado a la madre de Darma, por poco nos asan vivos? Podrían repetir aquel suplicio espantoso para obligarnos a rendirnos.

—Espero que mis hombres no les dejarán hacer eso.

—¡Calla! —dijo Yáñez en aquel momento, mientras escuchaba en la puerta de la galería que conducía a la pagoda—. ¡Oigo descargas lejanas!

—¿Hacia dónde?

—Provienen de la pagoda; por lo menos, eso me parece.

Se precipitaron todos hacia la maciza puerta, y pegaron los oídos al metal.

—¡Sí, son descargas! —dijo Sandokan—. ¡Mis hombres continúan batiéndose! ¡Amigos, procuremos reunirnos con ellos!

¡Es imposible derribar esta puerta! —dijo De Lussac.

—¡Hagámosla saltar! —contestó Yáñez—. Yo tengo cerca de una libra de pólvora en mi saquito, y vosotros debéis tener, poco más o menos, la misma cantidad. ¡Hagamos una buena mina!

—¿Para que saltemos nosotros también? —contestó Tremal-Naik.

—La caverna es bastante amplia —dijo Sandokan—. ¿No le parece, señor De Lussac?

—No creo que haya peligro —contestó el francés—. Bastará con que nos echemos boca abajo en el otro extremo. Pero les aconsejo que hagan un petardo de un par de libras de pólvora, no más. Será suficiente para desencajar la puerta.

—¡Vamos; manos a la obra! —dijo Yáñez—. ¡Socavaremos el suelo para colocarla!

—Yo, entretanto, prepararé la bomba —dijo el francés—. Utilizaremos mi cinturón, que es de piel, y, además, muy largo y fuerte.

Los malayos empuñaron los *parangs,* y ya se disponían a hacer un agujero debajo de la puerta, cuando se oyeron una serie de detonaciones, acompañadas de espantosas voces.

—¿Qué es lo que sucede? —gritó Yáñez.

—¡Serán los nuestros, que habrán hecho saltar la puerta de la galería! —respondió Sandokan—. ¡Hacia la pagoda deben de estar batiéndose de un modo furioso!

No bien acababa de decir esto el pirata, cuando Tremal-Naik lanzó un grito de furor, al que siguió el ruido de una catarata que parecía precipitarse desde lo alto.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Sandokan.

—¡Que los *thugs* se disponen a ahogarnos! —respondió con espanto Tremal-Naik—. ¡Mirad!

Por el extremo opuesto de la caverna y por una hendidura abierta en un ángulo de la bóveda, caía un torrente de agua.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Yáñez. Sandokan enmudeció; en sus ojos, quizá por primera vez, se leía una gran ansiedad, al propio tiempo que se le nublaba el rostro.

—Si dentro de cinco minutos no están aquí sus hombres, para nosotros ha llegado la hora de morir —dijo De Lussac—. ¡Esos malandrines nos echan encima una verdadera tromba de agua! ¿Qué dice usted a esto, señor Yáñez?

—Que ya no podemos disponer la mina —contestó el portugués.

En seguida sacó del bolsillo un cigarro, lo encendió y se puso a fumar tranquilamente, impasible, como si se encontrara sobre la cubierta del parao.

—¿Qué podríamos intentar, Sandokan? —preguntó Tremal-Naik—. ¿Vamos a permitir que nos ahoguen?

Tampoco entonces contestó el pirata. Apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, contraídos los labios y la frente arrugada de un modo borrascoso, miraba al agua, que ya invadía todo el piso de la caverna y que subía rápidamente.

—Señores —dijo Yáñez—, preparémonos para nadar. Sin embargo, aún espero que los thugs me dejarán terminar el cigarrillo, y que...

Una detonación espantosa, que hizo temblar la puerta de bronce, le cortó el discurso. En aquel instante el agua les llegaba a la cintura.

10

XXVI

EL ATAQUE DE LOS PIRATAS

Muerto el estrangulador que había procurado sorprender a Tremal-Naik y mientras éste se disponía a escalar audazmente la pagoda, el grueso de la banda, guiado por Kammamuri y Sambigliong, se detenía en medio del junglar, a quinientos o seiscientos metros del estanque, esperando para lanzarse al ataque.

Ni *Punthy,* que los precedía, ni nadie había encontrado motivo alguno de sospecha en el trayecto recorrido desde el Mangal hasta el sitio en que hicieron alto.

Kammamuri, que conocía los alrededores de la pagoda mejor todavía que Tremal-Naik, colocó los hombres frente a la entrada del edificio, el cual se veía admirablemente, si bien un poco lejos, por efecto de la escalinata y de las enormes columnas que servían de soporte a monstruosas estatuas que representaban a Kali bailando sobre el cadáver de un gigante.

El regreso de *Darma* le anunciaba que ya su patrón debía de haber escalado la cúpula de la pagoda.

En vista de esto, dio orden a la tropa para que avanzase hasta las lindes del junglar, con objeto de estar dispuestos y más próximos a correr en ayuda de él y de sus atrevidos acompañantes.

—Faltan muy pocos minutos para la media noche —dijo Sambigliong, que se había puesto a su lado—. No tardaremos en oír la señal.

—¿Están a mano los petardos?

—Sí; y tenemos doce —respondió el contramaestre del *Marianna.*

—¿Saben utilizarlos tus hombres?

—Todos ellos están familiarizados con las bombas. Cuando abordábamos los barcos ingleses, hacíamos gran uso de ellas. Por ese lado no tengas cuidado; la puerta saltará, aunque sea de hierro. ¿Crees que los *thugs* opondrán resistencia?

—Seguramente no se dejarán arrebatar la pequeña Darma sin empeñada lucha —respondió Kammamuri—. Los estranguladores son valientes y afrontan la muerte sin temerla.

—¿Y serán muchos?

—Cuando yo fui prisionero, había en los subterráneos unos doscientos o trescientos.

—Contramaestre —dijo en aquel instante uno de los malayos—, en las ventanas de la pagoda hay luz.

Kammamuri y Sambigliong se pusieron en pie de un salto.

—Los *thugs* deben de haber encendido ya la lámpara grande —dijo el maharato—. Estarán disponiéndose para la ceremonia de la oferta de la sangre.

—¿Y qué será lo que irá a hacer el *Tigre de la Malasia?* —se preguntó Sambigliong.

—¡Listos! —ordenó Kammamuri.

Los treinta piratas se levantaron y montaron las carabinas.

Un clamoreo espantoso resonaba en el interior de la pagoda; de pronto se oyó un tiro de fusil, seguido de una descarga.

—¡Asaltan al capitán! —gritó Sambigliong—. ¡Arriba, tigres de Mompracem!

—¡Adelante! —mandó a su vez Kammamuri.

La banda se lanzó a la carrera a través de las últimas cañas, en tanto que en la pagoda se sucedían las detonaciones aumentando el griterío.

En menos de cinco minutos los piratas recorrieron la distancia; mas al llegar ante la puerta de la pagoda parecía haber cesado el combate, porque ya no se oían disparos y los gritos se alejaban, debilitándose rápidamente.

—¡Los petardos! ¡Pronto! —gritó Kammamuri después de haber golpeado en vano la puerta de bronce de la pagoda.

Se lanzaron los malayos por las gradas arriba, colocando junto a la puerta dos bombas que ya tenían la mecha encendida; pero de improviso salieron, voces tremendas de las matas cercanas.

Dos turbas de hombres armados con lazos y *tarwars* se arrojaron repentinamente sobro los piratas, que se hallaban agrupados en la parte baja de las escaleras.

Eran lo menos doscientos estranguladores, desnudos, untados con aceite de coco por todo el cuerpo para poder escurrirse de entre las manos de sus adversarios.

Aunque sorprendidos por aquel imprevisto e inesperado ataque, los malayos y los dayaks no perdieron la serenidad.

Con la rapidez del rayo se dispusieron en dos frentes, y acogieron a los enemigos más cercanos con una terrible descarga de fusilería, derribando a unos treinta *thugs,* entre muertos y heridos.

—¡Apretad las filas! —gritaba Sambigliong. A pesar de aquellas dos descargas, los estranguladores no se detuvieron. Aullando cual bestias feroces se arrojaron como locos sobre los piratas, creyendo que iban a deshacerlos y a dispersarlos. Ignoraban que tenían enfrente a los más formidables guerreros del archipiélago malayo, familiarizados con el humo de la artillería y aguerridos en cien abordajes.

Los tigres de Mompracem dejaron las carabinas, y empuñando sus pesados sables, armas temibles en sus manos, cortaron los lazos que silbaban en todas direcciones. Por su parte, *Punthy* y el tigre destrozaban con garras y dientes a los enemigos sobre quienes caían.

Unidos espalda contra espalda, los heroicos depredadores del mar, recibieron sin hacer la más pequeña oscilación el formidable empuje, descargando una granizada de tajos.

Se empeñó entonces una lucha tremenda, pero que apenas duró unos cuantos minutos, porque los malayos, a una orden de Sambigliong, cargaron a su vez con tal empuje a los asaltantes, que limpiaron de enemigos la explanada.

Como había dicho Sandokan a De Lussac, una vez lanzados a la carga, sus hombres ya no se detenían.

Al ver que los *thugs* se replegaban atropelladamente, cayeron sobre ambas turbas, matando a cuantos alcanzaban, en tanto que los dayaks de Kammamuri, volviendo a empuñar las carabinas, sostenían un fuego de mil diablos para apoyar el ataque de sus camaradas.

En el mismo instante en que los estranguladores volvían la espalda, estallaron los dos petardos, produciendo un doble estampido ensordecedor, y desencajando y derribando la puerta.

Una de las bandas de indios que se replegaba hacia las escaleras, procurando reorganizarse para la resistencia, al oír desgajarse las hojas de la puerta, subió las gradas a escape e invadió la pagoda.

—¡Dejad a esos! —gritó Kammamuri—. ¡Al templo! ¡Al templo! ¡Allí está el *Tigre de la Malasia*! ¡Sambigliong, ponte a retaguardia y defiéndenos!

Dicho esto, se lanzó por las escaleras seguido por los dayaks, mientras que los malayos del contramaestre del *Marianna* concluían de dispersar a los *thugs* que intentaron volver a reunirse en las orillas del estanque, obligándolos a ponerse en salvo en el junglar y en un árbol enorme, que por sí solo constituía un bosque, pues era un colosal baniano con cientos de troncos.

Comprendiendo los *thugs* refugiados en la pagoda que sus adversarios pretendían invadir los subterráneos, hicieron frente a la acometida de los dayaks, cargando sobre ellos con los *tarwars.*

Cuatro veces habían ido al asalto con gran intrepidez los piratas que guiaba Kammamuri, y otras tantas veces habían vuelto a descender a escape las escaleras, dejando algún que otro herido.

Afortunadamente, los malayos iban a la carrera en su socorro.

Con dos descargas de fusilería limpiaron la meseta de la escalinata, y en seguida malayos y dayaks se lanzaron como una tromba en la pagoda. Los *thugs* ya no los esperaron.

Desanimados por las enormes pérdidas sufridas, considerándose impotentes para medir sus ligeros *tarwars* con los pesados sables de los tigres de Mompracem, se desparramaron huyendo como antílopes en dirección de la galería que conducía a los subterráneos, y cerrando de golpe la puerta de bronce, no menos fuerte que la de la pagoda.

—¿Y mi patrón? —gritó Kammamuri, no viendo a nadie en el templo—. ¿Y el *Tigre de la Malasia* y el señor Yáñez?

—¿Habrán salido por alguna otra parte? —preguntó Sambigliong.

—¿Y si los han hecho prisioneros? —dijo el maharato—. También ellos entraron aquí, porque les hemos oído disparar. ¡Mira los muertos que hay alrededor de la estatua de Kali! ¡Estoy seguro de que los han matado ellos!

Una gran ansiedad se apoderó de todos.

—Sambigliong —dijo Kammamuri al cabo de algunos instantes de angustioso silencio—, hagamos saltar la puerta, e invadamos los subterráneos.

—¿Crees que está dentro de ellos el *Tigre de la Malasia?* —preguntó Sambigliong.

—Aquí no hay nadie; nosotros no los hemos visto salir; por fuerza han entrado por la galería. ¡Apresurémonos; quizá se hallen en peligro!

—¡Colocad los petardos! —mandó Sambigliong—. ¡Cargad las carabinas y encender las antorchas!

Los malayos que llenaban las bombas se dispusieron a obedecer en el instante en que se abría una puertecilla disimulada detrás de una estatua de la octava encarnación de Visnú, y una muchacha se lanzó corriendo por la pagoda con una antorcha en la mano y gritando:

—¡El *sahib* blanco y sus amigos se ahogan! ¡Salvadlos!

—¡Surama! —exclamaron Kammamuri y Sambigliong, dirigiéndose hacia la joven.

—¡Salvadlos! —repitió la bayadera llorando.

—¿En dónde están? —preguntó Kammamuri.

—¡En una de las cavernas de la galería! ¡Los *thugs* han cortado el tubo que los provee de agua, y la han inundado para ahogar al *sahib* blanco, al *Tigre* y a todos!

—¿Sabrás guiarnos?

—Sí; conozco la galería.

—¡Abajo la puerta! —gritó Sambigliong.

Encendieron dos petardos y los colocaron en tierra; en seguida retrocedieron precipitadamente hasta la escalinata de la pagoda.

Segundos después, la puerta, por el estallido de la bomba, cayó al suelo.

—Surama, ponte detrás de nosotros —dijo Kammamuri, cogiéndole la antorcha—. ¡Sus! ¡A escape, tigres de Mompracem!

Se lanzaron por la tenebrosa galería, empujándose unos a otros, pues todos querían ser los primeros en llegar en socorro del *Tigre de la Malasia;* pero tuvieron que detenerse a los cien pasos. Otra puerta les cortaba el camino.

—Todavía hay otra más adelante —dijo Surama—; precisamente la que cierra la caverna donde están los prisioneros.

—Por fortuna, todavía tenemos más de media docena de bombas —respondió el contramaestre del *Marianna.*

Encendieron la mecha y retrocedieron.

Fue tan formidable la explosión, que todos los piratas cayeron unos sobre otros por el empuje del aire; pero la puerta cedió.

—¡Adelante! —ordenó Kammamuri.

Volvieron a emprender la carrera bajo aquellas oscuras bóvedas, hasta que llegaron ante la tercera puerta.

Del otro lado se oía un rumor extraño: era el de la catarata, que caía de una altura considerable.

—¡Están ahí dentro! —dijo Surama.

—¡Capitán! ¡Señor Yáñez! —gritó Kammamuri con poderosa voz—. ¿Me oye usted?

A pesar del ruido del agua, oyó distintamente a Sandokan que gritaba con todas sus fuerzas:

—¿Sois nuestros hombres?

—¡Sí, señor Sandokan!

—¡Apresuraos a echar la puerta abajo; el agua nos llega al cuello!

—¡Aléjense todos: vamos a colocar un petardo!

—¡Da fuego en seguida! —respondió Sandokan.

Colocaron la bomba detrás de la puerta; en seguida los piratas se alejaron más de doscientos pasos por el corredor, metiéndose en una bifurcación de la

galería.

La detonación no se hizo esperar mucho.

—¡Pronto, las armas! —gritó Sambigliong, lanzándose el primero hacia la caverna.

Todos le siguieron. No habían recorrido más allá de cincuenta metros, cuando vieron un torrente de agua que se escapaba a lo largo de la galería, produciendo un fragor parecido al de un trueno.

Era una verdadera oleada, que cesó casi de pronto, huyendo por la galería lateral, que tenía una pendiente muy pronunciada.

Un instante después vieron brillar dos antorchas en dirección de la caverna, y en seguida oyeron la voz de Sandokan:

—¡No hagáis fuego! ¡Somos nosotros!

Un grito de alegría salido de treinta pechos saludó la aparición del *Tigre de la Malasia* y de sus compañeros.

—¡Salvados! ¡Salvados! ¡Viva el capitán!

En el corredor había aún mucha agua; pero, sin embargo, apenas les llegaba a los muslos.

Sandokan y Yáñez, al divisar a Surama, no pudieron reprimir una exclamación de asombro:

—¡Tú aquí, muchacha!

—¡A esta valiente bayadera deben ustedes la vida, señores! —dijo Kammamuri—. ¡Ella ha sido la que nos advirtió que estaban ustedes encerrados en esta caverna y a punto de ahogarse!

—¿Quién te lo dijo, Surama? —preguntó Yáñez.

—Lo supe por los mismos *thugs* que estaban encargados de cortar el conducto del agua. Os atrajeron a este antro con el deliberado propósito de ahogaros —respondió la muchacha.

—¿Y qué es lo que ha sucedido a Sirdar? —preguntó Sandokan—. ¿Nos ha hecho traición?

—No, *sahib* —dijo Surama—. Va detrás de Suyodhana.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacha? —gritó con voz alterada Tremal-Naik.

—Que el jefe de los *thugs* ha salido huyendo una hora antes de que llegaseis; y para escapar sin peligro mandó destruir la antigua galería del *baniano* sagrado.

—¿Y mi hija?

—Se la ha llevado consigo.

El pobre padre lanzó un grito desgarrador y se tapó el rostro con las manos.

—¡Ha huido! ¡Ha huido!

—Pero le sigue Sirdar —dijo Surama.

—¿Y adonde se ha ido? —preguntaron a un tiempo Sandokan, Yáñez y De Lussac.

—A Delhi, para ponerse bajo el amparo de los insurrectos. Sirdar me ha dado esta carta para vosotros en el momento de partir.

Sandokan se apoderó de la misiva, que la joven sacó del jubón.

—¡Una antorcha! —mandó el *Tigre*—. ¡Veinte hombres a las desembocaduras de la galería, y que hagan fuego sobre el primero que se acerque!

Tremal-Naik se enjugaba las lágrimas; De Lussac, Yáñez y Kammamuri le rodearon llenos de ansiedad.

Sandokan leyó:

«Suyodhana ha huido por la antigua galería después de la imprevista desaparición del manti. *No ignora nada, y os teme; pero sus hombres están preparados a resistir y decididos a morir todos con tal de deshaceros.*

Huimos hacia Port-Cannig para ir a Calcuta, en donde nos embarcaremos para Patna; desde allí iremos a reunimos con las tropas insurrectas que se encuentran sobre Delhi.

Suceda lo que quiera, no le perderé de vista y velaré por Darma.

En el correo de Calcuta encontraréis noticias mías.

SIRDAR.»

A la lectura de esta carta sucedió un breve silencio, interrumpido solamente por los sordos sollozos de Tremal-Naik.

Todos tenían los ojos puestos en el *Tigre de la Malasia,* cuyo rostro presentaba un aspecto terrible. Comprendían instintivamente que aquel hombre formidable estaba meditando una espantosa venganza.

De pronto se acercó a Tremal-Naik, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Te he dicho que no dejaremos estos lugares sin haber recobrado a la pequeñita y sin que nos llevemos la piel del Tigre de la India. Ya sabes que Yáñez y yo somos hombres que sostenemos nuestras promesas. Una vez más se nos ha escapado Suyodhana: lo encontraremos en Delhi, quizá más pronto de lo que puedas imaginar.

—¿Vamos a seguirle hasta allí, en estos momentos en que toda la India septentrional está ardiendo? —dijo Tremal-Naik.

—¿Y eso qué importa? ¿Es que nosotros no somos hombres de armas? Señor De Lussac, ¿podría obtener usted del gobernador de Bengala, en compensación del servicio que prestamos a los ingleses, un salvoconducto que nos permita atravesar la alta India sin que nos molesten las tropas en operaciones?

—Espero obtenerlo, capitán; es más, estoy seguro, tratándose, como se trata, de un hombre por cuya cabeza se han prometido diez mil libras esterlinas.

—¡Prenderle! ¡No, señor; matarle! —dijo Sandokan fríamente.

—Como quiera usted.

Sandokan permaneció silencioso un momento, y en seguida dijo:

—Tremal-Naik, tú me has dicho que pasa un río por encima de estos subterráneos.

—Sí, el Mangal.

—Y que en una caverna existe una puerta de hierro que comunica con el río, y que hay allí un gran tubo.

—Sí; le he visto varias veces durante mi prisión —dijo Kammamuri—. Por ese tubo se reparte el agua a todos los subterráneos para el servicio de los que los

habitan.

—¿Sabrías conducirnos hasta esa caverna?

—Sí —dijeron los dos indios.

—¿Está muy lejos?

—Tenemos que recorrer cuatro galerías muy largas y atravesar la pagoda subterránea.

—Guíanos a ese sitio —dijo Sandokan sonriendo cruelmente—. ¿Cuántos petardos tenéis todavía?

—Seis —contestó Kammamuri.

—¿Hay algún otro pasadizo que nos evite volar la puerta de la caverna?

—A doscientos pasos de aquí se bifurca la galería —dijo Kammamuri—. Por ahí deben de haber escapado los *thugs* que se habían refugiado en la pagoda.

—¡Tigres de Mompracem! —gritó Sandokan—. ¡Ahora vamos a dar la última batalla a los tigres de Raimangal! ¡A la cabeza, Kammamuri, y pon la antorcha en la boca del cañón de la carabina! ¡Va a llegar la última hora de los estranguladores de la India!

XXVII

UNA HECATOMBE

Un minuto después la pequeña tropa emboscaba la galería lateral que, según Kammamuri, conducía a la pagoda subterránea y a las principales cavernas que servían de habitación y refugio a los secuaces de Suyodhana.

En el pecho de todos ardía un deseo inmenso de concluir de una vez para siempre con aquella secta infame, que tantas víctimas hacía ofrecer sangre humana a su monstruosa divinidad.

Ni el mismo De Lussac hizo la menor observación de protesta contra el cruel pero merecido castigo que Sandokan se proponía aplicar a aquella secta de asesinos.

Los *thugs* no habían dado señal alguna de vida desde que los piratas invadieron la pagoda y la galería; el *hauk* cesó de redoblar; pero Sandokan y sus compañeros no alentaban la ilusión de que ya no opondrían resistencia; por el contrario, creían en ella y marchaban con grandes precauciones para no caer en un lazo, inclinados con objetos de no servir de blanco a una descarga hecho de improviso.

Kammamuri, el más práctico de todos por haber estado prisionero varias veces en aquellos antros, los precedía, puesta la antorcha en la boca del fusil, con objeto de engañar a los adversarios en la dirección de los tiros. A su lado iban el tigre y *Punthy.*

Los seguían inmediatamente Sandokan, Tremal-Naik y Yáñez, con ocho malayos escogidos entre los mejores tiradores, y después iba el grueso de la gente, a las órdenes del señor De Lussac y de Sambigliong.

Surama iba en medio del último grupo.

El agua, que continuaba cayendo, y que escapaba por la galería lateral, apagaba los pasos de los invasores.

Descendía corriendo por entre las piernas de los piratas, siempre con mayor rapidez, pues la pendiente del pasadizo era cada vez más grandes.

—¿Habrán huido los *thugs?* —preguntó de pronto Yáñez—. Ya hemos andado ciento cincuenta pasos y todavía no se ha presentado ninguno.

—Nos esperarán en cualquier caverna —dijo Tremal-Naik, que le precedía marchando detrás de Kammamuri.

—Pues yo preferiría un combate furioso a este silencio —contestó Sandokan—. ¡Temo una emboscada!

—¿Qué emboscada?

—Que procuren ahogarnos en otra caverna, ya que no lo han conseguido en la primera.

—No hemos visto ninguna otra puerta, y podemos retirarnos a la primera señal de inundación.

—Yo sospecho que van a concentrar la defensa en la pagoda subterránea —respondió Tremal-Naik.

—Pues no podrán impedirnos que penetremos en ella, aunque sean diez veces más numerosos. ¡Quiero ahogarlos a todos y destruir para siempre esta caverna de bandidos!

—¡Alto! —gritó Kammamuri en aquel instante.

Habían llegado a un recodo de la galería, y Kammamuri se detuvo, pues había visto en el fondo de ella agitarse con rapidez varios puntos luminosos. *Punthy* lanzó un sonoro ladrido, y el tigre un maullido sordo.

—Esos animales han olfateado un peligro —dijo Tremal-Naik.

—¡Inclinaos todos a tierra, y levantad las antorchas cuanto podáis! —ordenó Sandokan.

Se detuvieron todos, obedeciendo la orden.

El agua, que allí descendía mucho, pasaba con rapidez, indicando una pendiente muy grande.

Las luces seguían moviéndose, ya hacia un lado, ya hacia otro, ya agrupándose, ya separándose.

—¿Qué harán? —se preguntó Sandokan—. ¿Son señales o qué?

Punthy lanzó un segundo ladrido. ¿Era una advertencia?

—¡Alguien se acerca! —dijo Kammamuri.

Apenas acababa de decirlo, cuando resonó una violenta descarga en la galería, y a la luz de los fogonazos vieron varios hombres adosados a los muros.

Pero habían apuntado demasiado alto, hacia donde brillaban las antorchas, no sospechando que iban puestas en las carabinas.

¡Fuego, y a la carga! —gritó Sandokan poniéndose en pie rápidamente—. ¡De reserva las armas del grueso!

La vanguardia, que, como ya hemos dicho, se componía de tiradores escogidos, al oír la orden hizo fuego sobre los *thugs* que habían visto agrupados Junto a las paredes, y en seguida se lanzó a la carrera, dando gritos salvajes, con los parangs empuñados, en tanto que el tigre y *Punthy* caían sobre los más cercanos, desgarrando y mordiendo ferozmente a cuantos encontraban a su alcance.

El efecto de aquella descarga debió de ser terrible, porque los piratas tropezaban con frecuencia con seres humanos tendidos en el suelo.

Sandokan, al oír que huían los *thugs,* y reparando en que la antorcha de Kammamuri no permitía distinguirlos, no quiso detener a sus gentes, que ya no formaban más que un solo grupo, ansiando todos tomar parte en la lucha.

La galería seguía siempre en descenso, ensanchándose poco a poco. Las luces que hasta entonces habían visto brillar al otro extremo desaparecieron; pero los piratas sabían el terreno que pisaban, pues no se apagaron las antorchas de las carabinas, a pesar de la columna de aire producida por ambas descargas. Dos o tres minutos duró aquella carrera desenfrenada a través de las misteriosas galerías de los estranguladores; al cabo, Sandokan y Kammamuri, que iban delante, lanzaron una voz:

—¡Alto!

Ante ellos habíase oído un golpazo metálico, como si una puerta de hierro o de bronce se hubiera cerrado con violencia, y *Punthy* empezó a ladrar furiosamente. Los piratas, después de haberse repuesto del encontronazo que se dieron, no

pudiendo refrenar en el acto la velocidad que llevaban, apuntaron las carabinas.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Yáñez, acercándose a Sandokan.

—Creo que los *thugs* nos han cortado el camino —contestó el *Tigre*—. Ahí debe de haber una puerta.

—La saltaremos con una buena bomba —dijo De Lussac.

—Anda a ver qué es, Kammamuri —dijo Tremal-Naik.

—La antorcha, siempre muy alta —aconsejó Sandokan—, y vosotros todos inclinaos lo que podáis.

Iba a obedecer el maharato, cuando resonaron varios disparos, no delante, sino detrás de los piratas.

—¡Nos cogen entre dos fuegos! —dijo Sandokan—. ¡Sambigliong, toma diez hombres y cubre la retaguardia!

—¡Voy capitán! —contestó el contramaestre.

Los disparos se sucedían a los disparos; pero engañados siempre los thugs por las antorchas, no hacían blancos, y las balas se estrellaban en la bóveda de la galería.

Sambigliong y sus hombres, en cambio, guiados por los fogonazos de los enemigos, se deslizaron en silencio hacia los tiradores y cayeron encima de ellos, acometiéndolos como locos con los *parangs.*

Mientras aquel pelotón empeñaba un combate violentísimo, Kammamuri, Sandokan y Tremal-Naik se acercaron en un abrir y cerrar de ojos a la puerta que les impedía el avance, con objeto de hacerla saltar por medio de una bomba; pero con gran asombro suyo, la encontraron entornada.

—¡Han vuelto a abrirla! —dijo Tremal-Naik.

Iba a empujarla, pero Sandokan le detuvo.

—Probablemente ahí detrás hay una trampa —dijo.

Los maullidos del tigre y los resoplidos miedosos del perro confirmaban su sospecha.

—¿Esperan a que la abramos para fusilarnos a quemarropa? —preguntó en voz baja Tremal-Naik.

—Estoy seguro de ello.

—¡Pero no podemos detenernos aquí!

—Mande usted avanzar en silencio a nuestros hombres, señor de Lussac, y dígales que estén preparados para hacer fuego. Kammamuri, dame una bomba.

Cogió la bomba y sopló en la mecha, con objeto de que ardiese más aprisa, a riesgo de que le estallase en las manos; después abrió suavemente la puerta, y lanzó gritando:

—¡Atrás todo el mundo!

La bomba estalló, resonando de un modo espantoso bajo las bóvedas. A la detonación siguieron gritos desesperados. La puerta, arrancada de cuajo, cayó al suelo con gran estrépito.

—¡Adelante! —gritó Sandokan, a quien había derribado la violenta conmoción del aire.

Ante ellos huían como antílopes una porción de hombres, mientras que en el

suelo, y horriblemente destrozados, varios *thugs* se debatían en las últimas convulsiones de la muerte.

Los piratas se encontraron en una amplia sala subterránea iluminada por varias antorchas metidas en los intersticios de las paredes, adornadas con algunas estatuas enormes, representando probablemente genios indios.

Dispararon algunos tiros sobre los fugitivos para impedirles que se reorganizasen, y en seguida se lanzaron a la carrera.

Sambigliong, que había logrado rechazar a los acometedores, se reunió con ellos llevando en brazos a Surama, que se había quedado atrás, y que podía volver a caer en manos de los *thugs.*

Ya no encontraron resistencia alguna en las galerías que recorrían ni en las cavernas. Impotentes los estranguladores para hacer frente a aquellos terribles enemigos, a quienes no detenían obstáculo alguno, huían por todas partes; unos refugiándose en las galerías laterales, y otros dirigiéndose hacia la pagoda subterránea; quien, para intentar la salida al exterior por la galería del *baniano,* que había vuelto a abrir Suyodhana.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaban malayos y dayaks, entusiasmados con aquella carga, que todo lo barría.

Pero de pronto, cuando menos lo esperaban, los acometieron cientos de estranguladores.

—¡Intentan defender la pagoda subterránea, que está detrás de ellos! —bramó Kammamuri.

Era la última lucha que empeñaban los *thugs.*

Sandokan dispuso rápidamente sus hombres formando el cuadro, evolución que pudieron llevar a efecto por hallarse en una sala bastante amplia y que parecía la antepagoda. Dicha sala comunicaba con diversas galerías.

Por éstas desembocaban a la carrera hombres casi desnudos, agitando lazos, hachas, grandes cuchillos, *tarwars,* carabinas y pistolones.

Aullaban de un modo espantoso, invocando a su diosa; pero aquellos aullidos no producían efecto alguno en los malayos ni en los dayaks, acostumbrados a los tremendos gritos de guerra de sus salvajes compatriotas.

—¡Fuego! ¡Fuego sin piedad! —gritó Sandokan, que estaba en primera fila con Yáñez y Tremal-Naik—. ¡Cuidado con que se os apaguen las antorchas!

Una descarga nutrida, hecha casi a quemarropa, envió rodando a los que primero llegaron hasta el cuadro; a aquella descarga siguió otra, y en seguida se empeñó la lucha al arma blanca.

Aun cuando eran cinco o seis veces inferiores en número, los tigres de Mompracem resistían tenazmente los furibundos ataques de los fanáticos, sin descomponer las filas.

También caían algunos de los suyos bajo los disparos de carabina y pistola de los sectarios; pero, a pesar de esto, seguían haciendo frente al enemigo de un modo tan firme, que maravillaba a De Lussac, el cual había temido que se desorganizasen ante los primeros asaltos.

El suelo se cubría de muertos y de moribundos; sin embargo, los *thugs,* aun cuando rechazados sin cesar, volvían a la carga con admirable obstinación, procurando deshacer aquel grupo de audaces que tuvieron el atrevimiento de descender hasta sus cavernas. Aquello no podía durar mucho. La tenacidad y el

valor más extraordinario de los tigres de Mompracem concluyó por desorganizar a las indisciplinadas bandas de Suyodhana, que cargaban a ciegas.

Sandokan aprovechó un momento de vacilación de los enemigos para darles el último golpe.

A su vez lanzó a sus hombres al asalto, divididos en cuatro grupos.

El empuje de los piratas fue tan grande, que las columnas de los *thugs* quedaron cortadas y deshechos los que las componían, a golpes de *parangs* y de *kampilangs.*

La derrota era completa.

Los fanáticos no resistieron más, y se agolparon en la galería que conducía a la pagoda subterránea, a donde los siguieron los piratas, que no perdonaban a ninguno, acuchillando sin misericordia a cuantos alcanzaban.

Los estranguladores intentaron en vano cerrar la puerta de bronce del templo. Los tigres de Mompracem no les dejaron tiempo y penetraron casi juntos en el enorme subterráneo, en el centro del cual, y bajo una gran lámpara encendida, una estatua representaba a la siniestra diosa; delante de ella se veía un recipiente en donde nadaban unos peces rojos, probablemente *mangos* del Ganges.

Los piratas, guiados por Kammamuri y Tremal-Naik, atravesaron el templo a la carrera disparando sobre los *thugs* que huían dando desesperados gritos, y penetraron en otra caverna menos grande que la pagoda, y en la cual se sentía extraordinaria humedad.

De las bóvedas caían grandes goterones, y a lo largo de los muros deslizábanse finos hilillos de agua, que iban a reunirse en un profundo estanque.

Kammamuri señaló con el dedo a Sandokan una escalinata, en cuyo rellano veíase una puerta maciza de hierro con varios tubos que se distribuían en distintas direcciones.

—¿Da sobre el río?

—Sí —contestó el maharato. —¡Dadme dos bombas!

—¿Que es lo que quiere usted hacer? —preguntó De Lussac.

—Inundar los subterráneos. ¡De ese modo concluirá el reinado del Tigre de la India!

—¡Los ahogará usted a todos!

—¡Tanto peor para ellos! —repuso fríamente Sandokan—. ¡He jurado destruirlos, y cumpliré mi palabra! ¡Disponeos a huir!

Tomó dos bombas con la mecha encendida que Yáñez le alargaba, y las colocó bajo la puerta; hecho esto, descendió a escape, gritando: —¡En retirada!

Ya en la puerta de la pagoda, se detuvo para mirar los dos pequeños puntos luminosos que chispeaban en el último escalón de la gradería. Quería asegurarse de que la humedad no había apagado las mechas. Transcurrieron algunos segundos; en seguida un relámpago rasgó las tinieblas, siguiéndole dos formidables detonaciones, que repercutieron sordamente a lo largo de las profundas galerías. Casi al instante se oyó un mugido ensordecedor. Una colosal columna de agua, más bien una catarata, se volcaba en la caverna, esparciéndose con vertiginosa rapidez por todas partes.

—¡En retirada! —repitió Sandokan lanzándose a la pagoda—. ¡El agua invade los subterráneos! j

A la vacilante luz de las antorchas seguía oyéndose el rumor siniestro de las aguas del Mangal, que se precipitaban por las galerías y los subterráneos.

Como centellas recorrieron la pagoda. En lontananza, resonaron de pronto los gritos espantables de los thugs, a quienes sorprendía el agua metidos en sus tenebrosos refugios.

Los invasores se metieron por las galerías, escapando como antílopes.

; Sambigliong, cuya fuerza muscular era prodigiosa, llevaba en brazos a Surama para que no la alcanzase el agua.

Iban a atravesar la última galería, cuando sintieron un crujido enorme, cual si se hubiese hundido todas las bóvedas de los subterráneos, alcanzándoles una ola colosal, que los cubrió de espuma.

Pero la pagoda alta, en la cual sostuvieron el primer encuentro, no corría peligro de sumergirse, y estaba a unos cuantos pasos.

—¡Ahogaos todos! —gritó Sandokan atravesando la última puerta—. ¡El refugio de los *thugs* ya no lo habitarán más que los cocodrilos y los peces del Mangal!

Cuando se encontraron a cielo descubierto y en seguro, vieron a varios hombres que salían de entre el *baniano* y huían como liebres en dirección a las lagunas de la isla.

Algunos estranguladores debían de haber podido llegar a la salida abierta por Suyodhana y salvarse; pero eran tan pocos, que Sandokan no quiso hostigarlos.

—¡Los tigres y las serpientes se encargarán de dar cuenta de ellos! —murmuró.

En seguida, volviéndose a Tremal-Naik, le dijo, dándole una palmada en el hombro:

—¡Ahora, a Calcuta, y después a Delhi! ¿Cuál es el camino más corto?

—Port-Cannig —contestó el bengalí.

—¡Andando! ¡O logro la piel de Suyodhana o dejo de ser el *Tigre de la Malasia*!

XXVIII

EN PERSECUCIÓN DE SUYODHANA

Comenzaba el sol a dorar los altos penachos de los bambúes de los Sunderbunds, cuando la *pinassa,* conduciendo a los supervivientes de la expedición, reducidos a veinticinco hombres, llegaba a Port-Canning, pequeña estación inglesa situada a veinte millas de la costa occidental de Raimangal, y unida a Calcuta por una buena carretera que atraviesa parte del delta del Ganges.

Era el único camino más breve para ir a la capital de Bengala, pues por la vía marítima hubieran tenido que remontar todas las lagunas occidentales de los Sunderbunds para subir al Hugly, además de dar un rodeo por la isla de Baratala.

Lo primero que hicieron Sandokan y el señor De Lussac fue informarse del estado de la insurrección.

Las noticias eran gravísimas. Todos los regimientos indios sublevados en Cawnpore, Lucknow y Merut mataron a sus oficiales y a los europeos que había en dichas ciudades, y la Rahni de Yhansie enarboló el estandarte de la revuelta después de haber mandado fusilar a la reducida guarnición inglesa.

Ardía en plena revolución el Bundelkund, y Delhi, la ciudad santa, cayó en poder de los insurrectos, que se disponían a resistir dentro de ella.

Uno de los últimos descendientes de la dinastía del Gran Mongol había vuelto a ocupar el trono, y la consternación reinaba entre las tropas inglesas, que por el momento se hallaban impotentes para hacer frente a tan imprevista tempestad, que tenía trazas de extenderse por toda la India septentrional.

—¡No importa! —dijo Sandokan después que el teniente concluyó de darles estas graves noticias, las cuales le había comunicado el comandante de la escasa guarnición de Port-Canning—. ¡Es lo mismo; iremos a Delhi!

—¿Todos? —preguntó Yáñez.

—Todos, no. Una tropa demasiado numerosa podría encontrar más dificultades —contestó Sandokan—, aun teniendo un salvoconducto del gobernador de Bengala. ¿No le parece a usted, señor De Lussac?

—Tiene usted razón, capitán —dijo el teniente. —Iremos solamente nosotros cuatro con una escolta de seis hombres, y enviaremos el resto al parao con Sambigliong, Kammamuri y Surama. Ahora la muchacha no puede prestarnos ningún servicio.

—Pero el señor Yáñez será un peligro para ustedes —dijo el teniente.

—¿Porqué? —preguntó el portugués. —Porque es usted blanco, y le será muy difícil penetrar en Delhi. Los insurrectos no respetan a ningún europeo.

—No tema usted, señor De Lussac: me disfrazare de indio.

—¿Y usted puede venir con nosotros? —preguntó Sandokan.

—Creo que podré acompañarlos, por lo menos hasta las avanzadas. El general Bernard según acaban de decirme, está concentrando tropas en Amballah, y los ingleses han tendido un cordón entre Gwalior, Bartpur y Pattiallah. Mi regimiento forma parte de ese cordón. Tengo la seguridad de que encontraré en Calcuta la orden de incorporarme a mi compañía lo más pronto posible, y que no han de negarme que os acompañe.

—¡Entonces, marchemos! —concluyó Sandokan.

Kammamuri había alquilado seis *mail-carts,* vehículos muy ligeros que constan de dos asientos, uno delante para el conductor y otro detrás para un par de personas. Van arrastrados por tres caballos, que renuevan de *bungalow* en *bungalow.*

Este es el correo indio en los lugares en que no hay vía férrea.

Sandokan dio las últimas órdenes a Sambigliong, encargándole que condujese el parao y la *pinassa* a Calcuta, donde debían esperarlos. Hecho esto, dio la señal de marcha. A las nueve de la mañana salieron de Port-Canning los seis carruajes, lanzándose a todo correr por la carretera abierta entre los junglares del Ganges.

Los cocheros, a quienes Sandokan prometió una buena propina, azuzaban a los caballos, que marchaban como el viento, levantando enormes nubes de polvo.

A las dos de la tarde llegaban los viajeros a Sonapore, que es una estación situada casi en la mitad del camino, entre Port Canning y la capital de Bengala.

Los caballos iban medio reventados por aquella carrera de mil diablos, hecha bajo los rayos de un sol abrasador.

Sandokan y sus compañeros se detuvieron cosa de media hora para tomar un bocado, y en seguida volvieron a ponerse en camino con caballos de refresco suministrados por el servicio postal.

—¡Doble propina si llegamos a Calcuta antes de que se cierre el correo! —dijo Sandokan al subir a su *mail-cart.*

No era preciso más para excitar a los automedontes, los cuales emplearon concienzudamente fustas de mango corto y larguísima correa, que manejaban con una habilidad maravillosa.

Los seis carruajes salieron como rayos, saltando de un modo horrible en los baches de la carretera, endurecidos por el fuego abrasador del sol.

A las cinco ya se dibujaban los primeros edificios de la opulenta capital de Bengala, y a las seis los *mail-carts* penetraban en los suburbios, poniendo en fuga a los peatones, que huían ante ellos para no ser atropellados.

Faltaban diez minutos para la clausura de la distribución de cartas cuando llegaban ante el palacio de Correos de la capital bengalí.

Sandokan y el señor De Lussac, que tenían muchos amigos entre los empleados superiores, entraron, volviendo a salir poco después con una carta dirigida al comandante del Mariana. En un ángulo se leía la firma de Sirdar.

La abrieron y la leyeron ávidamente.

El brahmán les advertía que Suyodhana había llegado a Calcuta por la mañana, que había fletado un rápido *fylt-sciarra* tripulado por remeros escogidos, y que se disponía a remontar el Hugly para entrar en el Ganges, tocar en Patna y tomar el ferrocarril de Delhi.

Añadía que iban con ellos la niña y cuatro de los jefes más notables de los *thugs,* y que encontrarían noticias suyas en el correo de Monghyr.

—Lleva doce o trece horas de ventaja sobre nosotros —dijo Sandokan al terminar la lectura de la carta—. ¿Usted cree, señor De Lussac, que podremos alcanzarle antes de que llegue a Patna?

—Quizá tomando el ferrocarril que va a Hongly-Raniggados a tomar la línea de Monghyr para retirar la curta del correo.

—¿Es decir, que tenemos que retroceder?

—Perdiendo, por lo menos, seis horas; además, usted no se acuerda de que yo tengo que ir a ver al gobernador de Bengala para que me proporcione el salvoconducto, y ahora es demasiado tarde para que me reciban.

—En este caso, hay que perder veinticuatro horas —exclamó Sandokan haciendo un gesto de mal humor.

—Es necesario, capitán.

—¿Cuándo podremos estar en Patna?

—Pasado mañana por la tarde.

—¡Llegará primero ese perro de Suyodhana!

—Eso depende de la resistencia de los remeros que lleve —contestó el teniente.

—¿Y si fletásemos una chalupa muy rápida?

—Perderían ustedes más tiempo y tendrían menos probabilidades de ganar las veinticinco horas que tenemos que perder. Vénganse a mi casa, señores, y descansemos hasta mañana. A la nueve iré a ver al gobernador, y antes de mediodía ya nos habremos puesto en camino.

Comprendiendo que era inútil hacer más objeciones, Sandokan y sus gentes aceptaron de buena voluntad la hospitalidad que les brindaba, y se hicieron conducir al Strand, donde estaba situado el palacete en que vivía el francés.

Pasaron la velada combinando planes en busca de un medio de alcanzar al fugitivo antes de que pudiera unirse a los rebeldes.

A la mañana siguiente, un poco antes de las once, el teniente, que había salido muy temprano, entraba en su palacete con la cara muy risueña.

Había tenido un largo coloquio con el gobernador acerca de la afortunada expedición de Sandokan contra los *thugs,* y llevaba un salvoconducto por el cual se concedía a sus valientes amigos libre paso a través de las columnas inglesas en operaciones en el Oudhe y en el territorio de Delhi, que eran los centros de insurrección, y, además, una carta recomendándoles al general Bernard, y el permiso al teniente para acompañarlos hasta el gran cordón militar establecido entre Gwalior, Bartpur y Pattiallah.

Hicieron a escape todos los preparativos para la marcha, y a la una de la tarde aquel pelotón de hombres salían de Calcuta, tomando la línea de Hougly- Ranigandsch-Bar-Patna, en un comodísimo vagón de la North-India Railway.

Las Compañías indias de ferrocarriles no han escatimado nada para que los viajeros puedan encontrar en todas partes las mayores comodidades, y sus líneas no tienen nada que envidiar a las mejores de Estados Unidos del Norte. Cada vagón no lleva más que dos compartimientos, que son amplísimos, y en cada uno de ellos las banquetas o asientos tienen los respaldos de modo que, levantados y sujetos por correas, sirven de camas muy semejantes a las de los *steamers.*

En ambos lados de los compartimientos están los gabinetes para vestirse y lavarse.

Además, en todas las estaciones sube un empleado para preguntar a los viajeros qué comida quieren, y ese mismo empleado lo telegrafía a la estación donde se detiene el tren para que puedan comer.

Componíase el convoy de una máquina poderosísima y de muy pocos vagones. Con gran satisfacción de Sandokan, corría devorando millas, y el pirata veía que de minuto en minuto se acortaba a grandes trechos la distancia que los separaba de Patna.

Cómodamente sentados, los audaces adversarios del Tigre de la India fumaban y charlaban para pasar mejor el tiempo. Por otra parte, se encontraban muy a gusto, pues el calor no les molestaba apenas, gracias a que los vagones de los ferrocarriles indios van

rodeados de cortinas de *vetiver,* mojadas continuamente de agua por medio de conductos especiales, lo que hace que exista siempre una frescura relativa en el interior, evitándose los casos de insolación y de apoplejía fulminante.

A las tres ya habían pasado por Hongly, y por Ranigandsch, al mediar la noche; el tren corría hacia la alta Bengala, acercándose a toda velocidad al majestuoso Ganges. Al otro día a las dos de la tarde Sandokan y sus amigos entraron en Patna, una de las ciudades más importantes de Bengala del norte, y cuyos bastiones baña el río sagrado.

Su primera intención fue ir a la casa de Correos, por si había alguna nueva carta de Sirdar; pero allí no había ninguna.

—Vámonos a Monghyr —dijo el *Tigre de la Malasia*—. Ya se ve que Suyodhana no se ha detenido aquí, y que ha continuado precipitadamente su viaje.

Iba a salir un tren para aquella ciudad. Lo tomaron por asalto, y pocos minutos después marchaban costeando el Ganges durante un largo trayecto. Tres horas más tarde estaban ante el edificio postal de Monghyr.

Sirdar cumplió su promesa. La carta era de la noche del día anterior, y les advertía que Suyodhana había despedido el barco, y que tomaron el tren que iba a Patna por la línea de Chupra- Goraklipur-Delhi.

—¡Otra vez se nos ha escapado ese bribón! —exclamó Sandokan con ira—. ¡No tenemos más remedio que ir a Delhi!

—¿Podremos entrar en esa ciudad? —preguntó Tremal-Naik al teniente.

—Todavía no han comenzado las operaciones de estío —contestó el teniente—. Yo creo que pueden ustedes entrar sin obstáculos, en unión de los insurrectos que huyen de Cawnpore y Lucknow. Pero les ruego que se disfracen de indios y se provean de armas: no se sabe lo que puede suceder.

—Volvamos a Patna, y en seguida, a escape sobre Delhi —dijo Sandokan—. ¡Allí es en donde el *Tigre de la Malasia* matará al tigre de la India!

—¿Y dónde podremos encontrar a Sirdar? —preguntó Yáñez.

—También he pensado en eso —contestó Sandokan—; porque en una postdata me advierte que todas las noches, entre nueve y diez, nos esperará detrás del bastión Humado Cascemir.

—¿Sabremos encontrar ese bastión?

Es el más grande y sólido de la ciudad —dijo De Lussac—. Os lo indicarán todos.

—¡Pongámonos en marcha! —dijo Sandokan.

Aquella misma noche estaban de regreso en Patna.

Como hasta el otro día por la mañana no había trenos, se fueron a una fonda, y se aprovecharon de la estancia para transformarse en ricos mahometanos y proveerse do buenas carabinas indias y de unos largos puñales, semejantes a los yataganes.

En la estación se encontraron con que tenían que cambiar de itinerario, pues les dijeron que los trenes no pasaban de Gorakhpur, a causa de las correrías de los rebeldes.

Quedaba libre la línea de Benares-Cawnpore. Los insurrectos habían evacuado esta última población para reconcentrarse en Delhi. Sin vacilar escogieron dicha línea, aun cuando es más larga que la otra, y a las diez de la mañana partían a toda velocidad para la alta India, tocando sucesivamente en Benares, Allabad y Fatelpur. Otro día por la noche llegaron a la estación de

Cawnpore. En el edificio veíanse todavía las señales de las depredaciones que le hicieron sufrir los cipayos sublevados.

La ciudad estaba atestada de tropas que habían llegado de las principales poblaciones de Bengala y del Bundelkund, y se disponían a marchar sobre Delhi, donde la insurrección adquiría tremendas proporciones.

Gracias al salvoconducto, y sobre todo a la carta del gobernador de Bengala, pudieron obtener permiso de las autoridades militares para ir en un tren que llegaba hasta Koil, que era la línea de observación de la vanguardia inglesa, formada por dos Compañías de artillería. Hasta el otro día, después de mediodía, no llegaron al punto de destino.

—Nuestro viaje por ferrocarril ha terminado —dijo el teniente al salir del tren—. Más adelante la línea está cortada; pero los caballos abundan y en diez horas pueden ustedes estar en Delhi.

—¿Es aquí donde tiene usted que dejarnos, señor De Lussac? —preguntó Sandokan.

—Aquí está una de las Compañías de mi regimiento; pero les acompañaré hasta cerca de la ciudad para facilitarles el paso.

—¿Es cierto que ya está sitiada?

—Se la puede considerar como tal, aun cuando los rebeldes hagan a menudo salidas y sostengan pequeños combates. Voy a proporcionar a ustedes los caballos y a enseñar la carta y el salvoconducto al comandante en jefe de las tropas.

No habían transcurrido dos horas, cuando ya Sandokan, Yáñez, Tremal-Naik y el francés, con una pequeña escolta, salieron de la estación de Koil, galopando hacia la ciudad santa.

XXIX

LA INSURRECCIÓN DE LA INDIA

La insurrección de los indios de 1857 fue tan breve como sangrienta. El conquistador hubo de palidecer ante aquella explosión formidable, no prevista por nadie.

Algunos meses antes estalló el primer chispazo con el golpe filibustero de Barrampore, que las autoridades militares reprimieron con rapidez y crueldad. Hacía tiempo que el descontento minaba las tropas de cipayos acantonadas en Merut, Cawnpore y Lucknow. Una de las varias causas de aquel malestar era el nombramiento arbitrario que se hacía de oficiales y suboficiales, que recaía siempre en gentes de castas inferiores; por su parte, los emisarios de Nana Sahib, el bastardo de Bitor, esparcieron la voz de que los ingleses daban a los soldados indios cartuchos untados con grasa de vaca y con grasa de cerdo a los de fe mahometana; atroz profanación, tanto para los primeros como para los segundos.

El 11 de mayo, y cuando menos lo esperaban los ingleses, el tercer regimiento de caballería india, acantonado en Merut, fue el primero en dar la señal de la revuelta, fusilando a todos sus oficiales europeos.

Espantadas las autoridades militares, encarcelaron a los rebeldes; pero la noche del 12 dos regimientos de cipayos cogieron las armas y obligaron a sus jefes a libertar a los detenidos y a otros mil doscientos revoltosos.

Aquella debilidad les fue fatal, porque en la noche misma cipayos y soldados de caballería se arrojaron como fieras a los cuarteles en que vivían los europeos, y mataron sin piedad a las esposas e hijos de los oficiales.

Simultáneamente las guarniciones de Lucknow y Cawnpore pasaban también por las armas a sus superiores, asesinando a cuantas gentes de raza blanca había en ambas ciudades, en tanto que la Rahni de Yhansie, princesa tan bella como valiente, levantaba el estandarte de la rebelión y mandaba degollar a los que guarnecían aquel sitio.

Sorprendidas las autoridades militares con tan tremendo golpe, no supieron qué determinar, impotentes como estaban para hacer cara al huracán que se les echaba encima. Se limitaron a tender una línea de tropas entre Gwalior, Bartpur y Pattiallah, con la esperanza de hacer retroceder a los insurrectos, que se encontraron bajo las órdenes de Tantia-Topi, uno de los más hábiles y audaces *condottieri* indios, el que más tarde había de dejar asombrados a los mismos ingleses con su retirada a través del Bundelkund.

No lograron los hijos de la Gran Bretaña el objeto que se propusieron con la línea de tropas, porque los insurrectos, después de haber matado a todos los europeos, fueron sobre Delhi, arrastrando consigo al regimiento 34 de cipayos, que, como los demás, se habían deshecho de sus jefes a balazos.

Los europeos que escaparon de las matanzas de Merut y de Allighur se habían refugiado en la ciudad del Ganges. Comprendiendo el teniente Willoughby que iban a ser sacrificados, los cogió en la torre de Stentoredo, donde organizó una resistencia desesperada.

Viéndose acometidos por todas partes, aquel valiente, con una sangre fría admirable, dio fuego a los polvorines e hizo volar a mil quinientos sitiadores, y aprovechando la confusión logró poner a salvo a las mujeres, los niños y los ancianos, enviando parte de ellos a Carnal y parte a Amballah y a Merut, que ya

habían abandonado los insurgentes.

Entonces fue cuando el regimiento de Allighur proclamó en Delhi un rey escogido entre los descendientes de la vieja dinastía del Gran Mogol; proclamación festejada con el asesinato de cincuenta europeos y de sus hijos que se hicieron fuertes en el palacio real.

Con varia suerte se trabaron combates entre insurrectos y leales.

Poco satisfechos los ingleses con la lentitud con que procedía el general Arison, confiaron el mando al general Bernard, que poco a poco fue envolviendo a Delhi, dónde los insurgentes se fortificaban febrilmente, viendo que iban a ser sitiados.

Ya en los primeros días de junio podía considerarse sitiada la ciudad. Sin embargo, los ingleses no obtuvieron ventaja alguna, por falta de medios de combate, y, además de sostener con frecuencia los ataques y violentas salidas de los insurrectos, sufrían de un modo horrible con el calor espantoso y lo mortífero del clima.

Pero, a pesar de todo, la hora fatal se acercaba para los insurgentes. Delhi estaba condenada a caer en un mar de sangre.

Sandokan y sus compañeros se dirigían, como ya hemos dicho, hacia Delhi, de donde distaban unas cuantas horas.

El señor De Lussac, que vestía el magnífico uniforme de los oficiales bengalíes, y que era portador de un salvoconducto del comandante general de Koil, facilitaba el camino a sus amigos. Bastaba con su presencia para; evitarles los interrogatorios, los cuales les hubieran hecho perder mucho tiempo. El país hormigueaba de soldados de todas las armas.

El material de sitio, tan largo tiempo esperado, había llegado ya, y marchaba directamente hacia el norte para batir los bastiones de la ciudad, que hasta entonces resistieron tenazmente a las acometidas de la infantería y de los zapadores minadores. Por todas partes se veían las huellas de la insurrección.

Aldeas quemadas, pueblos destruidos, arrasadas las mieses, los campos desolados, cadáveres que viciaban la atmósfera y que atraían nubes de marabúes, *mozzagries, arghilahs, nibbis* y otra porción de aves de este género.

Cuatro horas después de su salida de Koil nuestros caballeros llegaban a la vista de las torres y de los bastiones de la capital del Gran Mogol. Grandes masas de soldados ingleses recorrían la campiña. Por la mañana había habido un furioso combate, en el cual les tocó la peor parte a los asediantes; montones de cadáveres flanqueaban el camino principal.

En varios puntos quedó rota la línea de sitio y los rebeldes saqueaban las campiñas vecinas para apoderarse del ganado que existía todavía por aquellos contornos. Con este motivo no era difícil para hombres que parecían indios, y que podían pasar por rebeldes llegados del Merut de otra parte, penetrar en la ciudad del Ganges.

—Señor De Lussac —dijo Sandokan al ver que se apeaba el teniente después de haber atravesado las últimas avanzadas—, ¿cuánto podremos encontrarle?

—Eso depende de la resistencia que opongan los insurrectos —contestó el francés—. Yo entraré a la cabeza de mi escuadrón.

—¿Cree usted que vayan para largo estas cosas?

—Los ingleses pondrán mañana en batería las piezas de sitio, y ya verá

usted cómo no resisten mucho los bastiones de Delhi.

—¿Y cómo voy a arreglarme para comunicarle noticias nuestras?

—Esta mañana he pensado en eso —dijo el francés—. Es necesario que yo sepa dónde se alojan ustedes, para protegerlos. En cuanto los ingleses entren en Delhi harán horrores porque están exasperados, y han jurado vengar a sus mujeres y a sus hijos, asesinados en Cawnpore, Lucknow, etc. ¡Tengo una idea!

—Diga usted.

—Tiren ustedes todas las noches desde el bastión Cascemir al otro lado del foso algún objeto de bastante volumen dentro del cual pueda ir una carta; por ejemplo, un turbante blanco si es posible.

—Perfectamente —dijo Sandokan.

—¿No sería bastante para protegernos la carta y el salvoconducto del Gobernador? —preguntó Yáñez.

—No digo que no; pero, sin embargo, no es posible adivinar lo que pueda suceder en el furor del asalto, y es mucho mejor que esté yo allí, por si acaso. ¡Adiós, mis valientes amigos! Les deseo que encuentren a la pequeña y que den el último golpe a los adoradores de Kali.

Se abrazaron un poco conmovidos, y en tanto que el francés volvía hacia el campamento, Sandokan y sus hombres se dirigieron atrevidamente hacia la ciudad.

Muchos soldados de caballería recorrían aquellos contornos, saqueando los burgos que habían desalojado los ingleses por la mañana. Al ver avanzar a aquel grupo armado, un pelotón de saqueadores mandado por un *subadhar* se adelantó, ordenándoles detenerse. Tremal-Naik, que se había puesto a la cabeza, obedeció en el acto.

—¿Adonde vais? —preguntó el *subadhar.*

—A Delhi —contestó el bengalí—, a defender la bandera de la libertad india.

—¿Y de dónde venís?

—De Merut.

—¿Cómo habéis podido atravesar las líneas inglesas?

—Aprovechándonos de la derrota que les causasteis esta mañana, para rodear su campamento.

—¿Es verdad que han recibido cañones?

—Un parque completo de sitio, que pondrán en batería esta noche.

—¡Perros malditos! —gritó el *subadhar* apretando los dientes—. ¡Quieren tomarnos la ciudad! ¡Ya veremos si lo logran! ¡Estamos resueltos a morir antes de rendirnos! Conocemos demasiado bien su civilización; toda ella se resume en una sola palabra: *destruir.*

—Es cierto —dijo Sandokan—. Le ruego que nos deje entrar en la ciudad. Tenemos prisa por combatir.

—Nadie puede atravesar la puerta de Turcoman sin sufrir antes un interrogatorio del comandante en jefe de las tropas que operan fuera de las fortificaciones. Yo no dudo que seáis insurrectos, hermanos; pero tengo que obedecer las órdenes que he recibido.

—¿Y quién es el comandante? —preguntó Tremal-Naik.

—Abu-Assam, un musulmán que ha abrazado nuestra causa y que ha dado

pruebas de su fidelidad y de su Valor.

—¿En dónde está?

—En el burgo más avanzado.

—Pero a estas horas estará durmiendo —dijo Sandokan—, y a mí me desagradaría pasar la noche fuera de Delhi.

—Os proporcionaré en el acto un alojamiento. ¡Seguidme! El tiempo es demasiado precioso para nosotros.

El *subadhar* hizo seña a sus hombres para que rodeasen a los piratas y montasen los fusiles, y se puso en marcha a un trote corto.

—¡No había previsto yo esto! —murmuró Tremal-Naik volviéndose hacia Sandokan, que se había quedado pensativo—. ¿Podremos escapar bien?

—Me siento acometido de un irresistible deseo de cargar a fondo sobre estos saqueadores y dispersarlos. No resistirían a un ataque vigoroso, aun cuando sean cuatro veces más numerosos que nosotros.

—¿Y después? ¿Crees que podremos entrar tranquilamente en la ciudad santa? ¿No ves allá otros grupos de saqueadores recorriendo la campiña? Al oír los primeros tiros se nos echarían todos encima.

—Por eso me he contenido hasta ahora —respondió Sandokan.

—Pero, al fin y al cabo, ¿qué tenemos que temer de un interrogatorio?

—¡Qué quieres, amigo Tremal-Naik; hoy me siento más desconfiado que nunca! En ese burgo puede haber *thugs,* y si los hay, pueden reconocerte.

El bengalí se estremeció.

—¡Sería una aventura bien desagradable! —respondió—. ¡Bah! ¡Quizá exageremos nuestros temores!

Serían las diez cuando llegaron a una aldehuela medio destruida formada por dos docenas de cabañas casi derrumbadas.

Aquí y allá ardían varias hogueras, haciendo brillar los gruesos haces de fusiles colocados en pabellón; muchos hombres de aspecto poco tranquilizador, con enormes turbantes y las fajas llenas de pistolones, yataganes y *tarwars,* andaban por entre una multitud de caballos.

—¿Vive aquí el jefe? —preguntó Sandokan al *subadhar.*

—Sí —respondió el interrogado.

Mandó hacer alto a su escolta y se detuvo ante una cabaña llena de insurgentes que estaban tumbados sobre montones de hojas secas.

—¡Dejad esos sitios! —dijo en un tono tan imperioso que no admitía réplica.

Así que se marcharon los soldados rogó a Sandokan y a sus compañeros que pasaran, disculpándose por no poder ofrecerles otra cosa mejor, pero prometiéndoles enviar algo para que cenasen. Dejó a la escolta haciendo guardia en la cabaña, y se alejó a pie, arrastrando ruidosamente su enorme cimitarra.

—¡Nos han ofrecido un hermoso palacio! —dijo Yáñez, que no había perdido ni un átomo de su sempiterno humor.

—¿Bromeas, hermano? —dijo Sandokan.

—¡Hombre, yo creo que no es cosa de llorar porque no nos hayan deparado mejor alojamiento! Tenemos hojas, que harán las veces de cama, y que nos

bastarán para echar un buen sueño tan pronto como cenemos, si es que hay cena; porque preveo que no entraremos en Delhi antes de mañana.

—¡Si entramos! —contestó Sandokan, que parecía atormentado por algún presentimiento.

Iba a contestarle Yáñez, cuando entró un soldado que vestía todavía uniforme de cipayos, llevando una antorcha y un canasto.

Apenas entró en la casuca lanzó un grito de sorpresa y de alegría.

—¡El señor Tremal-Naik!

—¡Bedar! —exclamó el bengalés acercándosele—. ¿Qué haces aquí? ¡Un cipayo que se ha batido a las órdenes del capitán McPherson hallarse entre los rebeldes!

El insurgente hizo un gesto indefinible, y dijo:

—Ya no vive el patrón; y, además, yo he roto por completo con los ingleses. Mis camaradas desertaron, y yo los he seguido. Y usted, señor, ¿para qué ha venido hasta aquí? ¿Ha abrazado nuestra causa?

—Sí y no —respondió el bengalés.

—Esa es una respuesta poco clara, señor —dijo riendo el cipayo—. Pero, sea el que quiera el motivo que le trae, tengo una gran alegría en volver a verle, y la tendré mayor si puedo serle de utilidad.

—Ya te explicaré después la razón de que me encuentre ante la ciudad santa.

—¡Ah!

—¿Qué te sucede?

—Que deben de andar los *thugs* en el asunto.

—Por ahora, callo. ¿Qué nos has traído, Bedar?

—La cena, señor; un poco ligera, a decir verdad; pero en campaña no abundan los víveres. Un poco de antílope, alguna fruta y una botella de vino de palma.

—Para nosotros, basta —contestó Tremal-Naik—. Baja el cesto y, si estás libre, cena aquí también.

—Señor, es un honor que no rehúso —contestó el cipayo.

Abrió la cesta y sacó la cena, que, en efecto, no era muy abundante, pero que, sin embargo, pareció suficiente. Sandokan y Yáñez, que no habían despegado los labios y que estaban muy contentos con aquel encuentro, comieron con apetito, imitándolos Tremal-Naik y los hombres de la escolta.

—Os presento a uno de los valientes cipayos del difunto capitán McPherson, uno de los que tomaron parte en las primeras expediciones contra los *thugs* de Suyodhana.

—Entonces, ¿has presenciado la muerte del valiente capitán? —pregunto Sandokan.

—Sí, señor —respondió el cipayo con voz conmovida—. ¡Murió en mis brazos!

—¿Conocerás a Suyodhana? —preguntó Sandokan.

—Le he visto como estoy viéndole a usted en este momento, pues cuando

hizo fuego sobre mi pobre capitán no estaba a más de diez pasos de distancia de mí.

—¿Y cómo te has librado de la muerte? Porque me han contado que los *thugs* de Suyodhana mataron a todos los hombres que iban con el capitán.

—Por una afortunada combinación, *sahib* —contestó el cipayo—. Me habían dado un sablazo en la cabeza con un *tarwar* mientras procuraba socorrer al capitán, a quien metieron dos balas en el pecho. Fue tan grande el dolor que experimenté, que caí desvanecido entre las altas hierbas del junglar. Cuándo volví en mí reinaba un profundo silencio en toda la llanura de los Sunderbunds. Me encontré entre montones de cadáveres. Los *thugs* no respetaron ni perdonaron a ninguno de los cipayos que acompañaban al capitán. Habían caído todos mis compañeros, es verdad que después de haber vendido muy cara su vida, pues entre las hierbas encontré más de doscientos cadáveres de estranguladores. Mi herida no era grave. Contuve la sangre, y después de haber buscado cu vano el cadáver de mi capitán, huí hacia el río, esperando que encontraría el cañonero que nos había conducido hasta los Sunderbunds. En su lugar, tan sólo encontré los restos y algunos cadáveres flotando sobre las liguas. Suyodhana, después de haber matado a todos los cipayos, asaltó el barco y lo voló poniendo fuego a la santabárbara.

—También supimos eso; ¿verdad, Tremal-Naik? —dijo Sandokan.

El bengalés, que se había puesto muy triste, afirmó con un movimiento de cabeza.

—Prosigue —dijo Yáñez al cipayo—. ¿No había ninguno de los vuestros en el Mangal?

—Ninguno, señor, porque la tripulación del cañonero fue a prestarnos ayuda tan pronto como sonaron los primeros disparos.

—¿Y eran muchos aquellos bribones? —preguntó Sandokan.

—Quince o veinte veces más que nosotros —respondió el cipayo—. Durante dos semanas anduve errante por los junglares, manteniéndome con frutas salvajes, corriendo a cada paso el peligro de verme desgarrado por los tigres o partido en dos por los cocodrilos, hasta que, pasando de isla en isla, por último, me recogió una barca de pescadores bengalíes.

—¿Has vuelto a ver a Suyodhana? —preguntó Tremal-Naik, después de un momento de silencio.

—No, señor.

—Pues nosotros sabemos por noticias segurísimas que se halla en Delhi.

—¡Aquí! —exclamó—. Yo sé que los *thugs* se han unido a nosotros, y que han venido en grupos numerosos de Bengala, del Bundelkund y también de Orissa; pero no he oído hablar de que hubiese llegado su jefe.

—Nosotros hemos venido en su persecución —dijo Tremal-Naik.

—¿Quiere usted arreglar con él la cuenta pendiente? Si es así, pueden ustedes contar por completo conmigo, señor Tremal-Naik —dijo Bedar—. También tengo que vengar a mi capitán, a quien quería como a un padre, a pesar de ser yo indio y él inglés, y a todos mis compañeros, muertos de manera tan miserable en los Sunderbunds.

—¡Sí —dijo el bengalí con voz terrible—; he venido hasta aquí para matarle y para arrancarle mi hija, que me ha robado hace algunos meses!

—¿Le ha robado a usted la niña?

—Ya te contaré eso más adelante. Ahora me interesa saber si podremos entrar en Delhi; es decir, si nos dará permiso Abu-Assam.

—No lo dudo, señores, porque no hay motivo para que crean que ustedes son espías de los ingleses. Además de que eso no puede asegurarlo nadie. ¿Han visto ustedes al general?

—Todavía no; sólo sabemos que el *subadhar* que nos ha traído hasta aquí le ha avisado de nuestra llegada.

—¿Hace mucho que están ustedes aquí?

—Una hora.

—¿Y no ha mandado llamarlos todavía?

—No.

—¡Es extraño! —dijo el cipayo—. Déjenme ustedes que vaya yo a ver al *subadhar,* que debe de ser el mismo que me ha encargado que les trajese la cena.

No se había levantado aún para salir, cuando vio aparecer al *subadhar* acompañado de dos indios que llevaban la cara cubierta con unos tafetanes que les colgaban del turbante.

—Iba a ir a buscarte —dijo el cipayo—. Estos hombres comienzan a impacientarse, y me han dicho que tienen prisa para ir a Delhi.

—Vengo a advertirles que esperen un cuarto de hora, porque en este momento está muy ocupado el general. Tú te encargarás de llevarlos hasta él.

—Está bien, *subadhar* —contestó el cipayo.

Dicho esto, el oficial se alejó, haciendo a los que le acompañaban señas de que le siguieran.

—¿Quiénes son esos dos indios que llevan turbantes tan desmesurados? —preguntó Sandokan—. ¿Son ayudantes suyos?

—No lo sé —contestó Bedar un poco preocupado—. Me han parecido dos *sikhs.*

—¿Y por qué llevan cubierto el rostro?

—Habrán hecho algún voto.

—¿Hay muchos *sikhs* en el campamento? —preguntó Tremal-Naik.

—Muchos, no. La mayor parte de ellos se han unido a los ingleses, olvidándose de que son indios como nosotros.

—¿Tenéis esperanza de poder hacer frente a los ingleses?

—¡Hum! —hizo el cipayo, volviendo la cabeza—. Si se hubieran insurreccionado todos los indios, a estas horas no habría ni un inglés en el Indostán; pero han tenido miedo, nos han dejado solos, y pagaremos por todos. ¡Porque estoy seguro de que esos malditos europeos no van a darnos cuartel! ¡En fin, sea! ¡Les demostraremos cómo saben morir los indios!

Así que hubo transcurrido un cuarto de hora, Bedar se levantó, diciendo:

—¡Síganme ustedes, señores! ¡A Abu-Assam no le gusta esperar!

Salieron de la casuca seguidos por un pelotón de caballería que había estado escondido hasta entonces detrás de una cabaña, y se dirigieron hacia la plazoleta central, en donde Abu-Assam tenía establecido su cuartel general.

Todos los cobertizos, lo mismo que las calles, estaban llenos de insurrectos

que velaban. Charlaban en derredor de grandes hogueras, con las armas al alcance de la mano y dispuestos a montar a caballo al primer toque de clarín.

Veíanse cipayos que vestían todavía su pintoresco uniforme, restos de los regimientos de Merut, de Cawnpore, de Allighur y de Lucknow, bundelkanes de Tantia-Topi y de la Rahni; *sikhs* barbudos, con enormes turbantes, pesadas cimitarras y fusiles de larguísimo cañón; orissanos y maharatos de admirables formas,, que parecían estatuas de bronce. Parecía que esperaban algún ataque del enemigo, porque todos tenían los caballos embridados y con la silla puesta.

El pelotón que guiaba Bedar, siempre escoltado por los soldados de caballería, llegó muy pronto a una amplia plaza llena de insurrectos e iluminada por grandes hogueras de leña, que lanzaban sus llamas a gran altura. Se detuvieron ante una construcción de mampostería cuyas paredes estaban agujereadas por balas de cañón y granadas, y que debía de haber sido un elegante *bungalow,* propiedad probablemente de algún rico inglés de Delhi.

—¡Aquí vive el general! —dijo Bedar. Dio el santo y seña a los centinelas que había en la puerta, e introdujo a los supuestos insurrectos en la primera habitación, donde encontraron al *subadhar* charlando con varios hombres de elevada estatura, montañeses de Bundelkund, que iban armados hasta los dientes.

—Dejen ustedes las pistolas y los sables —dijo volviéndose a Sandokan y a los demás.

Los dos piratas, Tremal-Naik, y los malayos obedecieron.

—Ahora síganme ustedes —prosiguió el *subadhar*—; los espera el general.

Los introdujo en otra habitación muy amplia, en la cual había algunos muebles medio derrengados y sillas de bambú cojas y manchadas de sangre, como si hubieran presenciado alguna lucha encarnizada sostenida allí dentro. Cuatro *sikhs* montañeses de hercúleas formas custodiaban la puerta con las cimitarras desenvainadas.

Delante de una mesa había un hombre viejo, con la barba casi blanca, la nariz corva como pico de loro y los ojos muy negros y que brillaban como ascuas.

Vestía al uso de los musulmanes de la India septentrional, los cuales han conservado el traje tártaro turco-romano, y en sus mangas, que eran de seda verde, relucían unos galones de oro.

Al ver entrar a Sandokan y a los otros levantó la cabeza, entornó los párpados como si la luz de la lámpara colgada del techo le ofendiese, los miró en silencio durante algunos instantes y en seguida dijo con voz nasal:

—¿Sois vosotros los que pedís permiso para entrar en Delhi?

—Sí —contestó Tremal-Naik.

—¿Para combatir y morir por la libertad de la India?

—Contra nuestros seculares opresores.

—¿De dónde venís?

—De Bengala.

—¿Y cómo habéis podido atravesar las líneas enemigas sin que os hayan detenido? —preguntó el viejo general.

—Aprovechándonos de la noche oscurísima; ayer nos escondimos en una cabaña derruida, y allí estuvimos hasta que vimos al *subadhar.* En seguida volvió a decir:

—¿Tú eres bengalés?

—Sí —contestó Tremal-Naik sin vacilar.

—Pero tus compañeros no me parecen indios: tienen un color que no he visto en ninguno de nuestro país —dijo mirando a Sandokan y a los malayos, cuyo color debía de haberle llamado la atención.

—Es verdad, general. Este hombre —dijo indicando a Sandokan— es un príncipe malayo, enemigo acérrimo de los ingleses, a quienes ha derrotado y vencido de un modo sangriento varias veces en las costas de Borneo; los otros son soldados suyos.

—¡Ah! —exclamó el general—. ¿Y por qué ha venido aquí?

—Ha venido a buscarme a Calcuta, pues he sido su huésped hace algunos años, porque supo por mí que se preparaba una insurrección. Viene a ofrecer su poderoso brazo y su sangre.

—¿Es cierto? —preguntó Abu-Assam volviéndose hacia el *Tigre.*

—Sí; mi amigo ha dicho la verdad —confesó el pirata—. He sido largos años el enemigo más terrible que han tenido los ingleses en las playas de Borneo. Los he derrotado en Labuán varias veces, y he destronado a James Brooke, el poderoso raja de Sarawak.

—¡James Brooke! —exclamó el general pasándose una mano por la frente, como para despertar algún recuerdo lejano—. ¡Sí; debe de ser aquel teniente de la Compañía de la India que yo conocí en mi juventud, y de quien me dijeron que se había hecho raja de una gran isla malaya! Era un inglés, y, por tanto, enemigo tuyo. Y ese otro que tiene las facciones regulares como las de un europeo, ¿de dónde viene? —dijo señalando a Yáñez.

—Es un amigo del príncipe.

—¿Y odia también a los ingleses?

—Sí.

—¿Solamente a los ingleses? —preguntó el general, levantándose y cambiando bruscamente de tono.

—¿Qué quiere usted decir con eso, general? —preguntó con inquietud Tremal-Naik.

En lugar de contestar, dijo el viejo:

—¡Está bien! Dentro de dos o tres horas iréis a Delhi con el *subadhar* para que no os tomen por enemigos y os fusilen. Seguid a la escolta que os ha traído; pero dejad aquí las armas, porque no se os devolverán sino cuando estéis dentro de la ciudad.

—¿A dónde va a conducirnos la escolta?

—Al depósito de enganches —contestó el general, haciéndoles seña con la mano para que saliesen.

Tremal-Naik y sus compañeros obedecieron, y, ya fuera, encontraron la escolta y el *subadhar.*

—Síganme ustedes, señores —dijo rodeándoles con sus hombres—. ¡Todo va bien!

Bedar se acercó a Tremal-Naik, susurrándole al oído:

—¡No confiéis! ¡Esto va mal para ustedes; pero nos veremos pronto!

La escolta se puso en marcha. No habían andado muchos pasos, cuando dos hombres con el rostro casi tapado por los enormes turbantes que llevaban, y que eran los mismos que habían acompañado al *subadhar* en la casuca, entraron en la habitación del general.

—¿Son ésos? —preguntó el viejo al verlos entrar.

—Sí; los hemos reconocido perfectamente —contestó uno de ellos—. Esos son los que han invadido la pagoda de Kali, los que han inundado los subterráneos y los que han matado a los nuestros. Son aliados de los ingleses.

—¡Hijos míos, la acusación es grave! —dijo el viejo.

—Si han venido hasta aquí, es porque no les trae otro objeto que el de sorprender a nuestro jefe y matarlo.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis?

—Que los trates como a traidores, o, de lo contrario, todos los *thugs* que hay en Delhi, y que están dispuestos a morir por la libertad de la India, dejarán mañana la bandera de la insurrección.

—Los hombres son demasiado preciosos en estos momentos para que nos quedemos sin ellos —dijo el viejo después de un momento de reflexión—. Hay muy poca gente para defender una ciudad tan grande. Tenéis mi palabra. ¡Marchaos!

XXX

LOS TRAIDORES

El pelotón, en vez de dirigirse hacia la casucha donde dejaron los caballos Sandokan y sus compañeros, tomó otro camino que iba por entre *bungalows* medio destruidos por el fuego y cuyos jardines estaban devastados.

Tremal-Naik, puesto en guardia por la advertencia del cipayo, marchaba muy inquieto, temiendo alguna sorpresa, y procuró interrogar al *subadhar;* pero el oficial que se había vuelto de pronto muy adusto, se limitó a hacerle señas para que continuase andando.

—Tremal-Naik —dijo Yáñez, me parece que la cosa no va como una seda. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Ni yo mismo lo sé —contestó el bengalas—; pero me parece que hay muy pocas ganas de que entremos en Delhi.

—¿Nos tomarán por espías de los ingleses? —preguntó Sandokan.

—Esa sospecha nos pondría en grave peligro —confesó Tremal-Naik—. Tanto en un bando como en el otro fusilarán a los espías: los ingleses no perdonan a ninguno.

—Pero a nosotros no pueden acusarnos de nada —dijo Yáñez.

—¡Tengo una sospecha! —dijo de pronto Sandokan.

—¿Qué sospecha? —le preguntaron a un tiempo Tremal-Naik y el portugués.

—Que nos haya visto alguien hablando con el señor De Lussac.

—¡Pobres de nosotros si eso fuera cierto! —dijo el indio—. ¡No sé cómo escaparíamos!

—Además, no tenemos armas —dijo Sandokan.

—Y aun cuando las tuviésemos, no nos servirían de nada. Aquí hay por lo menos mil insurrectos, y la mayor parte son soldados.

—¡Es verdad, Tremal-Naik! —dijo Yáñez—. ¡Bah! ¡Puede ser que todo concluya bien!

—¿Adonde nos han traído? —preguntó Sandokan.

La escolta se había detenido ante una construcción que debía de haber sido en sus tiempos una torre pentagonal. La parte superior estaba derrumbada, y sus restos los habían acumulado a corta distancia.

—¿Será este el depósito de enganchados? —preguntó Yáñez.

El *subadhar* cambió algunas palabras con los dos centinelas que había en la puerta, y en seguida dijo a Tremal-Naik y a sus compañeros:

—¡Entren ustedes! El oficial de enganches les dará el salvoconducto para entrar en la ciudad santa.

—¿Y cuándo podremos marchar? —preguntó Sandokan.

—Dentro de unas horas —dijo el oficial—. ¡Síganme ustedes, señores!

Encendió una antorcha, hizo abrir la maciza puerta, que parecía de bronce, y subió por una estrecha escalera, cuyas gradas cubría una capa de limo viscoso, depositado allí por la humedad.

—¿Tiene aquí las oficinas el oficial de enganches? —preguntó Tremal-Naik.

—Sí, en el piso superior —contestó el *subadhar.*

—Más parece una prisión que una oficina.

—No tenemos habitaciones disponibles. ¡Adelante, señores; tengo prisa!

Llegaron al primer piso; empujó otra puerta de bronce también, y se apartó para dejar paso a Tremal-Naik, Sandokan, Yáñez y los malayos; pero apenas estuvieron dentro, cerró con estrépito, dejándolos sumidos en la más profunda oscuridad.

Sandokan lanzó un grito de furor:

—¡Canalla! ¡Nos ha traicionado!

Sucedieron algunos minutos de silencio. Incluso Yáñez, que nunca se sorprendía de nada, estaba aturdido.

—¡Me parece que nos han encerrado! —dijo al fin con su calma habitual—. ¡No esperaba esta sorpresa tan poco agradable, pues no habíamos hecho daño alguno a los insurrectos! ¿Qué te parece, amigo Tremal-Naik?

—¡Que ese bribón de general nos ha engañado hábilmente! —contestó el bengalí.

—Tremal-Naik —dijo de pronto Sandokan—. ¿Qué apostamos a que aquí anda metido Suyodhana?

—Es imposible que haya estado precisamente en el momento de nuestra llegada.

—Sin embargo, tengo esa sospecha —contestó Sandokan.

—¿Nos habrá reconocido algún *thug,* y le habrá dicho al general que somos espías? —dijo Yáñez.

—Pudiera suceder que haya sido eso. Como os dije, tengo la certeza de que aquí anda la mano de los estranguladores —repitió Sandokan.

—Ante todo, veamos dónde estamos y si podemos jugársela a tus compatriotas —dijo Yáñez—. Somos siete, y podemos intentar cualquier cosa.

—¿Tienes fósforos o yesca?

—Y una torcida de alquitrán, que puede alumbrarnos durante algunos minutos —contestó el portugués—. Además, nuestros malayos también tendrán alguna otra.

—¡Enciende! —dijo Sandokan.

Yáñez hizo saltar algunas chispas, encendió la yesca y prendió fuego a la mecha. Sandokan la levantó y examinó la estancia. Era un salón grande, desprovisto de muebles, con cuatro ventanas de forma alargada defendidas por gruesas barras de hierro, las cuales no eran muy fáciles de mover.

—¡Es una verdadera prisión! —dijo después de haber recorrido la sala.

—¡Y no han escogido mal el sitio! —contestó Yáñez—. Estos muros deben de tener algunos metros de espesor, y por entre los hierros no hay medio de escapar. ¡Tengo curiosidad por saber cómo va a concluir esta aventura! ¿Estarán discutiendo tus compatriotas lo que hayan de hacer con nosotros, y pensarán seriamente en fusilarnos? ¡A fe mía que no sería una cosa muy alegre!

—Esperemos a que venga alguien —dijo Sandokan—. No nos tendrán mucho tiempo sin noticias y sin comer.

—¡Ah! ¡Nos hemos olvidado del cipayo del capitán McPherson! —dijo de pronto Tremal-Naik—. Ese valiente se interesará por nosotros y nos hará saber algo; ¡estoy seguro de ello!

—¡Es verdad! —contestó Yáñez—. Yo, por mi parte, le había olvidado.

—Bien poco será lo que pueda hacer —dijo Sandokan—. No es autoridad.

—Pero tendrá amigos —dijo Tremal-Naik—. Yo confío en él.

—Bueno; procuremos pasar la noche lo menos mal posible —dijo Yáñez tirando la yesca, que se había consumido por completo—. Hasta mañana no se dejará ver nadie.

Como no había ni paja siquiera, los siete hombres se tumbaron en el suelo y procuraron dormir. Estaban tan cansados, que, a pesar de sus preocupaciones, no tardaron en roncar. Cuando despertaron, ya el sol comenzaba a deslizarse a través de las barras de hierro de las ventanas.

—¡En pie! —ordenó Sandokan—. ¡A pesar de no haber tenido cama, se ha dormido bastante bien, a lo que parece!

—¿No hay nada de nuevo? —preguntó Yáñez bostezando.

—La sala, o mejor dicho, la prisión, sigue tan vacía como anoche. Nos tratan lo mismo que si fuésemos parias. ¡Tienen poco de galantes estos insurrectos! Vamos a ver hacia dónde dan las ventanas.

Se acercó a una de ellas, y miró al exterior.

Daban a una muralla del recinto medio derruida, y se veían montones de piedras, en medio de las cuales crecía un enorme tamarindo que proyectaba una sombra espesísima. Al otro lado de la muralla no había edificio de ningún género; en cambio, comenzaba un bosque de borás y palmeras de grandes hojas. Iba a retirarse; pero en aquel instante le llamó la atención una rama de tamarindo que se movía violentamente.

—¿Habrá monos ahí debajo? —pensó.

Miró mejor, pareciéndole imposible que pequeños cuadrumanos pudieran imprimir sacudidas tan fuertes a una rama tan gruesa, y atisbo por entre las hojas algo blanco y rojo que se movía.

—¡Allí hay un hombre! —dijo—. ¿Nos vigilará? ¡Ah! ¡Tremal-Naik!

El bengalí, que estaba charlando con Yáñez, acudió en seguida a la llamada de Sandokan.

—Tenías razón en decir que el cipayo no nos había abandonado —le dijo—. ¿Le ves escondido entre las ramas de aquel tamarindo, haciéndonos señas que no comprendo? Parece que quiere decir algo.

—¡Por Brahma y Siva! —exclamó Tremal-Naik—. ¡Es el mismo! No se atreve a acercarse, y eso significa que se nos vigila estrechamente o que teme comprometerse.

—¿Comprendes las señas que te hace?

—Parece que quiere decir que tengamos paciencia.

—Realmente, nunca he tenido mucha; pero a pesar de eso, hubiera preferido otra cosa mejor —contestó Sandokan.

—Procura hacerle comprender si puede proporcionarnos algunas armas.

—¡Ya es tarde! Bedar se ha escondido: seguro que alguien se acerca.

Miraron hacia la muralla y vieron que la escalaban dos insurrectos y que saltaban entre las ruinas.

—¡Me parece que he visto aquellos dos enormes turbantes de ayer! —dijo Sandokan.

—Sí; de ayer noche —dijo Tremal-Naik—. Los turbantes de los hombres que acompañaban al *subadhar,* y que tenían oculta la cara.

Los dos indios miraron hacia las ventanas, observaron con atención las paredes de la torre, y en seguida volvieron a saltar la muralla, desapareciendo por la otra parte.

—Han venido a cerciorarse de que no hemos arrancado las barras o hundido los muros —dijo Sandokan—. ¡Mal indicio!

En aquel momento oyeron chirriar los cerrojos, y la pesada puerta de bronce giró sobre sus mohosos goznes, apareciendo el *subadhar* en compañía de cuatro *sikhs* armados con carabinas y otros dos que llevaban unas cestas.

—¿Cómo han pasado ustedes la noche, señores? —preguntó con una sonrisa algo sardónica, que no se le escapó a Sandokan.

—Muy bien —contestó éste—; pero debo decir a usted que entre nosotros a los prisioneros se les trata con menos cortesía, pero se les proporcionan más comodidades. Si no se les puede dar una cama, se les lleva hoja seca. ¿Es que aquí la guerra ha talado todos los árboles?

—Tiene usted mil razones para quejarse, señor —contestó el *subadhar*—. Yo creía que no los dejarían a ustedes aquí toda la noche y que los fusilarían antes de amanecer.

—¡Fusilarnos! —exclamaron a un tiempo Yáñez y Sandokan.

—Eso creía —dijo embarazosamente el indio, casi arrepentido de haber dejado escapar aquella palabra.

—¿Y con qué derecho se fusila a extranjeros que nunca han tenido nada que ver con vosotros? —dijo Sandokan—. ¿Qué es lo que os hemos hecho?

—Yo no puedo contestar a ustedes, señores —respondió el indio—. El general Abu-Assam es quien manda aquí. Sin embargo, creo que ha habido personas que han hecho presión sobre el comandante en jefe para que os mande fusilar lo más pronto posible.

—¿Y quiénes son esas personas? —preguntó Tremal-Naik, adelantándose.

—No sé quiénes son.

—Pues yo te lo voy a decir: son miserables *thugs,* esos sectarios infames que deshonran la India, y a quienes vosotros, cometiendo una proeza, habéis acogido bajo vuestra bandera.

El *subadhar* permaneció silencioso; pero se veía que no se atrevía a negar lo que le afirmaban.

—¿Y vosotros vais a ser cómplices y solidarios de esos asesinos? Si nosotros los hemos acometido en su madriguera, en los pantanos de Raimangal, ha sido porque han robado a mi hija; y hemos matado a cuantos hemos podido, confiados en que hacíamos a la India un grande e inestimable servicio. ¡Vosotros, como recompensa, queréis fusilarnos! ¡Ve a decir a tu general que no es un soldado que combate por la libertad india, sino un asesino!

El *subadhar* arrugó el entrecejo e hizo un gesto de impaciencia.

—¡Basta! —dijo—. Yo no tengo por qué ocuparme de todo esto; mi deber es obedecer, y nada más.

Se volvió hacia sus hombres, mandó depositar en el suelo los dos canastos, y en seguida salió con su escolta, sin añadir ni una sílaba más, cerrando la puerta con estrépito.

—¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez así que hubieron salido—. ¡Ese diablo de hombre me ha estropeado un poco el apetito! ¡Pudo haberlo dicho más tarde! ¡Vaya; veo que ese indio no está muy bien educado!

—¡Se habla de fusilarnos! —exclamó Tremal-Naik.

—No es cosa que dé mucho gusto; ¿verdad, mi buen amigo? —dijo el portugués, que había vuelto a recobrar su buen humor—. ¿No te parece a ti lo mismo, Sandokan?

—¡Pues, señor, esos canallas de *thugs* son más fuertes y poderosos de lo que yo suponía! —dijo el *Tigre.*

—¡Y nosotros que creíamos que los habíamos ahogado a todos!

—Por el contrario, nos los encontramos entre los pies, amigo Yáñez —respondió Sandokan.

—Si no hallamos el modo de salir de aquí más que de prisa, no sé cómo terminará esta aventura, que yo no había previsto.

—Sí, busquemos el modo de poder irnos —dijo Yáñez—; pero después de almorzar. Con la panza llena, me parece que las ideas deben surgir más fácilmente.

—¡Qué hombre tan admirable! —exclamó Tremal-Naik—. ¡No le desconcierta nada!

—Es preciso tomar las cosas filosóficamente —contestó riendo el portugués—. ¿Nos han fusilado ya? No. ¿Entonces?...

—¡Es mi válvula reguladora! —dijo Sandokan—. ¡Cuántas veces he debido la vida a su flema!

—¡Al diablo con la conversación! —exclamó Yáñez—. ¡Veamos qué es lo que nos han traído esos bribones de insurrectos! ¡Por Júpiter! ¡Se me ha ocurrido una cosa que me va a estropear otro poco el apetito!

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntáronle sus amigos.

—¡Si estarán envenenados los comestibles! —¡Qué idea! —exclamó Sandokan—. Si hubieran querido suprimirnos, nadie les hubiera impedido fusilarnos.

—Puede que tengas razón —contestó Yáñez. Destapó las dos cestas, y encontró pequeñas hogazas, antílope asado, arroz guisado con pescado, un frasco de vino de palma y cigarros de tabacos rojo en abundancia y envueltos en hojas de palma.

—¡Vamos; no son muy avaros! —dijo. Y, olvidando sus temores, metió resueltamente el diente a uno de los panecillos; pero de pronto se echó una mano a la boca, lanzando un grito:

—¡Canallas! ¡Han metido piedras dentro, y por poco me rompo un diente!

—¡Piedras! —exclamó Sandokan.

—¡Sí, ahí dentro hay una cosa dura! i

—¡Veamos!

Cogió el panecillo, lo partió en dos pedazos, y, con gran sorpresa, vio entre la miga una bolita de metal.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué es esto? Yáñez se apoderó del objeto, mirándolo con gran curiosidad.

—¡Aquí dentro hay algo! —dijo. -

—Eso supongo yo también —contestó Sandokan. f

—¿Lo habrá puesto Bedar? —preguntó Tremal-Naik.

—¡Veamos si podemos abrirla! —dijo Yáñez.

Probó a romperla por en medio, y vio que la cosa no era fácil. La abrió, y sacó una pelotilla de papel.

—¡Muy bien! —dijo.

Desenvuelto con grandes precauciones, temiendo estropearlo, vio algunos caracteres trazados con tinta azul.

—Esto está en indio —dijo—. Toma tú, Tremal-Naik; léelo, pues conoces la lengua mejor que nosotros.

—Aquí no hay más que cuatro palabras —respondió el bengalés.

—Léelas.

—«Esperad a esta noche.»

—¿Nada más? —preguntó Sandokan.

—Nada más.

—¿Ni firma?

—Ni firma, Sandokan.

—¿Quién puede habernos enviado ese papel?

—Una persona tan sólo: Bedar.

—¡Esperad a esta noche! —repitió Yáñez—. ¿Va a venir a aserrar las barras de hierro de las ventanas?

—Supongo que algo hará —respondió Sandokan—. ¡Hemos tenido una verdadera suerte en encontrarle! ¡Si nos ayuda, le recompensaremos como merece!

—¡Si es que no nos fusilan antes de la puesta del sol! —dijo Yáñez.

—Generalmente, las ejecuciones se verifican al amanecer —dijo Tremal-Naik.

—¿Y cómo es que han suspendido la nuestra?

—Yáñez, no creo que piensen fusilarnos, por lo menos sin escuchar nuestra defensa —dijo Sandokan.

—Son rebeldes, y no tomarán el trabajo de hacernos sufrir interrogatorios, querido Sandokan. ¿Qué es lo que quieres esperar de gentes que hasta hace muy pocos días han venido degollando ferozmente a cuantos ingleses han podido coger, sin perdonar ni a las mujeres ni a los niños? ¿Qué somos nosotros para ellos? Espías quizá, gentes a quienes se mata como a perros rabiosos, y a quienes ni los ejércitos de las naciones más civilizadas perdonan. ¡Bah! Ya que estamos vivos todavía, aprovechemos el tiempo y concluyamos mi reserva de cigarrillos.

Y el valiente portugués, sin preocuparse de nada más, encendió su vigésimo o trigésimo cigarrillo y saboreó el delicioso aroma del tabaco filipino. Nada de particular ocurrió durante el día. Nadie entró en la prisión; tan sólo vieron

reaparecer por el mismo sitio a los dos indios de los grandes turbantes, los cuales realizaron la misma inspección que por la mañana.

Estaba poniéndose el sol cuando el *subadhar* penetró de nuevo, seguido de su escolta y de otros dos indios que llevaban la cena.

—¿Han cambiado de idea, o se han persuadido al fin de que no somos espías al servicio de los ingleses? —le preguntó Sandokan apenas le vio entrar.

—Todo lo contrario —contestó el oficial.

—Entonces, ¿nos fusilarán mañana al amanecer? —preguntó Yáñez con voz perfectamente tranquila.

—No lo sé; sin embargo...

—¡Continúa! ¡Nosotros no somos hombres que nos impresionamos con facilidad!

El *subadhar* miró a los prisioneros lleno de asombro. Aquella tranquilidad en hombres que iban a morir, le descompuso.

—¿Creen ustedes que yo no haya pretendido otra cosa que asustarlos? —preguntó.

—¡Nada de eso! —respondió Yáñez.

—¿Son ustedes de hierro, en ese caso?

—No somos mujerzuelas; nada más.

—Si fuese el general, se lo juro a ustedes, respetaría su vida —dijo el *subadhar*—. ¡Es un dolor matar a gentes tan valientes!

—Dígame usted —dijo Sandokan—: ¿nos fusilarán sin juzgarnos?

—Eso parece.

—¿Qué pruebas tiene el general para no creer que somos gentes honradas que hemos venido hasta aquí a pelear a vuestro lado?

—Creo que alguien le ha presentado pruebas.

—¿De que somos espías?

—Lo ignoro, señores. Descansen ustedes lo mejor que puedan, y coman, porque la cena es abundante y variada. Verán ustedes un pastel que les envía un cipayo que ustedes conocen.

—¿Bedar? —preguntó Tremal-Naik.

—Sí, señor; Bedar.

—Le dará usted las gracias de nuestra parte —dijo Yáñez—, y dígale que le haremos los honores.

El *subadhar* mandó hacer a su escolta un paso atrás al frente, y salió un poco contristado, lamentando que a esos hombres tan intrépidos se les asesinase sin juzgarles y hasta sin oírles.

—¡Bedar nos envía un pastel! —exclamó Yáñez cuando el *subadhar* hubo cerrado la puerta—. ¡Contendrá alguna cosa que pueda sernos útil!

Sandokan abrió con grandes precauciones la cesta, que era más alta que ancha, y sacó un soberbio pastel en forma de torre, con una magnífica corteza color amarillo dorado hermosísimo, rodeada de blancas ananás, las cuales componían el dorado.

—¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez aspirando con visible satisfacción el perfume que exhalaba—. ¡No creía que los indios fuesen pasteleros tan hábiles, y que aquí nos encontrásemos con semejante obra maestra! —Debe de haber sido comprado en la ciudad. —¡Ese Bedar es un hombre muy amable!

—O más listo todavía que amable —dijo Sandokan cogiendo un tenedor de estaño y disponiéndose a levantar la corteza superior que formaba como la terraza de aquella torre—. Es tan amplio que me parece imposible que no traiga algo escondido dentro.

Apartó con gran delicadeza las ananás y levantó la corteza. No pudo reprimir un grito de sorpresa y alegría.

—¡Me lo había figurado! —exclamó. La torre estaba vacía por completo; es decir, vacía, no, porque en el fondo Sandokan vio unos objetos que se apresuró a extraer.

Había un buen rollo de cuerda de seda, tan delgada como un bramante, pero de una resistencia más que suficiente para sostener a un hombre sin que hubiese temor de que se rompiera, cuatro limas pequeñas y tres cuchillos.

El último objeto que salió fue un pedazo de papel, en el cual había trazadas varias palabras.

—Lee —dijo, pasándoselo a Tremal-Naik.

—Sí; es de Bedar —exclamó el bengalés—. ¡Ah! ¡Es un hombre valiente y bueno!

—¿Qué dice? —preguntaron Yáñez y Sandokan.

—Que a medianoche nos deslicemos en el recinto detrás de la muralla, donde él nos esperará, y que tiene preparado un elefante para favorecer mejor la huida.

—¿Cómo se las habrá arreglado para encontrar un elefante? —exclamó Yáñez.

—Lo habrá alquilado en Delhi —contestó Tremal Naik—; cosa fácil cuando se tienen algunos centenares de rupias, suma modesta que puede poseer un cipayo.

—Y que le haremos fructificar bien si logra salvarnos —dijo Sandokan—. Por fortuna, el general no mandó que nos registrasen.

—¿Tienes todavía muchos diamantes? —preguntó Yáñez—. Porque ya sabes que yo aún tengo mi reserva.

—¡Deja en paz tu reserva! —contestó Sandokan—. Pueden darme cuarenta mil rupias a ojos cerrados por la mitad de lo que llevo en mi bolsillo. ¡Basta de cháchara! Ya se ha puesto el sol, y lo que tenemos que hacer durará mucho tiempo.

—Las limas indias valen tanto como las inglesas —dijo Yáñez—, y las barras, aun cuando son gruesas, pueden haber caído antes de un par de horas.

Se acercaron a la ventana y miraron con gran cuidado hacia las ruinas y escombros amontonados, por si había escondido algún centinela.

—¡Nada! —dijo Sandokan—. ¡No sospechan de nosotros!

—Primero hagamos desaparecer la cena, y en seguida nos pondremos al trabajo —dijo Yáñez—. Sobre todo, debemos honrar el pastel de ese querido Bedar. ¡A la mesa, amigos, y después daremos cuenta de esas barras de hierro!

XXXI

PERSIGUIENDO A LOS TIGRES DE MOMPRACEM

Un cuarto de hora después, y seguros de que no los vigilaban por el lado de la vieja muralla del recinto, los malayos empezaron a limar con verdadera furia las barras de una de las ventanas.

Para impedir que se oyera fuera el chirrido estridente del hierro, Sandokan, Yáñez y Tremal-Naik hablaban y canturreaban en voz alta; precaución seguramente superflua, por que en la torre no habitaba nadie.

Es verdad que en la entrada del edificio había centinelas; pero no era posible que pudiese llegar hasta allí el ligerísimo rumor producido por aquellos instrumentos tan pequeños.

Bedar no debía de andar muy lejos. Ya se había oído por tres veces un agudo silbido, que parecía partir del tamarindo.

Probablemente, el valiente cipayo había vuelto a esconderse, como lo hizo por la mañana, entre el espeso follaje del árbol, con objeto de vigilar e impedir que se acercase alguien.

A las once ya habían sido arrancadas dos barras, y no faltaba por limar más que una para que hubiese espacio suficiente.

Sandokan, Yáñez y el bengalés sustituyeron a los cansados malayos, apresurando la operación. Todavía faltaba un cuarto de hora para la medianoche, y ya la última barra quedó fuera de su sitio, arrancada de un poderoso tirón que le diera Sandokan.

—¡Ya está el camino libre! —dijo el *Tigre de la Malasia,* respirando a pleno pulmón el aire fresco de la noche—. ¡Ya no falta más que atar la cuerda y echarla al otro lado!

—Y armarnos con estas barras, que pueden sernos muy útiles en el caso de que nos acometan —añadió Yáñez—, con un golpe se puede matar a un hombre.

—No pensaba dejarlas aquí —respondió Sandokan.

Cogió el rollo de cuerda, lo desenvolvió, echó fuera un cabo, aseguró el otro a la cuarta barra, y después de haberse asegurado de su solidez, dijo:

—¡Recabo el honor de bajar el primero!

Se metió en la faja uno de los tres cuchillos, pasó a través de la ventana y cogió la cuerdecilla, mientras decía a sus compañeros:

—Vosotros, proteged la retirada, por si acaso.

—¡Nadie entrará hasta que hayáis descendido todos! —contestó Yáñez, apoderándose de una de las traviesas y colocándose detrás de la puerta.

—Yo te haré compañía —añadió Tremal-Naik.

—¡Por Júpiter!

—¿Qué te sucede?

—¡Me parece que alguien sube la escalera!

—¡Apoyaos en la puerta e impedidle la entrada!

—¡Es demasiado tarde!

Un rayo de luz se deslizaba por la ranura inferior, y la voz del *subadhar* se dejó oír.

—¡Preparémonos a caer sobre él y matarlo! —dijo Sandokan, cogiendo también una barra de hierro—. ¡Malayos, conmigo!

Los cuatro marineros se habían lanzado hacia su capitán como si un mismo resorte los hubiese movido, dispuestos a empeñar una lucha tremenda.

—¡Sandokan! —dijo Yáñez, que jamás perdía su presencia de ánimo—. ¡Déjame hacer a mí! Acostaos todos y fingid que dormís. ¡Yo me encargo de enviar con mil de a caballo a ese pelma! Una lucha lo estropearía todo.

—¡Bueno, sea! —contestó Sandokan—. Pero estemos dispuestos a empeñarla si tuviera alguna sospecha el *subadhar.*

Apenas tuvieron tiempo de acostarse a lo largo de una de las paredes, escondiendo las barras y los cuchillos debajo de ellos mismos, cuando apareció el *subadhar* con una linterna encendida en una mano y acompañado de varios soldados que llevaban la bayoneta calada. Yáñez se incorporó vivamente fingiendo malhumor, y dijo:

—Pero, ¿es que no se puede dormir ni siquiera la última noche que le queda a uno de vida? ¿Es decir, que éste es un país maldito? ¿Qué es lo que quiere todavía, *subadhar?* ¿Repetirnos que mañana por la mañana nos fusilan? ¡La noticia es hasta vieja, inclusive, y molesta! El indio escuchó aquel torrente de palabras con el asombro que es de suponer.

—Perdóneme usted —dijo por fin—; yo no les había dicho eso con seguridad; era una suposición mía.

—¿Y qué quiere usted decir con eso? —preguntó Yáñez, arrugando el entrecejo.

—Que el general me ha encargado que viniera a confirmárselo a ustedes y a preguntarles si deseaban alguna cosa.

—¡Dígale usted a ese cargante que tenemos necesidad de dormir! ¿Oye usted? Mis compañeros, que no se han despertado aún con esta visita, roncan.

—Adviértales usted...

—Sí, que mañana nos fusilan, ¡y váyase usted con mil diablos!

Dicho esto, Yáñez se tendió bostezando y estirándose. El *subadhar* se quedó perplejo durante unos instantes y al ver que ninguno de aquellos hombres se cuidaba de él, les dio las buenas noches y se marchó, cerrando despacio la puerta.

—¡Que te coja el cólera! —dijo Yáñez volviendo a levantarse—. ¡Cree que nos va a fusilar ese bribón!

—Tu prudencia y tu sangre fría valen mil veces más que toda mi impetuosidad —le dijo Sandokan—. Yo le hubiese acometido con la barra y quizá os hubiera perdido en lugar de salvaros.

—¡Soy tu regulador! —contestó riendo el portugués—. ¡Apresurémonos, amigos, o si no, Bedar va a impacientarse!

Sandokan se subió a la ventana, se cogió a la cuerda, y se dejó escurrir hasta tocar tierra sin producir ruido alguno. Empuñando la barra, miró en derredor y no vio a nadie. Con un ligero silbido advirtió a sus compañeros que no les amenazaba ningún peligro, y poco después descendía Yáñez seguido inmediatamente por Tremal-Naik.

A su vez los malayos bajaron uno tras otro.

—¿Dónde estará Bedar? —preguntó Sandokan.

Apenas había hecho esta pregunta, vio una sombra humana que aparecía en el recinto.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja Tremal-Naik.

—¡Yo, Bedar!

—¿Hay alguien?

—No; pero apresúrense ustedes: no tardarán en llegar los dos *thugs.*

Los fugitivos saltaron rápidamente el muro del recinto y siguieron al cipayo, que alargaba el paso cada vez más presuroso.

—¿A dónde nos llevas? —le preguntó Tremal-Naik.

—Al bosque, señores —contestó el cipayo—. Allí está el elefante.

—¿Cómo te has arreglado para proporcionarte también ese animal?

—Se lo he alquilado a uno de Delhi. Apenas hace tres horas que ha llegado.

—¿Y a dónde vas a conducirnos después?

—Daremos un gran rodeo para hacerles perder la pista, y después ya procurarán entrar ustedes en la ciudad, cosa que les será fácil. Hasta ahora, como el sitio no es riguroso, la vigilancia tampoco lo es.

—Hace un momento has hablado de los *thugs.* ¡Explícate!

—Los *thugs* son esos indios que tenían la cara tapada. Han reconocido a ustedes, y han exigido al general que los fusilase, amenazando, en caso contrario, con que abandonarían la causa de los insurrectos todos los sectarios de Kali.

—¡Claro! ¿Abu-Assam accedió?

—Todavía son poderosos los *thugs,* y en Delhi hay un buen número de ellos. ¡Apresúrense, señores; pudieran seguirnos!

—¿Quién? —preguntó Sandokan.

—Los dos hombres. Sé que os vigilan de un modo riguroso y cada dos o tres horas venían a examinar la torre.

—¡Pues galopemos! —dijo Yáñez—. ¡Ahora que ya estoy libre, no me gustaría volver a caer en las manos de ese viejo bribón, por más general que sea!

Llegaron al bosque. Bedar se orientó rápidamente, y en seguida se metió bajo los borás y las palmeras, siguiendo un sendero apenas perceptible entre las altas hierbas que crecían en derredor de los troncos de los árboles. Se había puesto muy nervioso, y con frecuencia volvía la cabeza hacia atrás, como si temiera que los siguiesen los dos *thugs.*

Así caminaron por espacio de un cuarto de hora, hasta llegar a un pequeño espacio, medio del cual se movía una masa enorme.

—¡Aquí está el elefante! —dijo Bedar.

Un hombre que se encontraba delante del proboscidio le salió al encuentro, diciéndole:

—Hace poco dos hombres han venido a preguntarme a quién esperaba.

—¿Y qué has contestado? —le preguntó el cipayo con ímpetu.

—Que esperaba a un señor de Delhi que había venido a ver a Abu-Assam.

—¡Bien dicho; tendrás otra rupia más de propina! —dijo Bedar—. ¿Y después

se alejaron?

—Sí, patrón.

—¿Tenían unos turbantes muy grandes?

Y cubierta la cara.

—¡Esos malditos *thugs*! —dijo Bedar volviéndose hacia los fugitivos—. Señores, aprisa, súbanse al *houdah.*

—¿Nos acompañas tú? —preguntó Tremal-Naik.

—Sí, para facilitar a ustedes la entrada en la ciudad contestó el valiente cipayo—. Yo me siento detrás del *cornac.*

Tremal-Naik y los tigres de Mompracem se metieron a toda prisa en la caja, que era ancha y cómoda, y con verdadero placer vieron una docena de carabinas apoyadas contra los bordes.

—¡Por lo menos, podremos defendernos! —dijo Sandokan cogiendo una y montándola.

—Y bajo nuestros pies hay municiones —dijo Yáñez, que se había inclinado—. ¡Bravo! ¡Bedar ha pensado en todo!

En aquel momento decía el *cornac*:

—¡Adelante, *Djuba*! Y trota bien si quieres doble ración de azúcar.

El elefante, que, por lo visto, se llamaba *Djuba,* movió la trompa de derecha a izquierda, aspiró ruidosamente el aire, y partió con gran velocidad, haciendo retemblar el suelo bajo su enorme masa.

Pero apenas recorrió veinte pasos, cuando de entre unas matas salieron dos fogonazos, seguidos de otras tantas detonaciones, y de los gritos:

—¡Para! ¡Para!

—A Sandokan le pasó silbando una bala por cerca de la cabeza.

—¡Ah, canallas! —exclamó el pirata, exasperado—. ¡Fuego, amigos!

A la orden siguió una descarga; pero no se oyó grito alguno, sospechando que también los fugitivos llevaban fusiles, debían de haberse dejado caer en tierra para evitar los tiros.

—No te detengas, *cornac*! —gritó Bedar.

—¡No, patrón! —contestó el conductor dando un fuerte arponazo en el testuz del elefante.

En las tinieblas se escuchó una voz aguda:

—¡Bedar ha sido quien les ha proporcionado los medios de huir! ¡Pronto te echaremos mano!

El elefante galopaba. Con su ancho pecho derribaba incluso pequeños árboles, pasando como un huracán a través de la espesura.

¡Ni un caballo nos alcanzaría! —dijo Yáñez, que se agarraba fuertemente al borde de la caja para no salir despedido—. ¡Si no afloja el elefante, dentro de una hora estaremos muy lejos!

—¿Organizarán los *thugs* la persecución? —preguntó Tremal-Naik dirigiéndose a Bedar.

—Es probable —respondió el cipayo—. Pero a estas horas les llevamos una

ventaja notable; además, el elefante es un corredor muy resistente.

—¿Hay elefantes en el campamento?

—Sí, varios.

—Entonces, con elefantes procurarán darnos caza —dijo Sandokan.

—Naturalmente, porque con caballos no podrían alcanzarnos —contestó el cipayo—. Por esa razón ha sido por la que he adquirido un centenar de balas con punta de cobre.

—¿Para derribar a los elefantes? —preguntó Sandokan.

—Sí, *sahib*.

—¡Nos serviremos de ellas, si es preciso!

Comenzó a aclarar el bosque, facilitando la carrera del proboscidio. El animal debía de poseer una resistencia extraordinaria, porque no había aminorado la velocidad, a pesar de llevar corriendo más de una hora. Ya, por último, dando un gran avance, desembocó en una vasta llanura, interrumpida únicamente por grandes haces de bambúes de diez o quince metros de elevación.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sandokan a Bedar.

—Al norte de Delhi —contestó el cipayo—. Hemos rebasado el campamento establecido en derredor de la ciudad para garantizarla contra una sorpresa.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

—Nos meteremos por entre los junglares que bordean el Giumna. Allí esperaremos a que nuestros perseguidores se cansen de buscarnos.

—Hubiera preferido haber entrado en seguida en la ciudad— dijo Sandokan a Tremal-Naik—. Me interesa volver a ver a Sirdar.

—La prudencia aconseja que retardemos la entrada —contestó el bengalí—. Al no encontrarnos los *thugs,* harán minuciosas requisas en Delhi, y si nos cogen otra vez, no sé yo quién podría salvarnos.

—¡Es verdad! —exclamó Yáñez—. ¡No siempre se encuentra un Bedar!

—Pero no por eso dejaremos de entrar —repuso Sandokan.

—Ni yo pienso en otra cosa —dijo el portugués—. Y si ha llegado ese perro de Suyodhana, le haremos pasar un mal cuarto de hora.

—Algo más que eso, Yáñez —añadió Sandokan—. ¡El *Tigre de la Malasia* no piensa en dar cuartel al de la India!

—¡El Giumna! —exclamó en aquel instante Bedar. Cortaba la llanura un río bastante ancho, y el elefante se detuvo tan de repente, que por poco salen disparados del *houdah* los fugitivos.

—¿Lo atravesaremos? —preguntó Yáñez.

—Sí, *sahib* —respondió el cipayo—. El junglar comienza en la otra orilla.

—¡Entonces, adelante, si es que hay por ahí algún vado!

—¡El elefante lo encontrará!

Djuba alargó la trompa y separó las ramas de los árboles; metió el apéndice en el río, y estuvo así durante unos segundos, como buscando algo en el fondo del agua. Quería asegurarse de si estaba compuesto de fango blando o de arena.

Satisfecho del examen, entró resueltamente en el agua, bufando y soplando.

—¡Qué valientes y qué prudentes al mismo tiempo son estos animales! —dijo Yáñez—. ¡No me cansaré de alabarlos!

El cauce iba haciéndose profundo, y la corriente, impetuosa; pero nada podía conmover aquella masa enorme, sólida como un escollo.

Seguía avanzando y deshaciendo con su ancho pecho los remolinos, obediente como un perrillo a las indicaciones de su conductor.

Estaba ya alcanzando la orilla opuesta, cuando los fugitivos oyeron detrás de sí barritos y gritos, y en seguida resonar de tiros de fusil que rompieron el silencio de la noche. Sandokan y Tremal-Naik lanzaron una exclamación.

—¡Nos vienen a los alcances!

—¡Por Júpiter! —dijo Yáñez—. ¡Esos deben de ser diablos, cuando han podido alcanzarnos tan pronto! ¡Sin embargo, nuestro valiente elefante ha recorrido como un parao con el viento en popa!

—¿Cómo es que ya están aquí? —se preguntó Sandokan—. Y no cabe duda que son nuestros perseguidores, porque acaban de saludarnos con tiros.

—Sí; son ellos, *sahib* —respondió Bedar—. Montan tres elefantes, seguramente los mejores de cuantos hay en el campamento.

—Y en seguida han encontrado nuestro rastro —dijo Tremal-Naik.

—No era difícil de encontrar —respondió Bedar—. El sendero que abre un elefante en el bosque no se cierra tan pronto.

—¿Estamos ya, *cornac?*

—Sí.

Djuba atravesó felizmente el río y subía la orilla, que se hallaba obstruida por espesísimos grupos de bambúes, los cuales alternaban con *taras* y tamarindos.

Los tres elefantes que montaban los rebeldes se detuvieron en la orilla opuesta, como si buscasen otro vado más fácil.

—¡Tomemos posiciones! —exclamó Sandokan—. ¡Les daremos la batalla en el río! Bedar, detén el elefante y manda que lo escondan en cualquier espesura a donde no le alcancen las balas.

El cipayo dio algunas órdenes al *cornac,* en tanto que Tremal-Naik y los Tigres de Mompracem se apoderaban de las carabinas y de los saquitos con las municiones. El elefante se escondió en una espesísima mata de bambúes; en seguida se detuvo y el *cornac* puso la escala.

—¡Abajo, aprisa! —dijo Sandokan—. ¡Es preciso impedirles que atraviesen el río, o, de lo contrario, se nos vienen encima lo menos treinta hombres!

Descendieron velozmente, recomendaron al *cornac* que no se alejase, volviendo hacia el río y se emboscaron entre las altas hierbas.

El cipayo se les había unido; así, pues, eran bastantes para disputar con encarnizamiento el paso del río.

—¿Serán muchos? —preguntó Yáñez a Bedar.

—Cada elefante traerá diez o doce —contestó éste.

—¿Vendrá también caballería? —preguntó Sandokan.

—Quizá venga; pero llegará ya tarde.

—Pero ¿qué es lo que hacen que no se deciden a que entren en el agua los

elefantes?

—Esperarán a que amanezca —contestó Bedar—. Ya saben que estamos aquí, y tienen la seguridad de alcanzarnos.

—¡Así tiraremos mejor! —dijo Sandokan—. Saca las balas revestidas de cobre. Por primera providencia, pondremos a los elefantes fuera de combate.

Se tumbaron entre las hierbas de la primera fila de árboles, para resguardarse mejor de los tiros de los adversarios, y esperaron el ataque, seguros de que no habían de desalojarlos con facilidad. Yáñez había encendido un cigarrillo, y fumaba plácidamente mirando hacia la orilla opuesta. Los indios, que, por lo visto, se habían hecho cargo de que los fugitivos se habían detenido, no parecía que tuviesen mucha prisa en atacarlos.

A las cuatro las estrellas empezaron a palidecer y a difundir una ligera luz.

—Bedar —dijo Sandokan, volviéndose hacia el cipayo—, eran tres los elefantes, ¿verdad?

—Sí, *sahib.*

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Seguro: eran tres.

—Entonces, ¿a dónde se ha ido uno de ellos, que no veo más que dos?

—Efectivamente, ahora no se ven más que dos —dijo Yáñez—. Lo habrán enviado en busca de refuerzos.

O lo tendrán de reserva escondido entre los árboles —dijo Tremal-Naik.

—Eso me inquieta —respondió Sandokan—. Hubiera preferido ver también enfrente a ese elefante.

—¡Atención! —dijo el cipayo—. ¡Avanzan para forzar el paso!

Los dos elefantes, que eran dos monstruos animales, descendían hacia la orilla, excitados por los gritos de sus *cornacs.* En los *houdahs* iban diez hombres, y detrás, acurrucados, otros cuatro. Eran, por tanto, treinta hombres; y detrás, acurrucados, otros cuatro; fuerza muy respetable, pero no temible para los Tigres de Mompracem, acostumbrados a medirse siempre con enemigos más numerosos que ellos.

Ambos proboscidios, después de una ligera vacilación, se metieron en el agua, tanteando con gran prudencia el fondo, mientras que los indios cogían las carabinas.

—¡Dispara tú el primer tiro, Sandokan! —dijo Yáñez. El *Tigre de la Malasia* apoyó la carabina en una raíz y apuntó un momento al primer elefante.

En seguida resonó una detonación, y casi inmediatamente un barrito formidable.

El elefante había dado un salto de improviso, levantando la trompa vivamente. La bala debía de haberle tocado en algún punto sensible.

Al oír aquel disparo los indios que le montaban, contestaron con un fuego nutrido.

—¡Hagámoslo vivo también nosotros! —dijo Yáñez—. ¡Fuego, tigres de Mompracem!

Los piratas se levantaron en silencio, se colocaron detrás de los árboles que los resguardaban y descargaron sus carabinas sobre el *houdah.* Más que el

elefante, les interesaba poner a los hombres fuera de combate.

Tres indios cayeron en el interior de la caja, muertos o heridos; pero los otros no cesaban de hacer fuego, y el *cornac* continuaba aguijoneando al elefante, que comenzaba a titubear.

Sandokan había vuelto a cargar la carabina: apuntó al segundo, que había quedado al descubierto, y le hizo dar un barrito terrible.

—¡También he tocado a ése! —dijo—. ¡Continuemos hasta que caigan!

Los indios, no obstante el fuego formidable de los Tigres de Mompracem, resistían tenazmente, disparando entre los árboles, aunque sin lograr nada, porque los fugitivos se cuidaban mucho de no descubrirse. Descargaban las carabinas y se dejaban caer entre las altas hierbas, haciéndose invisibles, hasta que, vueltas a cargar las utilizaban con toda precisión y seguridad.

Aun cuando perdía mucha sangre, el primer elefante logró llegar a la mitad del río, cuando de pronto una bala de Yáñez le hirió en el cuello, penetrándole, por lo visto, muy adentro, porque el pobre coloso, ya debilitado, comenzó a retroceder, lanzando ensordecedores lamentos.

—¡Buen tiro, Yáñez! —exclamó Sandokan—. ¡Le has puesto fuera de combate, y caerá muy pronto!

—Dale el golpe de gracia! —dijo el portugués.

—¡Estoy apuntándole!

Sandokan se descubrió un momento e hizo fuego a unos ochenta metros de distancia.

El proboscidio lanzó un barrito más grande que los otros, se enderezó sobre las patas traseras, y en seguida se desplomó sobre un costado, levantando una verdadera ola llena de espuma y atrojando al agua a los hombres que conducía.

—¡Ese ha concluido! —gritó Yáñez con voz alegre—. ¡Vamos con el otro, Sandokan!

En tanto que los indios se ponían a salvo, a nado, abandonando las carabinas, el elefante, haciendo un esfuerzo desesperado para no ahogarse, medio se levantó; pero en seguida volvió a caer y desapareció para siempre. El otro, al ver a su compañero, retrocedió barritando y sacudiendo la enorme cabeza, a causa de los aguijonazos que el *cornac* le daba.

—¡Fuego, Yáñez! —gritó Sandokan—. ¡Tumbémosle pronto!

Los dos piratas descargaron simultáneamente las carabinas, apuntando a los omóplatos del coloso, cerca de las coyunturas.

Fue un golpe de maestro. El proboscidio volvió grupas, huyendo hacia la orilla, saludando por otra descarga; pero cuando intentó subirla le faltaron las fuerzas y se desplomó pesadamente, proyectando a larga distancia a los indios que iban en el *houdah.* Un grito de victoria se elevó en la orilla opuesta. Los Tigres de Mompracem saltaron al descubierto, y fusilaban a los insurrectos que pretendían llegar nadando a tierra para reunirse con sus compañeros.

—¡Basta! —dijo Yáñez—. ¡Ya tienen bastante, y no creo que vuelva a inquietarnos!

Iban a lanzarse a la carrera en dirección del bosque, cuando oyeron gritar:

—!Socorro; ¡Socorro!

—¡Nuestro *cornac*!

XXXII

HACIA DELHI

Sandokan, Yáñez y sus compañeros se habían detenido al oír aquellos gritos; volvieron a cargar precipitadamente las carabinas, y se lanzaron por detrás de los árboles. Apenas se habían resguardado, cuando vieron llegar corriendo como un desesperado al *cornac.* El pobre hombre parecía poseído de un terror muy grande, pues de cuando en cuando miraba hacia atrás, como si temiera verse alcanzado por alguien.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Quién te amenaza? —preguntó Bedar dirigiéndose hacia él.

—¡Allá! ¡Allá! —contestó el *cornac* con voz ahogada.

—¡Bueno! ¡Explícate!

—¡Un elefante montado por varios hombres!

—¡Ese debe ser el que faltaba! —dijo Sandokan, que se había reunido con ellos—. Habrá ido a atravesar el río lejos de aquí para cogernos por la espalda.

—¿Y dónde se han detenido? Cerca del mío.

—¿Te han visto huir los hombres que lo montan?

—Sí, *sahib;* y me han gritado que me detuviese, amenazando con hacer fuego sobre mí. ¡Se llevarán a *Djuba,* señor, y yo quedaré arruinado!

—Llevo en el bolsillo con qué pagarle varios elefantes —respondió Sandokan—. Además, que nosotros impediremos a esos bribones que te lo roben. ¡Amigos míos, seguidme y marchemos siempre escondidos entre la maleza! ¡Vamos a ver si podemos sorprenderlos!

—Y si podemos poner fuera de combate su elefante; de ese modo no podrán seguirnos —añadió Yáñez.

—¡Adelante! —ordenó el *Tigre de la Malasia.*

Se metieron por entre la espesura, y llegaron hasta los grandes grupos de árboles y de bambúes sin que se dejasen ver los indios del tercer elefante.

—¿Dónde se habrán detenido? —se preguntó Sandokan un poco receloso.

—¿No tenderán algún lazo? —preguntó Yáñez.

—¡Conductor! —dijo Tremal-Naik—. ¿Estamos cerca del sitio donde has dejado a *Djuba?*

—Sí, señor.

—Déjenme ustedes que me asome yo un poco para ver —dijo Bedar—. Espérenme ustedes aquí.

—¡Si los ves, retrocede en seguida! —le dijo Sandokan.

El cipayo miró si tenía cargada la carabina, y en seguida se tiró al suelo y se alejó así por entre la maleza como si fuera una serpiente.

—¡Dispuestos para hacer fuego! —dijo Sandokan a sus hombres—. Presiento que esos bribones están más cerca de nosotros de lo que suponíamos.

No había transcurrido medio minuto cuando a muy corta distancia resonó un

tiro de fusil.

En seguida se escuchó un grito de angustia.

—¡Canallas! —gritó Sandokan saltando afuera—. ¡Han herido a Bedar! ¡Adelante, Tigres de Mompracem! ¡Venguémosle!

En aquel momento resonaron las armas de los arbustos, crujieron como si alguien procurara abrirse paso, y apareció el cipayo con los ojos dilatados y muy pálido. Dejó la carabina, y se oprimió el pecho con ambas manos.

—¡Bedar! —exclamó Sandokan corriendo a su encuentro.

El indio se echó en sus brazos, diciendo en voz apagada:

—¡Estoy..., muerto...! ¡Allá..., emboscados..., sobre el elefante...; sobre...!

Una bocanada de sangre le cortó la palabra. Volvió los ojos hacia Tremal-Naik, como para saludarle por última vez, se escurrió de los brazos de Sandokan y cayó sobre la hierba.

—¡A matar a esos bribones! —bramó el *Tigre de la Malasia*—. ¡A la carga!

Los seis piratas, Tremal-Naik y el *cornac* se lanzaron como un huracán a través de las matas sin tomar precaución alguna, y en seguida hicieron una descarga. Se habían encontrado de repente ante el tercer elefante, que estaba inmóvil bajo un tamarindo colosal, y cuya sombra le hacía casi invisible. Sandokan y Yáñez hicieron fuego sobre el proboscidio; a su vez los otros dirigieron la puntería sobre la caja, en donde iban ocho hombres, entre los cuales se encontraban los dos *thugs* de los turbantes grandes.

Sorprendidos a su vez, y con tres hombres fuera de combate, los insurrectos perdieron la serenidad; tanto más, cuanto que el elefante, gravemente herido, comenzaba a enfurecerse y amenazaba lanzarlos a todos fuera del *houdah.*

Dispararon a bulto las armas, y en seguida saltaron a tierra, con peligro de partirse el cuello, y escaparon como liebres a través de la maleza.

Sandokan había vuelto a cargar a escape la carabina.

—¡No, bribones! —gritó—. ¡No se huye!

Uno de los *thugs* se quedó dentro de la caja, muerto de un balazo; pero el otro se había lanzado detrás de los insurrectos, aullando para que se detuvieran e hiciesen frente al inminente peligro.

Sandokan le tomó por blanco, y antes de que hubiera tenido tiempo de internarse entre los bambúes le partió la espina dorsal y le hizo caer muerto. Mientras tanto sus hombres, al ver que iba a cargar sobre ellos el elefante, que estaba muy irritado por las heridas recibidas, le acogieron con un fuego nutrido, acribillándole a balazos, único modo de hacerle caer.

—¡Me parece que ha terminado la batalla! —dijo Yáñez—. ¡Qué lástima que no esté vivo ese valiente Bedar!

—Enterrémosle, y marchémonos sin más tardanza — dijo Sandokan—, ¡Pobre hombre! ¡Nuestra libertad le ha costado la vida!

Volvieron un poco tristes adonde yacía el cipayo, y sirviéndose de los cuchillos hicieron una fosa, en la cual le depositaron.

—¡Descansa en paz! —dijo Tremal-Naik, que era el que estaba más conmovido—. ¡No te olvidaremos nunca!

—¡Marchemos ya sin más vacilaciones! —dijo Sandokan—. No todos los indios han muerto, y pudieran volver con más gente. *Cornac,* ¿crees que podremos

entrar ahora en Delhi?

—Sí, porque allí me conocen, y, además, me han visto salir con el elefante. Verán ustedes cómo los centinelas nos dejan entrar en cuanto les diga que Abu-Assam me dio orden de conducir a ustedes.

—¿Podremos llegar antes de la noche?

—Sí, *sahib.*

—¡Entonces, en marcha!

Fueron en busca del elefante, que estaba muy ocupado en saquear unos árboles cargados de fruta; montaron en el *houdah,* y se pusieron en camino. *Djuba* galopaba nuevamente, apretando cada vez más la carrera.

Al medio día ya habían atravesado el bosque. Se detuvieron cerca de un estanque para comer, y a eso de las dos de la tarde reanudaron la caminata bordeando enormes plantaciones de índigo y de algodón, devastadas en su mayor parte.

En aquellos lugares debían de haber tenido efecto encuentros entre las avanzadas inglesas y las de los insurgentes, a juzgar por el número de marabúes que revoloteaban por encima de los surcos en los cuales con seguridad había no pocos cadáveres. Al ponerse el sol dieron vista a las murallas de Delhi.

—¡Silencio! —dijo el *cornac*—. Si nos detienen, déjenme hablar a mí solo. No creo que pongan ninguna dificultad para nuestra entrada.

A las nueve de la noche entraban, en efecto, por la puerta de Turcoman, la única que se había dejado abierta, sin que los centinelas hiciesen la menor observación. Delhi es la ciudad más venerada por los musulmanes indostánicos, porque en su recinto se halla la Santa Jaumah Margid, la más grande mezquita y la más rica que subsiste en la India. Es una de las más populosas y más bellas ciudades indias, pues cuenta cerca de doscientos mil habitantes, ciento ochenta y ocho templos, trescientas iglesias anglicanas y gran número de grandiosos palacios de admirable arquitectura. Sobre todos descuella el antiguo palacio de los emperadores del Gran Mogol, en el cual se admira el espléndido Nosbat-Khana, esto es, el pabellón imperial, en cuyo extremo norte ábrese el De-van-Au, que así se llama la sala de las audiencias solemnes. Sus muros están decorados con mosaicos de gran valor sostenidos por elegantes columnas, y el baldaquino es de mármol.

En aquel pabellón es donde se encuentra la famosa sala del trono, *Divani-Khas,* formada por un kiosco de mármol blanco, muy sencillo por fuera, pero riquísimo por dentro, cuyos arabescos estupendos están trazados con piedras preciosas incrustadas en los mármoles. Las guirnaldas de la ornamentación son de lapislázuli, ónice, sardónice y otras piedras no menos ricas. El lujo de los baños, el de la mezquita de Muti-Masghid, o templo de las perlas, los jardines imperiales, han sido cantados por los poetas mogoles en sonoros versos. No exageraron los constructores de tantas maravillas al grabar sobre la puerta principal del palacio la inscripción que dice: ¡*Si hay algún paraíso en la tierra, está aquí*!

Cuando los fugitivos entraron en la ciudad, reinaba en los bastiones una animación extraordinaria. Gran número de soldados se ocupaban en levantar trincheras y terraplenes y en poner en batería, alumbrándose con antorchas, cañones de todos los calibres. Ya se había esparcido la noticia de que los ingleses había recibido el parque de sitio, y los rebeldes se preparaban valientemente para la defensa. Tremal-Naik y sus compañeros ordenaron al *cornac* que los llevase hasta el fuerte Cascemir, en donde encontraron hospitalidad en el *bungalow* de un notable que vivía en aquellas cercanías. Ningún vecino rehusaba acoger a los

rebeldes, que eran señores absolutos de la ciudad. Estaban tan cansados, que tan pronto como concluyeron de cenar se retiraron a su habitación a dormir.

—Mañana nos dedicaremos a buscar a Sirdar —dijo Sandokan dejándose caer en la cama—. Quizá no venga a rondar por estos alrededores sino por la noche.

Cuando despertaron amanecía, y los cañones resonaban en todos los fuertes de Delhi.

Durante la noche habían abierto los ingleses gran número de trincheras, en las cuales colocaron las piezas de sitio, y bombardearon con empuje las murallas.

Delhi era respetable como fortaleza. Los emperadores mogoles habían gastado sumas fabulosas para hacerla inexpugnable.

Tenía una muralla almenada de doce kilómetros de extensión, construida con enormes bloques y defendida por muchas fortalezas y macizas torres.

Además, había otro muro de ocho metros de alto que iba desde el bastión o fuerte Willesley hasta el de Gar de Selimo, y se apoyaba en el río Giumna, cuyas aguas bañan la ciudad.

Todos los muros del recinto estaban a su vez defendidos por fosos de cinco metros de hondo por dieciséis de ancho, y por sólidos bastiones; pero, a pesar de su solidez, no podrían resistir mucho tiempo a los proyectiles de las grandes piezas de sitio del enemigo.

Cuando Sandokan y su escolta bajaron a la calle, comenzaban a caer sobre la ciudad las primeras bombas, provocando en varios sitios incendios, que los defensores apagaban en seguida, pero causando, sin embargo, graves perjuicios y daños en los ricos comercios de Sciandini-Sciawa, la más bella y más espléndida calle de Delhi, llamada también «calle de los orífices», por estar habitada casi exclusivamente por mercaderes de joyas.

En todas las calles reinaba gran agitación. Insurrectos y ciudadanos corrían hacia las murallas, los bastiones, los fuertes y las torres, en la creencia de que el asalto era inminente.

Las descargas de fusilería resonaban sin cesar, compitiendo con la artillería inglesa en lo de producir un ruido ensordecedor.

—¡He aquí un espectáculo que no esperaba —dijo Sandokan—, aun cuando para nosotros no es nuevo!

Se habían dirigido hacia el bastión de Cascemir, desde cuyos reductos los indios hacían fuego con dos cañones, ayudados por un grupo de soldados de un regimiento de cazadores. El estruendo de los continuos disparos era algo horrísono.

En vano buscaron a Sirdar. No apareció.

—Esperemos a la noche —dijo Tremal-Naik.

—¿Y si no hubiese podido entrar Suyodhana? —preguntó Yáñez—. Si no llegó ayer, ya no creo que le sea posible penetrar en Delhi, ahora que está cercada de un modo tan riguroso.

—¡No me quitéis esa esperanza! —dijo Tremal-Naik—. ¡Entonces todo habría concluido, y perdería a Darma para siempre!

—La encontraremos lo mismo —dijo Sandokan—. ¡Ya está listo! ¡Nosotros no saldremos de la India hasta que hayamos recobrado la pequeñita y matando a ese bribón! Sirdar está con él, y se arreglará de modo que tengamos noticias suyas. Volvámonos a casa y esperemos. El corazón me dice que está aquí Suyodhana;

veréis cómo no me equivoco.

—¿No tomamos parte en la defensa? —preguntó Yáñez—. ¡Ya comienzo a aburrirme!

—¡Ahora que los ingleses no son nuestros enemigos, permanezcamos neutrales!

Los cañones y los fusiles continuaron durante el día resonando con un *crescendo* espantoso.

Animados los rebeldes con la presencia de Mahomed Bahadar, el nuevo emperador, descendiente legítimo del Gran Mogol, se batían de un modo admirable, con un valor extraordinario, ayudados por los habitantes, que prometieron enterrarse bajo las ruinas de la ciudad antes que rendirse.

Por la noche, así que cesó el fuego, Sandokan mandó tirar desde lo alto del bastión de Cascemir, según había prometido al señor De Lussac, un gran turbante blanco conteniendo una carta, en la cual le decían que habían encontrado hospitalidad en casa de un notable, y dándole las señas; hecho esto, se sentaron todos en la escarpada interior de la fortaleza, con la esperanza de ver llegar al brahmán.

Pero también esta vez sufrieron una desilusión. Sirdar no dio señales de vida.

—Puede ser que mañana seamos más afortunados —dijo Tremal-Naik—. ¡Es imposible que ese muchacho se haya arrepentido de sus propósitos! Quizá alguna causa imprevista le haya impedido venir. Además, no debemos olvidar que Suyodhana tal vez le vigile.

Tampoco fueron más afortunados en la noche siguiente. ¿Qué le habría sucedido a aquel joven tan valiente y decidido? ¿Le habrían sorprendido escribiendo alguna carta comprometedora, y los sectarios le habrían matado, o, en efecto, Suyodhana no habría llegado a tiempo para refugiarse en Delhi?

Mientras tanto, proseguía el asedio más estrechamente que nunca, y con enormes pérdidas por ambas partes.

El día del asalto general se acercaba.

Ya el 11 de septiembre cayó el fuerte de los Moros, vigorosamente atacado por el contingente de tropas del Sumno. Cascemir, batido en brecha y a doscientos pasos de distancia por una batería de morteros, quedó reducido a un montón de ruinas; el día 12 los ingleses comenzaron a bombardear el fuerte de Cascemir con ocho grandes cañones de 18 y doce morteros pequeños colocados ante el foso; los insurgentes se defendían brillantemente, haciendo un fuego admirable de fusilería, que causaba pérdidas considerables a los sitiadores, y matándoles un capitán de artillería, *sir* Fagan.

El día 13 caía el bastión de Cascemir, reducido a ruinas en medio de una nube de balas; en seguida caían los fortines cercanos y volaba el polvorín de la trinchera, al mismo tiempo que el enemigo intentaba un ataque furioso contra el suburbio de Kiscengange, asalto rechazado victoriosamente por los sitiados, a quienes protegían varias piezas de artillería.

Pero las columnas inglesas, reforzadas de nuevo, se preparaban al asalto. El general Archibaldo Wilson, sucesor de Bernard, dio orden feroz de *matar* y de *saquear,* no respetando más que a las mujeres.

Era la última noche de defensa cuando Sandokan y sus amigos se acercaron, como siempre, a las ruinas del bastión de Cascemir en espera del brahmán, aun cuando ya habían perdido la esperanza de volver a verle.

Ya hacía algunas horas que estaban allí, cuando de uno de los fosos laterales surgió una sombra que se dirigía hacia ellos, diciendo:

—¡Buenas noches, *sahibs*!

XXXIII

LAS MATANZAS DE DELHI

Los amigos habían lanzado un grito de alegría al reconocer en aquel hombre al tan esperado brahmán, a quien ya creían que no volverían a ver más.

—¿Y Suyodhana?

—¡Está aquí, señores! —contestó Sirdar.

—¿Con mi hija? —preguntó Tremal- Naik.

—¡Sí; con tu hija, *sahib*!

—¡Pronto; vámonos a casa! —exclamó Sandokan—. ¡Este no es sitio a propósito para hablar!

Atravesaron casi corriendo la explanada que se prolongaba por detrás de las ruinas del bastión, y que estaba cubierta de muertos y de cañones, y pocos minutos después se encontraban reunidos en la habitación que les señaló el propietario del *bungalow.*

—Ahora ya puedes hablar con entera libertad, sin temor a que te oiga nadie —dijo Sandokan—. ¿Cuándo habéis entrado en la ciudad?

—Ayer, ya muy avanzada la noche; tanto, que no me fue posible venir a la cita que os di —contestó Sirdar—.

Hemos atravesado el río bajo el fuego de los ingleses, y hemos llegado sanos y salvos por un verdadero milagro.

—¿Por qué no habéis podido entrar antes? —preguntó Yáñez.

—Porque los insurgentes cortaron la línea férrea, y nos vimos precisados a alquilar dos elefantes, que nos condujeron hasta Herut.

—¿Y cómo Suyodhana ha venido a encerrarse en una trampa? —preguntó Sandokan—. Porque la ciudad va a caer en manos de los ingleses de un momento a otro.

—Estamos entre dos fuegos —respondió Sirdar—, y era ya tarde para emprender la retirada. Teníamos enemigos delante y detrás, y no nos quedaba más disyuntiva que la de que nos prendiesen o refugiarnos en Delhi. Además, Suyodhana no creía que la ciudad se encontrara tan pronto en condiciones tan desastrosas.

—Y ahora, ¿dónde está? —preguntó Sandokan.

—En una casa de la calle de Sciandini-Sciwok, cerca del Ayuntamiento. .

—¿Qué número?

—Veinticuatro.

—¿Para qué preguntas el número —dijo Tremal-Naik—, si Sirdar ha de guiarnos?

—Vas a saberlo en seguida.

El *Tigre de la Malasia* se volvió hacia los malayos de la escolta, que presenciaban la conversación.

—Suceda lo que quiera —les dijo—, vosotros no saldréis de esta casa hasta que llegue el teniente De Lussac... A estas horas es probable que sepa que nos

albergamos en este *bungalow.* Si no hemos vuelto después del asalto que probablemente darán mañana los ingleses, y el señor De Lussac se presentara, decidle que le esperamos en la casa número veinticuatro de la calle Sciandini-Sciwok. Tened cuidado, porque de esto puede depender vuestra vida y la nuestra. Ahora, Sirdar, condúcenos a donde se halla Suyodhana. ¿Crees que le encontraremos solo?

—Los jefes de los *thugs* que le acompañaban están combatiendo en los bastiones.

—¡En marcha! ¿Está con él la niña?

—Hace una hora todavía estaba, señor.

—¿Podrás introducirnos en la casa sin que nos vean?

—Tengo la llave del palacete.

—¿Hay vecinos?

—Ninguno, porque el propietario lo ha desalojado.

—¡Yáñez, Tremal-Naik, no perdamos tiempo! Es ya media noche, y temo que los ingleses intenten mañana el asalto general. No tenemos tiempo apenas.

Se puso un gran puñal en el cinto, se echó al hombro una carabina y salió, haciendo seña a los malayos para que se acostaran.

En los fuertes y murallas seguía el estruendo de la artillería de los insurrectos; de cuanto en cuando alguna bomba lanzada por los ingleses caía al otro lado de los bastiones.

Los valientes defensores de la ciudad hacían un último esfuerzo para romper las líneas de los enemigos, que habían llegado casi debajo de los muros.

La noche era oscurísima; de las altas mesetas del septentrión soplaba un viento tormentoso y muy cálido.

Sandokan y sus compañeros marchaban al ras de las casas, procurando evitar que los alcanzase alguna granada. Iban de prisa; la ciudad parecía desierta.

Sin embargo, en todos los pisos se veía luz. Los atribulados habitantes escondían precipitadamente sus riquezas para sustraerlas al inminente saqueo, levantando al propio tiempo barricadas para oponer más larga resistencia.

Algunas veces veíanse grupos de combatientes que pasaban a la carrera, llevando consigo alguna pieza de artillería para emplazarla en los puntos más débiles y más expuestos.

Y los cañones de Inglaterra seguían tronando sordamente en la tenebrosa llanura, anunciando una matanza horrible y la destrucción del efímero imperio mogólico.

Eran cosa de las cuatro de la mañana, cuando se detuvo Sirdar ante un elegante palacete que tenía la techumbre apuntada como la de los *bungalows* de los pisos, y de arquitectura indo-árabe.

Todas las ventanas, menos una, estaban a oscuras.

—Ahí duerme Suyodhana —dijo Sirdar, volviéndose hacia Sandokan—, y ahí también está la pequeñita.

—¿Cómo podremos entrar sin que nos vea? ¿Crees que esté levantado?

—He visto dibujarse una sombra detrás de los vidrios, y creo que sea él —respondió el brahmán—. El *verandah* (balcón) está sostenido por postes de madera,

y me parece que no ha de ser difícil escalarlo, aun cuando yo tengo la llave, como ya les he dicho.

—Prefiero escalar —dijo Sandokan.

Hizo señas a Yáñez y a Tremal-Naik para que se acercasen y en seguida les dijo:

—Suceda lo que quiera, vosotros permaneceréis como simples espectadores. O mata el Tigre de la India al de la Malasia, o éste mata al de la India. ¡No temáis; no he de ser yo quien ha de caer en la lucha! ¡Arriba, Sirdar!

—¡Ten cuidado, Sandokan! —dijo Tremal-Naik—. ¡Sé lo terrible que es ese hombre! Déjame que yo le acometa, aun cuando no ignoro que eres cien veces más diestro y más valiente que yo.

—Tú tienes una hija y yo no tengo ninguna —contestó Sandokan—; y detrás de mí está Yáñez. ¡El me vengará!

Sirdar se había agarrado a una de las columnas que sostenían el *verandah,* y subió sin hacer ruido, metiéndose bajo las cortinas de fibras de coco que cubrían la balaustrada. Sandokan y sus dos compañeros le imitaron, y los cuatro hombres se encontraron reunidos medio minuto después.

Al ir a entrar en una de las habitaciones, Tremal-Naik tropezó con un jarrón y lo tiró.

—¡Maldito sea! —murmuró el bengalí.

De improviso apareció una sombra detrás de los vidrios. Se detuvo mirando a la terraza, y en seguida abrió la puerta de cristales.

Casi en el acto, un hombre le cogió tan fuertemente por las muñecas, que le hizo soltar la pistola que empuñaba. Era Sandokan, que acometía al Tigre de la India.

—¡Si das un grito, mueres!

El jefe de los *thugs* quedó tan sorprendido por aquella acometida imprevista, que ni siquiera pensó en oponer resistencia.

Pero en cuanto vio aparecer detrás de Sandokan a Tremal-Naik, Yáñez y después a Sirdar, lanzó un aullido de furor.

—¡El padre de la virgencita de la pagoda! —exclamó apretando los dientes—. ¿Qué quieres? ¿Cómo es que estás aquí?

—¡Vengo a llevarme a mi hija, miserable! —bramó Tremal-Naik—. ¿Dónde está?

El terrible jefe de los estranguladores permaneció silencioso.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada relampagueante y descompuestas las facciones, miraba a sus enemigos, y sobre todo a Sirdar.

Era un adversario digno del *Tigre de la Malasia:* alto, todo él músculos y nervios, de robustos hombros, fino el rostro, al cual daba cierta dureza una larga barba ya canosa, y con los ojos negros inyectados en sangre.

Estuvo inmóvil algunos segundos, lanzando sobre sus enemigos una mirada feroz, y en seguida dijo con voz dura:

—¿Sois vosotros los que habéis declarado la guerra?

—¡Sí, nosotros, que hemos destruido e inundado los subterráneos de Raimangal y ahogado a los que vivían en ellos!

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó Suyodhana.

—Soy aquel cuyo nombre ha hecho temblar a todos los pueblos de las islas malayas, y que ha venido expresamente a destruir tu secta infame.

—¿Y crees tú...?

—Que me llevaré tu piel y la niña que le has robado a Tremal-Naik.

—¡Te crees demasiado fuerte! Es verdad que sois cuatro...

—No, uno; porque el *Tigre de la Malasia* hará al de la India el honor de pelear solo con él —dijo Sandokan.

Una sonrisa de incredulidad asomó a los labios de Suyodhana.

—En cuanto te haya matado me acometerán los otros —contestó el jefe de los estranguladores—; pero el padre de las sagradas aguas del Ganges sabrá defender contra todos vosotros a la que ya encarna sobre la Tierra a la potente Kali.

—¡Miserable! —bramó Tremal-Naik haciendo un movimiento para arrojarse sobre él.

Sandokan le contuvo con un gesto imperioso. El jefe de los estranguladores, rápido como el rayo, se aprovechó del momento en que Sandokan se había vuelto para recoger del suelo la pistola que se le había caído.

Sin pronunciar una palabra, apuntó al *Tigre de la Malasia* e hizo fuego sobre él a tres pasos de distancia; pero la rapidez con que apuntó le hizo fallar el blanco.

—¡Ah! ¡Traidor además! —gritó el pirata, dejando la carabina y desenvainando el largo puñal que llevaba en la faja—. ¡Podía asesinarte, pero prefiero luchar!

Suyodhana dio un grito de tigre, y se colocó delante de la puerta que daba paso a la habitación en la cual debía dormir la pequeñita Darma, gritando:

—¡Será preciso que paséis sobre mi cuerpo! En su diestra brillaba una especie de *tarwar,* de hoja ligeramente curva, y casi tan larga como el puñal de Sandokan.

—¡Que nadie interrumpa la lucha entre los dos *Tigres*! —dijo el pirata—. ¡Vamos, Suyodhana!

—¡Primero tú; después Sirdar! —contestó el jefe de los *thugs* con voz sombría—. ¡Ese traidor no se librará del castigo!

Ambos se pusieron en guardia, recogidos sobre sí mismos como las fieras cuyos nombres llevaban, dispuestos a saltar, y con el brazo izquierdo replegado sobre el pecho de modo que cubriese el corazón. Los dos levantaron los puñales a la altura del pecho.

Durante unos segundos reinó en la estancia profundo silencio.

Yáñez, apoyado en un enorme jarrón de porcelana, fumaba flemáticamente su eterno cigarro, sin manifestar la menor inquietud; Sirdar, acurrucado en un ángulo, empuñaba un *tarwar,* dispuesto a tomar parte en la lucha; Tremal-Naik, visiblemente conmovido, daba tormento al gatillo de su carabina, con la intención de no dejar escapar al *thug,* a pesar de la promesa que hizo a Sandokan de no intervenir.

Los dos adversarios se miraron un instante, y en seguida el *Tigre de la Malasia,* viendo que su contrario no daba señal alguna de acometer, se lanzó sobre él, procurando herirle en el cuello.

Suyodhana esquivó el encuentro, dando un salto; paró la cuchillada con la

punta del puñal, se bajó rápidamente y se quedó debajo de Sandokan para darle una puñalada en el vientre; pero al hacer la flexión se escurrió en las losas del pavimento y cayó sobre una rodilla.

Antes de que hubiera podido incorporarse y volver a ponerse en guardia, el puñal del *Tigre de la Malasia* le entró en el pecho hasta las guardas, atravesándole el corazón.

El *thug* estuvo un momento derecho mirando a su adversario con ojos llenos de ira y de odio, y en seguida se derrumbó, en tanto que de la boca le salía un chorro de sangre.

Había muerto el Tigre de la India. Al verle caer, Tremal-Naik y Yáñez se lanzaron a la habitación inmediata, donde en una riquísima camita incrustada de nácar y cubierta por finas telas de seda, dormía una niñita de cabellos rubios.

Tremal-Naik la levantó en un abrir y cerrar de ojos, y la estrechó frenéticamente entre sus brazos.

—¡Darma! ¡Pequeña mía!

—¡Babo! —contestó la chiquitina fijando en el bengalí sus grandes ojos azules.

En aquel mismo instante un estampido formidable sacudió la casa hasta los cimientos.

Le siguió un inmenso clamor, y las descargas de fusilería y de artillería arreciaron de un modo aterrador.

—¡Los ingleses! —gritó Sandokan, que salió corriendo hacia el *verandah.*

—¡Han volado los últimos bastiones!

Sí; eran los ingleses, que, convertidos en ladrones y asesinos, hicieron rápida irrupción en la ciudad, saqueando y matando a los habitantes que huían, y dando una muestra bien triste de la civilización europea. Habían tomado sus medidas para un asalto general desde el primer día de sitio, ocupando las líneas de defensa de la trinchera de agua, la de los bastiones de los Moros y la de la puerta de Cascemir. La víspera estaban ya en posiciones, y al alborear se arrojaron sobre la ciudad después de una terrible lucha sostenida ante la puerta de Cabul, donde los invasores perdieron quinientos hombres, entre ellos ocho oficiales, siendo herido el general Nickaleson.

En todas las calles se oían alaridos espantosos, acompañados de tremendas descargas. Combatían a la desesperada, y las mujeres y los niños huían en masa hacia el puente de barcas para librarse de la matanza.

—¡Huyamos también nosotros! —dijo Sandokan, que veía avanzar al galope a varios escuadrones, los cuales acuchillaban sin piedad a los fugitivos, hombres, mujeres y niños, los derribaban con los caballos y los pisoteaban—. ¡Si nos cogieran aquí, pudiera suceder que, a pesar de la carta y del salvoconducto del Gobernador, nos degollasen! ¡Vamos a ver si es posible ir hasta nuestro *bungalow*! ¡Envuelve a Darma en un cobertor y vámonos!

Cogieron las carabinas y bajaron a escape las escaleras. Detrás del palacete se extendía un amplio patio que confinaba con dos jardines.

—¡Saltemos los muros y escondámonos entre las plantas! —dijo Sandokan—. ¡Dejemos pasar la caballería!

Iban a saltar, cuando de pronto se hundió la puerta y una oleada de fugitivos, mujeres y niños en su mayor parte, se precipitó dentro, lanzando alaridos

desesperados.

—¡Ya no tenemos tiempo! —exclamó Sandokan echando mano a la carabina—. Este sí que es un aprieto de difícil salida.

Siete u ocho soldados de caballería, con los sables ensangrentados hasta la empuñadura, penetraron también aullando:

—¡Mata! ¡Mata!

De un salto se puso Sandokan delante de los fugitivos que se amontonaron, llorando y gritando en un ángulo del patio, y apuntando la carabina hacia los soldados, que se disponían a acuchillar a aquellos infelices.

—¡Quietos, bribones! —exclamó—. ¡Deshonráis al ejército inglés! ¡Quietos, u os fusilamos como a fieras!

Tremal-Naik confió la pequeña a Sirdar, y con Yáñez se colocó al lado de Sandokan, con los fusiles empuñados.

—¡Pronto, barred a esos miserables! —gritó el sargento que mandaba el pelotón.

—¡Cuidado! —dijo Sandokan—. ¡Tenemos un salvoconducto del Gobernador de Bengala, y si no obedeces, nos defenderemos!

—¡A ellos! ¡Cargad! —ordenó el sargento sin hacer caso.

Iban a lanzar los caballos, cuando un oficial, seguido de una docena de soldados de caballería, entre los cuales iban algunos de color, entró en el patio, gritando:

—¡Quietos todos!

Era el teniente De Lussac, que llegaba a escape con los malayos que quedaron en el *bungalow.*

Saltó a tierra, dio un apretón de manos a Sandokan y a sus amigos, y volviéndose hacia el sargento, le dijo:

—¡Vete! ¡Esos hombres han prestado a tu país un servicio tan grande, que no hay nada con qué pagarles! ¡Vete, y acuérdate de que es de viles y cobardes asesinar mujeres!

Y mientras el sargento salía con el pelotón precipitadamente, mandó a sus disciplinados hombres cerrar la puerta, diciendo con voz estentórea:

—Esperemos a que termine la batalla, amigos míos. Yo estoy aquí para proteger a ustedes.

—¡Mejor hubiera querido marcharme! —dijo Sandokan—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Mañana, si han terminado las matanzas, nos iremos. ¡Pobre Delhi! ¡Cuánta sangre! ¡Aquí enterrará su honor el ejército inglés!

CONCLUSIÓN

Tres días duraron las matanzas de Delhi, matanzas horrendas que arrancaron un grito de indignación, no solamente a las naciones europeas, sino también a la misma Inglaterra.

Sabiendo los indios la suerte que les esperaba, disputaban el terreno palmo a palmo, batiéndose de un modo desesperado en las calles, en las casas, en los patios, dentro y fuera de los recintos de las fortificaciones, en las orillas del Guimna.

Quedaban todavía en su poder el palacio real, el fuerte Selinghur y varios edificios, y desde ellos opusieron una resistencia digna de pasar a la leyenda.

En la noche del 17 abrieron los ingleses una brecha en uno de los muros del bien guarnecido patio de los almacenes del palacio, y lo tomaron por asalto. La residencia imperial estaba defendida con veinte cañones. Allí cayeron, bajo el filo de la espada de los asaltantes, todos los defensores, incluso los hijos del emperador, que murieron con las armas en la mano.

Días después, la batería de Kiscengange, que constaba de setenta y cinco cañones, y que era la última defensa de los insurrectos, quedó deshecha bajo el fuego formidable de las grandes piezas de artillería inglesa, y los que allí luchaban sufrieron la misma suerte que los del palacio imperial.

El mismo día cayó el Municipio; y ciento cincuenta indios, entre los cuales había varios individuos de la familia imperial, que se habían rendido bajo palabra de perdonarles la vida, morían fusilados y ahorcados ante el edificio.

El día 20 ya Delhi estaba por completo en poder de los ingleses. Las horrendas y sangrientas escenas que se sucedieron fueron dignas de los salvajes de la Polinesia, pero no de gente civilizada, y mucho menos de europeos. Las tropas, ebrias de sangre, mataron miles y miles de indios, no respetando sexo ni edad. Además, para, colmo de baldón, la ciudad sufrió un espantoso saqueo.

Cayeron todos los valientes defensores de la independencia de la India después de haber dado muerte con sus propias manos, y para que no cayeran en las de sus vencedores, a sus mujeres e hijos.

El día 24 Sandokan y sus compañeros, previo el permiso del general Wilson salieron de la desgraciada ciudad, en la cual comenzaban a pudrirse los miles de cadáveres que obstruían calles, plazas y casas. Los ingleses quedaron todavía en ella ahorcando y fusilando. De Lussac pidió y obtuvo licencia para acompañar a Calcuta a sus amigos.

La insurrección estaba vencida. Tan sólo el heroico Tantia-Topi, con la bellísima y fiera Rahni de Yanshie y un puñado de valientes, sostenían aún la bandera de la libertad en los espesos junglares y los inmensos bosques de Bundelgund.

Quince días después, Sandokan, Yáñez, Tremal-Naik y Darma, después de haber recompensado con largueza a Sirdar y de haber abrazado estrechamente al valiente francés, que de modo tan valioso los ayudara en la terrible empresa, se embarcaron en el *Mariana* y zarparon para la lejana isla de Mompracem.

Surama, que conquistó por completo el corazón del flemático Yáñez, el tigre y *Punthy,* formaban parte del cortejo.

FIN